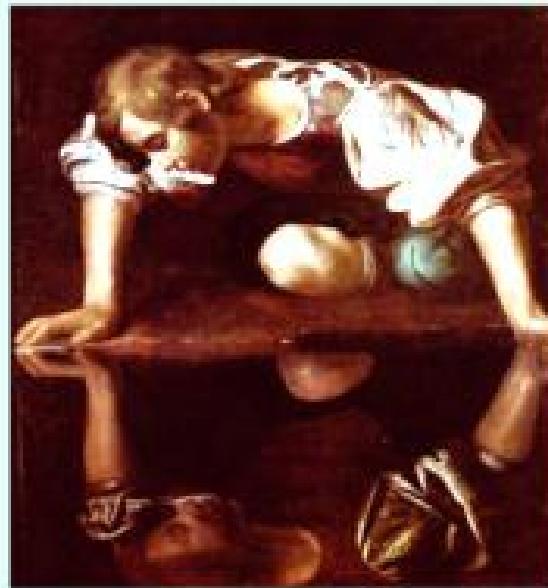


Alicia Monserrat y Manuela Utrilla [Comps.]

Clínica psicoanalítica en adolescentes

Sus vicisitudes



Psicoanálisis

APM

BIBLIOTECA NUEVA

Alicia Monserrat y Manuela Utrilla [Comps.]

Clínica psicoanalítica en adolescentes

Sus vicisitudes



Psicoanálisis

APM
BIBLIOTECA NUEVA

CLÍNICA PSICOANALÍTICA EN ADOLESCENTES

Sus vicisitudes

Colección Psicoanálisis Editorial Biblioteca Nueva y Asociación Psicoanalítica de Madrid

Comité editorial: Milagro Martín Rafecas, Magdalena Calvo Sánchez-Sierra, Rosario

Guillén Jiménez, José Manuel Martínez Forde y Mercedes Puchol Martínez

Sabin Aduriz, Magdalena Calvo, Manuel de Miguel y María Hernández

CLÍNICA PSICOANALÍTICA EN ADOLESCENTES

Sus vicisitudes

Asociación Psicoanalítica de Madrid
BIBLIOTECA NUEVA



grupo editorial
siglo veintiuno

siglo xxi editores, s. a. de c. v.

CERRO DEL AGUA, 248, ROMERO DE TERREROS,
04310, MÉXICO, DF
www.sigloxxieditores.com.mx

salto de página, s. l.

ALMAGRO, 38,
28010, MADRID, ESPAÑA
www.saltodepagina.com

editorial anthropos / nariño, s. l.

DIPUTACIÓ, 266,
08007, BARCELONA, ESPAÑA
www.anthropos.editorial.com

siglo xxi editores, s. a.

GUATEMALA, 4824,
C 1425 BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

biblioteca nueva, s. l.

ALMAGRO, 38,
28010, MADRID, ESPAÑA
www.bibliotecanueva.es

© Los autores, 2013
© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2013
Almagro, 38
28010 Madrid
www.bibliotecanueva.es
editorial@bibliotecanueva.es

ISBN: 978-84-9940-890-3

Edición en formato digital: mayo 2013
Conversión a formato digital: Disegraf Soluciones Gráficas, S. L.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Cubierta: A. Imbert

Índice

[PRÓLOGO, Alicia Monserrat](#)

[EL CUERPO ADOLESCENTE, María Hernández](#)

[EL PENSAMIENTO ADOLESCENTE, Sabin Aduriz](#)

[REPRESENTACIÓN, ADOLESCENCIA Y PSICOSOMÁTICA, Manuel de Miguel](#)

[GENERACIÓN @RROBA: LOS ADOLESCENTES Y LAS NUEVAS FORMAS DE COMUNICACIÓN, Magdalena Calvo Sánchez-Sierra](#)

Prólogo

Esta obra invita y propone un trabajo de pensamiento desde los fundamentos psicoanalíticos, es, además, una reflexión amplia pero precisa en la que anclar nuestra experiencia clínica con los adolescentes. Creemos que este libro es una oportunidad para reunir a una serie de autores que pertenecen a la Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM), y que reflexionan en torno a algunos conceptos del psicoanálisis a partir de los cuales se aborda la práctica con adolescentes.

El estilo de este texto tiene un perfil conceptual relacionado con una dialéctica permanente entre la práctica y la teoría. Desde el punto de vista de la clínica, estos artículos reflejan la situación analítica, que emerge con la singularidad de cada paciente. Por otro lado, los conceptos cada vez más pensados y elaborados permiten su verificación clínica. Esta dialéctica es una motivación constante para transitar con diversidad entre los diversos obstáculos a los que nos enfrenta la clínica psicoanalítica con adolescentes, donde todos los autores coinciden en la capacidad transformadora de estos y en los riesgos propios de esta etapa.

Cuando se recorren estas páginas, el lector podrá encontrar en esta dialéctica sendas para reflexionar sobre la pro pia experiencia, además de hallar a analistas de adolescentes trabajando e intentando dar comprensión a la complejidad y dificultades de los procesos inconscientes de la psiquis del adolescente.

El punto de partida de esta reflexión que nos aporta María Hernández nos enfrenta al cuerpo en la adolescencia, sin duda con un papel atribuido por la teoría psicoanalítica como objeto en la constitución de la vida psíquica, que acentúa la inclusión de la representación o imagen corporal, y al mismo tiempo la interiorización del cuerpo como objeto erótico. Se trata de una encrucijada que deberá desplegar en una representación íntimamente ligada desde los orígenes al proceso de constitución del Yo, donde la consistencia o fragilidad de este se pone a prueba, al tener a su cargo la laboriosa tarea de reorganización psíquica, que incluye la integración de la nueva sexualidad. Frente a este desafío de lo corporal en la adolescencia la autora nos conduce a examinar una serie de cuestiones del cuerpo y del vínculo con la sexualidad en la adolescencia; la crisis narcisista, su lucha con el cuerpo y la relación con lo pulsional, vivencias que generan diversidad de conflictos pero que representan aquello que late tumultuosamente en el adolescente, vital, a lo

que la autora permite anudar con riqueza, transparencia y creatividad, los sufrientes síntomas de los adolescentes en la cura analítica.

En el siguiente capítulo, Sabin Aduriz presenta la cuestión del pensamiento, donde el adolescente se juega su destino, como sujeto capaz de atesorar opiniones propias, sin verse obligado a pensar en función de los demás. En esto radica la importancia de si el adolescente siente, si tiene o no tiene elección al verse arrastrado por mociones pulsionales que lo colocan en una situación pasiva, sin remedio, para apropiarse de un pensamiento singular. Como sujeto habrá de llevar a cabo la operación simbólica de «decir no» a las significaciones parentales y, en particular, a los significados impuestos por el padre. Esto abre unas perspectivas en el trabajo con adolescentes que se podrá articular con la controvertidas actuaciones o la llamada rebeldía, el problema en torno al pensamiento sea cual fuere, no radica en caracterizarlo, sino en desvelar lo que representa, el autor afirmará que nunca como en la adolescencia está en primer plano la cuestión de pensar lo pulsional. Y la propuesta para el analista es discurrir por un sendero sinuoso y accidentado junto al paciente adolescente, en ese vínculo transferencialcontratransferencial, tratando de transformar la demanda pulsional en demanda de análisis. Considera imprescindible tomar en consideración el proceso de organizaciónreorganización psíquica. Por esos caminos, los analistas tendremos que abordar las vicisitudes históricas del sujeto, sus relaciones de objetos significativas y las identificaciones que han decantado sus objetos internos; junto a la elaboración del complejo nuclear edipo-castración, clave esencial para una verdadera realización de un proceso analítico con adolescentes.

Manuel de Miguel se interna en el complejo tema de la patología adolescente en relación con las enfermedades somáticas y nos dice que siempre supimos desde Freud que la enfermedad somática conduce a una regresión en dos sentidos. Primero una regresión temporal, consistente en que nos infantilizamos y esperamos ser cuidados por los demás como cuando éramos niños. Y la regresión narcisista, esto es, retiramos la investidura del mundo externo, para interesarnos solo por nosotros mismos. Nos advierte el autor que considerábamos que tanto una como otra forma de regresión eran solo una consecuencia de la enfermedad. Esto le hará afirmar que ahora sabemos que algunas constelaciones narcisistas y regresivas también pueden ser la causa del enfermar somático. Otra cuestión abordada es si el solo deseo tanto consciente como inconsciente, puede conducir a la enfermedad. La respuesta siempre fue que no. Con las aportaciones de autores como M. de M'Uzan recordemos su expresión, relacionada con que el cuerpo no puede ser tan listo. En este momento encontramos

hallazgos clínicos y vericuetos en la representación que nos llevan a no estar tan seguros y esto le permite indagar al autor de este capítulo cómo en el sufrimiento adolescente se ponen en juego, hasta el extremo, todas las condiciones que propician las descompensaciones somáticas. Afortunadamente, en los adolescentes, la pulsión de vida suele ser lo suficientemente vigorosa para soportarlo.

Y, por último, las reflexiones que nos aporta Magdalena Calvo nos ayudan a pensar en cómo puede articularse e influir la revolución tecnológica en las emociones de los adolescentes. Otro de los interrogantes que la autora propone es si estos medios actuales de expresión son un camino para depositar aspectos negados de sí mismo y desplegados en los videojuegos, no interiorizados pero sí evacuados en los escenarios virtuales. Y en el texto nos seguirá interrogando en este campo que inunda la cultura en la actualidad, investigando sobre si este tipo de comunicación es un vehículo favorable para albergar ciertas patologías donde impera la desconexión, el exceso de dolor sin proceso elaborativo, y los vaciamientos psíquicos, sin nadie que sostenga y calme. Insistiendo la autora en que los medios digitales no son cuestionados en estas reflexiones, sino que son los usos que se hacen del objeto, como defensa y proyección, y la transmisión de valores y pautas de vinculación los que deben ser objeto de análisis en nuestra investigación psicoanalítica.

Finalmente, queremos transmitir al lector que este libro es un acompañante-guía que nos permita explorar lo que el psicoanálisis con adolescentes enriquece al psicoanálisis, y el modo en que contribuye a la formación de analistas. También que los analistas interesados en los adolescentes puedan hacer su recorrido, su propia construcción sobre estos temas que creemos que hoy son ineludibles.

ALICIA MONSERRAT

Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM)

El cuerpo adolescente

MARÍA HERNÁNDEZ*

La problemática del cuerpo está siempre en primer plano en el trabajo con adolescentes: trastornos de alimentación, toxicomanías, intentos de suicidio, accidentes fortuitos, cortes y daños deliberados. Un gran número de inhibiciones, fobias e inseguridades, ligadas a complejos o defectos corporales, a los que subyace un intenso sufrimiento narcisista, son también habituales en la clínica adolescente.

Disminuyen actualmente en el escenario analítico las sintomatologías de carácter simbólico, vinculadas al complejo de castración y a la triangularidad edípica, y aumentan los trastornos, carencias o fallos en el proceso de constitución psíquica. Prevalece la angustia de aniquilación, el déficit narcisista y la dificultad de acceso a la experiencia del sí mismo. Estas perturbaciones, cuyo origen es anterior al acceso al lenguaje, no son verbalizables y el cuerpo se erige en el vehículo principal de comunicación.

La llegada de la pubertad constituye un momento clave en el desarrollo libidinal debido al peso de la realidad del cuerpo genital. La aparición de los caracteres sexuales secundarios, las primeras reglas y eyaculaciones, junto a vivencias y sentimientos desconocidos, adquieren un carácter misterioso. El púber experimenta estos cambios como extraños, violentos e intrusivos, al sentir que no obedecen a ninguna causalidad y que ya no le sirven las formas habituales de dominio. El silencio, la denegación o los comentarios, a veces ambiguos o inadecuados, de los adultos aumentan su angustia y prefiere vivirlos en secreto o en complicidad, más o menos culpabilizante, con sus iguales.

La relación del adolescente con su cuerpo y la capacidad de integrar la nueva sexualidad en la imagen corporal, para acceder una identidad sexual definitiva, está vinculada al largo proceso de construcción de esta imagen interna, en relación íntima con el objeto primario. También la resolución de la conflictiva edípica mediante la identificación con cada una de las figuras parentales y la introyección de la pareja de los padres, en unión fecunda, inciden en la calidad de la imagen corporal. Entran en juego las identificaciones primarias y secundarias, la constitución del Yo, la transformación del Yo ideal en ideal del Yo y la modulación del Superyó, primero en la coyuntura edípica y, posteriormente, en la adolescencia. El equilibrio entre las investiduras del Yo y del objeto, entre el polo narcisista y el polo objetal, será también imprescindible para el acceso a la alteridad, base de la sexualidad adulta.

El punto de partida en esta reflexión es el papel atribuido por la teoría psicoanalítica al objeto en la constitución de la vida mental, que incluye la representación o imagen corporal (Anzieu 1987), y la interiorización del cuerpo como objeto [erótico \(Laufer, 2005\)](#)¹. Se trata de una representación íntimamente ligada desde los orígenes al proceso de constitución del Yo. La consistencia o fragilidad del Yo se pone a prueba en la adolescencia, al tener a su cargo la ingente tarea de reorganización psíquica, que incluye la integración de la nueva sexualidad.

Esta imagen corporal, intra-psíquica e inconsciente, hunde sus raíces en el encuentro primero, cuerpo a cuerpo, entre madre-hijo, cuando ambos constituyen una unidad indiferenciada. Es el momento de la seducción recíproca, que D.Winnicott (1956) vincula a la «locura breve» compartida madre-bebé, y J.Kristeva (1999) a la coexcitación primaria madre-hijo.

El placer de la madre al otorgar los cuidados físicos y el predominio de las experiencias de placer sobre las de displacer en el intercambio madre-hijo facilita la investidura de las huellas dejadas por esta experiencia y abre la vía al deseo. Paulatinamente, el lactante va experimentando placer en su cuerpo todavía indiferenciado del cuerpo materno. Si este autoerotismo es de calidad y no puro placer de órgano, al investirse la zona erógena que produjo placer y los signos del objeto que otorgó este placer, se facilita su representación, no aún como objeto, sino como proto-objeto. La actividad autoerótica constituye así la primera manifestación creativa del bebé, la primera conquista de su autonomía, el paso de lo real a lo imaginario; el lactante se ha replegado sobre sí y ha interpretado *aprés-coup* las experiencias reales de placer. El aumento de las experiencias de placer aumenta el potencial de huellas mnémicas, por tanto el caudal de investidura, y se hace más rico el mundo de los autoerotismos del niño, que constituyen uno de los pilares sobre los que se asienta la imagen corporal interna.

Paralelamente, en el seno de estos intercambios surge la primera y enigmática identificación que deja ya esbozo del Yo. Es la función libidinal de la madre la que facilita que el cuerpo del hijo, fuertemente investido, comience a constituirse primero como un Yo corporal. Y la «nueva acción psíquica» (Freud, 1915) que es necesario añadir al autoerotismo para que el narcisismo se constituya, también corresponde a la madre, y permite la representación del Yo como objeto dentro del psiquismo, unificado e investido libidinalmente, al tiempo que el objeto empieza a percibirse también como unificado y total. En ausencia de la investidura narcisista, la vivencia corporal sigue siendo fragmentada.

Resulta paradójico que el cuerpo, soporte imprescindible para la constitución del Yo, sea a su vez el primer objeto investido por el Yo. El placer experimentado en el propio cuerpo, al ir descubriendo su capacidad de moverlo, mirarlo, acariciarlo, mostrarlo u ocultarlo, constituye el cuerpo-placer, el primer bien propio, la primera posesión investida por el Yo.

Por tanto, desde los comienzos de la vida, la actividad corporal y la actividad

psíquica se ponen en marcha conjuntamente. La respuesta que da la madre a los mensajes del cuerpo, a los signos de placer que se le ofrecen y a los signos de sufrimiento que se le imponen, y el ir «poniendo en memoria» (Aulagnier, 1988) todo lo que pasa entre su cuerpo y el cuerpo del bebé, va dando categoría psíquica de emociones a los signos corporales y sensoriales, y va permitiendo su representación sucesiva, en lo pictográfico, lo fantasmático y lo idéico.

A medida que las capacidades autoeróticas van emergiendo, se van abriendo vías de ligadura y de intrincación de lo pulsional, con efectos altamente contenedores y paraexcitantes. Y también, a medida que el Yo se va desarrollando y la sexualidad entra en la red de significaciones, opera la represión primaria, con ayuda de la contrainvestidura materna, para descondensar esta amalgama de placeres, para ayudar al niño a ir separando su cuerpo del cuerpo del objeto, y para que la actividad representativa y simbólica evite que el niño se quede a merced del ejercicio pulsional directo.

En la mirada que el Yo dirige a su propio cuerpo busca señales que le aseguren qué lugar ocupa este cuerpo para el otro, y de cómo interprete esta mirada podrá en el futuro emitir un juicio sobre el poder de seducción de su cuerpo. Se abre así una doble vía de investidura del cuerpo por parte del Yo, la del placer en la experiencia del cuerpo a cuerpo con el objeto primario, y la del discurso que el objeto mantiene sobre el cuerpo del hijo. De ambas va a depender la relación del Yo con este objeto-cuerpo, al que sucesivamente ama u odia según le ofrezca placer o le imponga sufrimiento, y al que desea embellecer o rechazar porque es feo (Aulagnier, 1988).

Pero, cuando el cuerpo del bebé no ha sido suficientemente nutrido en los intercambios con el objeto, se dificultan los procesos de simbolización que permiten enfrentar la separación y el duelo, se obstaculizan también los movimientos identificatorios y la elaboración edípica queda pendiente.

Una vez expuestos algunos ejes del desarrollo infantil que tienen que ver con el cuerpo, es necesario pensar qué destinos puede seguir la relación interna con el cuerpo en la adolescencia y cómo impedir que estos destinos sean limitadores y alienantes.

Con la llegada de la pubertad, las demandas pulsionales de la nueva sexualidad genital buscan ansiosamente nuevos objetos de investidura en los que realizar su meta. La atracción en tre ambos sexos presiona para desplazar el placer vivido con el

objeto imaginario, a un objeto exterior como en los orígenes. La re-electura del Edipo desde la experiencia púber genitaliza après-coup los vínculos parentales y la apetencia objetal se experimenta como una imposición violenta. El cuerpo, hasta ahora portador pasivo de necesidades y deseos, se convierte en una fuerza activa con fantasías sexuales y agresivas, que buscan proyectarse masivamente en los objetos de la realidad exterior. Esta violencia puberal procede no solo de la fuerza pulsional somática sino también del legado de la historia sexual infantil.

Los puntos de referencia anteriores y las construcciones simbólicas de la latencia se pierden y la transformación de las identificaciones precipita intensos movimientos de desligazón que generan un funcionamiento mental desbordado, dando lugar a un exceso de tensión, de excitación, de energía libre, que una veces se deposita en el cuerpo (somatizaciones abundantes), o se descarga mediante el movimiento y la acción compulsiva.

El adolescente, colocado al borde de lo impensable e irrepresentable, revive como en los orígenes el trauma pulsional del desamparo. Se reactiva el mecanismo de la repetición y se pone a prueba la consistencia del Yo, a través de su capacidad de contención, de paraexcitación, de ligadura e intrincación de lo pulsional, como resultado de la interiorización e identificación con las funciones del objeto primario en los primeros tiempos de la constitución del psiquismo. Será la re-apertura de los procesos de representación y de simbolización, después del caos puberal, la que permitirá a lo largo del proceso de sedimentación y elaboración adolescente, darle a lo económico un sentido para que vaya adquiriendo un carácter simbólico, y para que lo traumático pueda ser transformado en un drama, con un guión y una narrativa propia.

En esta larga travesía, presidida por una constante dialéctica entre la permanencia y el cambio, lo antiguo y lo nuevo, el pasado y lo actual, deshacer y re-hacer vínculos, está siempre presente el cuerpo y la relación del adolescente con él nos va dando indicios acerca de si estamos ante la crisis normal de adolescencia o ante el riesgo de que se desencadene una patología severa.

A pesar de que los caracteres sexuales secundarios han venido anunciando paulatinamente cambios en el cuerpo, el adolescente experimenta lo genital como una fuerza interior y, a la vez, ajena y extraña, como algo enigmático que presiona y violenta. Esta vivencia de extrañeza, unida al sentimiento de pérdida del cuerpo infantil, suscita frecuentes sentimientos de despersonalización. Es el momento del

¿quién soy yo? ante el espejo, origen de las tan conocidas inquietudes hipocondríacas.

En algunos adolescentes estas manifestaciones son más preocupantes. Una adolescente de quince años de mirada penetrante, inteligente y guapa, expresa con angustia una queja reiterada en relación con su cuerpo: «Yo antes no tenía la cara así, era más guapa ¿Qué me está pasando? Me está cambiando hasta la piel; tampoco mi tripa tiene el mismo color de antes...» El desencadenante de estas vivencias persecutorias y obsesivas aparecen asociadas a la presencia de un compañero de su clase deformé físicamente y con rasgos extraños, que le sirve como pantalla de proyección de sus propias sensaciones internas de deformidad y rareza.

El adolescente, frente a los síntomas que se le imponen y a un cuerpo que se transforma con independencia de su voluntad y que no ha elegido tener, reivindica el derecho a disponer libremente de él. Constituye una necesidad crucial hacerle sentir a los padres, especialmente a la madre, que su nuevo cuerpo ya no es de su propiedad, que le pertenece a él. «Mi cuerpo es mío y hago con él lo que quiero» - les escuchamos repetir con frecuencia.

Las adolescentes que no han podido elaborar el duelo por la separación con la madre parecen funcionar como «un cuerpo para dos» (Mc. Dougall, 1987), en un vínculo querellante y contradictorio, que reivindica autonomía y al mismo tiempo reclama atención y genera dependencia. Una adolescente de dieciséis años hace responsable a su madre de su constitución física y de tener que utilizar tallas más grandes que las que corresponden a su edad. La presiona para que consulte por ella a los endocrinólogos y cuando la madre intenta contenerla con la comida, no lo puede soportar, se levanta de la mesa y se va. Expresa que cuando su madre la mira experimenta la sensación de que toma posesión de su cuerpo y de su mente, como si todavía fuera una «niñita» y no la hija independiente y autónoma que ella desea ser. Se esfuerza en demostrarle a su madre que ha perdido ya el dominio sobre ella, pero al mismo tiempo reconoce que «se pone en sus manos» - son sus propias palabras.

Se puede llegar aún más lejos, se puede reivindicar el derecho a destruir el cuerpo, al suicidio, a la anorexia. «Cuando me ponen peso, me quitan algo y no soy yo misma; si me ingresan y me hacen engordar..., cuando salga adelgazaré porque yo quiero ser así, aunque me pueda morir; tengo derecho a ser así, aunque me califiquen de anoréxica» - reivindica una adolescente que ha pasado ya por varios ingresos. Agrede su cuerpo en lo real como una forma de dominio ante la emergencia pulsional incontrolable e imposible de elaborar mentalmente.

Constamos también cómo la moda, la vestimenta, los tatuajes o los piercings, tan presentes en el mundo adolescente, responden a este intento de apropiación del nuevo cuerpo, a una ruptura con todo lo anterior o a una manera de simbolizar los cambios. La elaboración que ha de realizar el adolescente del nuevo estatuto de su cuerpo es inseparable de su nueva percepción de la realidad y del mundo.

Ph. Gutton (1991) señala el paralelismo entre el trabajo de re-descubrimiento y de re-apropiación de su cuerpo por parte del adolescente ante la pérdida de la referencia corporal anterior y la emergencia del cuerpo genital, y la exploración que realiza el lactante con su cuerpo erógeno a través de las experiencias sensoriales y de los intercambios con el cuerpo materno. Tiene lugar un exceso de goce errando en el cuerpo, y el Yo del adolescente ha de atarearse para tomar posesión de él, mediante su sobreinvestidura y el trabajo de representación de los caracteres sexuales secundarios, de las zonas erógenas, y especialmente de los genitales.

Si en los comienzos de la constitución psíquica, el cuerpo infantil constituyó la base del nacimiento del Yo y pasó después a ser objeto de su investidura, el cuerpo genital soporte también del Yo, necesita de nuevo ser re-investido por el adolescente. La matriz narcisista de cada uno la constituye la relación narcisista de los padres con el cuerpo del hijo, y en el significado fálico narcisista que adquiere el cuerpo en la adolescencia va a ser relevante la mirada de reconocimiento o de rechazo de los iguales. Un adolescente asocia y justifica su violencia interna, como reacción a los insultos y comentarios peyorativos hacia su cuerpo, que sufrió durante sus años de pubertad por parte de sus compañeros de clase.

El proceso de cada adolescente, por tanto, va a estar condicionado por el equipamiento anterior, es decir, por la historia de la sexualidad infantil, por la organización psíquica relativa a las instancias - Yo-Superyó-ideal del Yo-, y por sus propias teorías fálicas acerca del objeto y del sí mismo. Ahora, se añade lo genital, vivido como ajeno, extraño, y sentido como una verdadera amenaza. Si la sexualidad infantil estuvo marcada primero por el vínculo dual y exclusivo con el objeto y primario y, más tarde, al acceder a la triangularidad, por el Edipo, núcleo organizador del psiquismo, la vivencia de la complementariedad de los sexos en la pubertad constituye un nuevo organizador que adquiere un enorme peso en la trayectoria hacia la identidad sexual definitiva. Este planteamiento confirma la hipótesis de que el segundo tiempo de la sexualidad no es una simple repetición ni una mera continuidad, opera algo radicalmente nuevo, sentido como una coacción en el cuerpo, que hace

intrusión en la identidad del todavía niño.

El par sexual fálico/castrado sustentado por el narcisismo fálico ante la percepción de la diferencia anatómica de los sexos, que presidió durante la infancia la organización genital, es sustituido por el par masculino /femenino que rige la vivencia de la complementariedad sexual. Este nuevo organizador exige una nueva elección de objeto, cuestiona los presupuestos de la bisexualidad infantil, presiona para renunciar a la fantasía de tenerlo todo y obliga a definirse. Si la primera elección de objeto sexual es consecuencia de la elaboración edípica, «en la pubertad, dice Freud (1905), se consuma la elección definitiva de objeto, preparada desde la más tierna infancia».

Lo genital, que había ya sido descubierto en el funcionamiento autoerótico de la sexualidad infantil, adquiere en la pubertad una nueva significación que incluye el orgasmo como nueva categoría de placer y la potencialidad de fecundación, que permite la inscripción en el orden generacional. Opera un importante aporte libidinal desde el otro sexo, porque el propio sexo es descubierto por el atractivo que produce en el sexo complementario. El cuerpo viene a ocupar así, el vacío dejado por la pérdida de la seducción del adulto durante la infancia, ahora es el propio cuerpo el que seduce. El púber se siente seducido, autoseducido, por su propia pubertad.

Sin embargo, en este momento inédito, no basta con experientiar, es necesario representar. El cuerpo le hace al adolescente una importante demanda de representación, no solamente de sus órganos sexuales aislados y de los del otro sexo, sino también de la unión entre ellos. La figuración que se hace el adolescente del encuentro entre los dos性os sigue el modelo del acoplamiento de la unidad narcisista originaria, zona erógena-objeto parcial complementario. El objeto complementario actual, cualquiera que sea su sexo, representa al objeto materno arcaico y reactiva la experiencia en la que el cuerpo materno y el cuerpo erógeno del lactante constituían una unidad indisociable.

La pubertad solicita la fantasía inconsciente, que junto a las ensoñaciones diurnas tan características de los adolescentes, adquiere una función capital no solamente en el proceso de integración de la nueva sexualidad sino también en sus efectos paraexcitantes. Pero, para que el deseo inconsciente pueda ser pensado, es necesario que el preconsciente le preste la palabra. Desarrollar el preconsciente para favorecer la figuración y representación del deseo constituye uno de los objetivos prioritarios en la fase previa del análisis con adolescentes.

Los recuerdos de infancia, señala Freud (1909) sufren un proceso de reorganización complicada, el adolescente intenta borrar a través de fantasmas relativos a la primera juventud el recuerdo de su actividad autoerótica y lo consigue elevando a la categoría de amor objetal, las huellas dejadas por el autoerotismo. Es decir, los deseos infantiles se expanden en nuevos fantasmas, que se insertan en las teorías sexuales infantiles abandonadas en el curso de la infancia (Freud, 1920, nota añadida a «Tres ensayos»), o se construyen ahora, son los «fantasmas puberales» o «escenas puberales» (Gutton, 1991). Toda la sensualidad - dice Freud - del que es devenido adolescente se encuentra fijada a los fantasmas incestuosos infantiles»

El contenido de estos fantasmas se enriquece con la reactivación del Edipo, Edipo puberal, y por el conocimiento bastante completo que tiene ya el adolescente de la relación sexual entre los adultos. La escena puberal que construye el adolescente invierte la escena primaria, y él mismo, con su cuerpo erógeno, se atribuye el papel principal de la escena junto al padre incestuoso; el padre del mismo sexo queda excluido, contemplando la escena.

También la masturbación juega un papel relevante, de éxito o de fracaso, en la integración de lo genital en la nueva imagen corporal, y facilita la renuncia progresiva al cuerpo infantil idealizado. Sin embargo, los adolescentes vulnerables, cuya seguridad narcisista dependa en exceso de la imagen corporal idealizada, basada en la unión fusional con la madre, necesitan seguir manteniendo las fantasías de satisfacción preedípica, de carácter pasivo, y no consiguen experimentar la actividad, el empuje necesario para integrar lo sexual genital.

Hacerle un sitio a la sexualidad adulta es un proceso que no es lineal, hay avances y retrocesos. La mayoría de los adolescentes van progresivamente renunciando al cuerpo infantil, integrando los cambios, abriéndose al deseo y buscando la satisfacción sexual con un objeto prohibido, no incestuoso. Constituye un hecho normal en la adolescencia que, junto a la genitalización de los vínculos edípicos y las nuevas investiduras, se intensifique la conflictiva anterior preedípica, con los deseos pregenitales y los mecanismos defensivos propios. Un sueño de una adolescente, que forma parte de una secuencia de sueños que ilustran el trabajo psíquico de adolescencia respecto a la elaboración de la sexualidad infantil, muestra este funcionamiento regresivo, al re-abrirse la herida narcisista de la separación, cuando parecía avanzar hacia la genitalidad,

Voy a hacer un viaje con mi madre, pero yo voy muy enfadada porque

vienen también mi padrastro y mis dos hermanastros. Al llegar al aeropuerto, me doy cuenta de que me he dejado algo en casa y tenemos que volver para atrás mi madre y yo. Llegamos a una casa que no es la nuestra y vemos a unos caballos que están comiendo tranquilamente en sus pesebres. Entonces, le digo a mi madre, ¡ves, así hay que darle de comer a los caballos!... Luego, antes de subir al avión me echan una gran bronca porque me he comprado demasiadas chucherías. Finalmente, tenemos que pasar una aduana, que es muy cutre; mis dos hermanastros llevan dos bultos cada uno pero parece que no les pesan mucho, y yo, en cambio, que llevo solo una maleta grande, casi no puedo con ella.

En un sueño anterior, esta adolescente se ve buceando en el fondo del mar y unos buceadores, los hermanos-intrusos, le enturbian el agua y le impiden coger una piedra preciosa que está medio oculta entre la arena del fondo (piedra preciosa, asociada a la relación narcisista, exclusiva y única, con la madre).

La «vuelta atrás», está asociada también a la regresión hacia la oralidad. «No ves, así hay que darle de comer a los caballos» - reclamo que le hace a la madre de la satisfacción pulsional oral-. El Superyó, proyectado, le reprocha su voracidad. La aduana cutre, los bultos de los hermanos y maleta pesada, aparecen ligados a la analidad y a la percepción de la diferencia anatómica de los sexos.

Esta regresión tiene un carácter transitorio y temporal al servicio de la progresión. La posibilidad de soñar y figurar sus demandas orales permite seguir trabajando sobre la dificultad de separación de su madre y la exigencia de exclusividad. El vínculo con el objeto se mantiene y se podrá recuperar cuando se reorganice su narcisismo. Pero, en otros adolescentes, la regresión es inducida por la incapacidad para simbolizar los cambios que promueve la nueva sexualidad y se instalan en un funcionamiento autoerótico mecánico, parcial y disperso, en ellos el vínculo con el objeto se ha degradado y el contacto con un objeto total y genitalizado se hace imposible: la anorexia, la bulimia, las toxicomanía y las conductas excesivas son ejemplos evidentes.

Aquellos adolescentes que sienten que no ganan nada con el nuevo cuerpo genital, prefieren seguir manteniendo una imagen idealizada del cuerpo infantil, la de la díada omnipotente madre-hijo. La ignorancia de lo genital, el rechazo al cuerpo sexualmente maduro, son la expresión de una ruptura del desarrollo (Laufer, 1989). Cuando el adolescente sigue pegado a sensaciones y vivencias del pasado infantil,

que parecen no haber sufrido ninguna transformación, tiene dificultades para descubrir nuevos placeres relacionados con la satisfacción orgásmica. A.Braconnier (1986) habla de los adolescentes que no pueden «prendarse» porque no pueden «desprenderse» del objeto de amor original.

El trabajo con adolescentes cuya comunicación se canaliza a través de significantes preverbales, en forma de emociones psíquicas en bruto, pesadillas invasoras, o experiencias casi alucinatorias acompañadas de eclosiones somáticas, suscitan al analista intensas vivencias contratransferenciales.

Las huellas mnémicas de vivencias tempranas en la relación con el objeto permanecen como pegadas al cuerpo, con dificultad para adquirir categoría psíquica y poder así entrar en la dinámica de la resignificación retroactiva que implica el aprés-coup, quedando condenadas al mecanismo de una repetición sin fin. El cuerpo de cada sujeto, debido a la intensidad de las primeras relaciones sensoriales y afectivas en el vínculo madre-hijo, queda para siempre unido a la madre y en este espacio corporal se expresan los antiguos dramas de la relación con ella.

Una adolescente de dieciséis años que mantiene durante su primer año de tratamiento una actitud defensiva y actuadora fundamentalmente contra su cuerpo, realizándose cortes en los brazos y manteniendo relaciones sexuales que evidencian serios riesgos, empieza a mostrar una amplia gama de problemas dermatológicos y espasmos musculares en forma de muecas, particularmente impactantes en la disposición cara a cara en el trabajo con ella. Estas descargas son sentidas de manera directa en el cuerpo de la analista, como cansancio, tensión corporal, irritación y confusión mente-cuerpo. Mc Dougall (1996) al referirse al cuerpo hablante señala que las quejas somáticas y otras manifestaciones corporales expresan la falta de una envoltura sensorial materna, porque dificulta la receptividad de las zonas erógenas y el cuerpo, al no poder metabolizar la excitación, es utilizado como descarga.

Si lo que se transfiere no ha sido pensado, sino vivido directamente en el cuerpo como huellas o signos corporales, el analista, en un primer momento, no puede inscribirlas tampoco a nivel mental, las vive también directamente en su cuerpo y, dado el carácter presimbólico e intrusivo de estas proyecciones corporales, solo en un segundo momento podrá ponerle palabras a su vivencia.

El adolescente, en su necesidad de proyección masiva, utiliza como el bebé la vía corporal inmediata, «excorporación» (creen, 1990) y el analista puede llegar a sentir

en su cuerpo, como la madre ante la descarga motriz del bebé, angustias y ansiedades no verbalizables. Estos mensajes corporales son mensajes en bruto y necesitan de un minucioso proceso de elaboración posterior. Son materiales rígidos, desorganizados, sin conexiones, y están ahí para ser trabajados en un intento de reconstrucción prehistórica. El sentimiento de impotencia del analista y la perturbación de la escucha debida a la fuerza de la proyección pueden inducir al analista a la actuación mediante interpretaciones evacuativas o de descarga, lo que obliga a extremar el trabajo sobre la contratransferencia y la función de paraexcitación y de contención.

Sabemos que cuando emergen en la clínica situaciones traumáticas no elaboradas, el trabajo analítico no consiste estrictamente en hacer consciente lo inconsciente, sino en cierta medida, en experienciar y vivenciar el trauma al calor de la transferencia, cuya modalidad de manifestación es única y diferente en cada sujeto. En ausencia de representaciones que hayan alcanzado el nivel simbólico se necesita de la capacidad representativa del analista como paraexcitador sustitutorio. El analista percibirá-recibirá estos mensajes arcaicos mediante formas preverbales rudimentarias, repeticiones, reminiscencias insólitas, reacciones, gestos estereotipados, etc. Su función consistirá en secundarizarlos mediante representaciones, movimientos emocionales, fantasías, ideas, que surjan en la mente del analista y que el paciente las pueda sentir como verosímiles (Roche, 2000).

A pesar de que cada expresión clínica en relación con el cuerpo, trastornos de alimentación, dependencias, intentos de suicidio o conductas de riesgo, tiene su especificidad y cada sujeto su propia realidad psíquica, todas ellas tienen en común: el recurso al acto, la puesta en escena del cuerpo, una avidez que reenvía al exceso y una ausencia de confrontación con la muerte a pesar del intenso riesgo. Todas ellas hablan de un defecto de estructura, de piezas faltantes en el entramado narcisista de base, debido a fracasos por defecto o por exceso en las primeras experiencias de satisfacción madre-bebé y en el placer ligado a zonas del cuerpo que se van constituyendo como zonas erógenas. Como consecuencia, aparecen defectos de figuración, de representación y de pensamiento, el funcionamiento mental queda empobrecido y la única vía de expresión es el recurso a la actuación y a la descarga masiva de la tensión utilizando siempre al cuerpo como instrumento. Prevalece en la adolescencia «lo vivido» y «lo actuado» sobre «lo pensado» (Jeammet, 1985). Cuando no existe una estructura sólida, que permita la elaboración de duelos, se busca evitar la pena y el dolor psíquico, se intenta la descarga, una de cuyas manifestaciones es esta conducta autodestructiva corporal.

Estos comportamientos reflejan los trastornos de la noseparación y de la dependencia extrema respecto a las figuras infantiles. Se desplaza al alimento o a la droga la relación con la madre y el rechazo al alimento es una defensa ante la enorme dependencia que suscita la relación con ella. En la privación la anoréxica afirma su independencia con respecto al alimento y al deseo. La dependencia es interna pero se lleva al alimento o a la droga porque no son objetos, son neo-objetos fáciles de controlar (Mc. Dougall 1987). La anoréxica erotiza el hambre. La bulímica erotiza la succión y trata de llenar el vacío, la falta interna, comiendo y de la misma manera que no interiorizó el vínculo con el objeto primario tampoco retiene el alimento, lo fecaliza y lo expulsa.

El adicto parece seguir buscando todavía en el afuera la relación con la madre-pecho (objeto parcial), que no ha podido ser interiorizado y maneja su dependencia mediante la defensa que consiste en tener a su disposición un objeto de fácil control, la droga. Este neo-objeto va a establecer el ritmo, la subida, la bajada, el placer o la falta (Jeammet, 1991).

Lo mismo que el bebé recurre para sentirse vivo a «auto-sentirse», a crearse sensaciones, a veces dolorosas, como golpearse contra la cuna, se privilegian en la adolescencia las sensaciones como una manera de poder «sentirse» cuando se evitan las emociones y el vínculo afectivo. Se buscan sensaciones constantemente para compensar una realidad psíquica pobre.

Finalmente, presentaré a una adolescente de dieciséis años, encerrada en un mundo sensorial, como expresión del refuerzo pulsional y también de su dificultad de transformar en representaciones las múltiples sensaciones que experimenta a lo largo del día. El exceso de excitación al no poder ser pensado es depositado en el cuerpo: le duele la cabeza, el estómago, la tripa...; es un cuerpo aquejado de todos los males, al que acusa lo mismo que a su madre (unión cuerpo-madre), de ser la fuente de su intenso sufrimiento. A pesar de un cierto sentido teatral de esta aparente «puesta en escena», no se percibe ninguna función simbolizante de estas expresiones somáticas, como ocurre con la histeria.

Repite con insistencia desde la primera entrevista, por la mañana he llorado todos los días de mi vida, sin que podamos fácilmente atribuirle un sentido a este llanto. El cuerpo constituye su preocupación central, necesita mirarse cada día detenidamente en el espejo del cuarto de baño, mirar su cara, su pelo, sus ojos, su boca, su sonrisa, mirarse minuciosamente para controlar si se produce o no algún cambio en su imagen

porque ante la falta de una visión unificadora y totalizadora de sí misma, el mínimo cambio la puede desorganizar.

Después de varios meses de análisis estas inscripciones sensoriales empiezan a tener un cierto grado de figurabilidad y nos permite entender el llanto de la mañana, el de todos los días. El señalamiento de la analista acerca de su petición de ayuda para poder desenredar las cosas que pasan dentro de su cabeza, le permite asociar con que cuando era pequeña, su madre la peinaba y le desenredaba el pelo cada mañana. A partir de algunos elementos pudimos realizar una figuración-construcción del pasado y pensar en «una niña que siente abandonada y con mucha pena porque ahora las manos y la mirada de mamá cuando la vestía y la peinaba cada mañana ante el espejo; esta mamá ahora está demasiado ocupada con el bebé-hermanito que acaba de nacer».

Se pudo vincular esta relación con la madre, tan marcada por lo sensorial e interrumpida por el nacimiento del hermano que coincidió con el momento de su entrada en el colegio, con el tiempo que ella dedica cada mañana a la ducha, a la crema, a la colonia y, sobre todo, al cuidado del pelo, en un intento de reproducir la relación con la madre de los cuidados corporales. Podrá ir entendiendo cómo busca ante el espejo a la madre perdida, a la situada cada mañana detrás de ella, peinándola, cuando era niña.

Y también buscará ansiosamente, a través de una experiencia pasional, reproducir sensaciones en el propio cuerpo en contacto con el cuerpo del otro, actuando la primitiva relación y el duelo pendiente en torno a la separación. Mediante el trabajo analítico se irá desanudando el núcleo traumático inicial, para que vaya pudiendo entrar en el funcionamiento simbólico y el Edipo pueda recuperar su función estructurante.

El trabajo con adolescentes tan dañados exige durante mucho tiempo la función de yo auxiliar del analista, equiparable a la función materna. El analista trata de comprender y dar sentido al sufrimiento para que haya menos descargas, menos somatizaciones, menos daños. Poner al adolescente en contacto con su mundo interno, ayudarle a construir una imagen corporal más positiva, a investir su funcionamiento mental y a aceptar la necesidad del otro, evitando recurrir a los objetos de adicción o la necesidad defensiva de dominio, son objetivos presentes en la mayoría de las viñetas clínicas que se han ido presentando.

Bibliografía

ANZIEU, D., El yo piel, Madrid, Biblioteca Nueva, 1987.

AULAGNIER, P., «Se construir un passé», *Journal de la Psychanalyse de l'enfant*, 1988, núm. 7, Coloquio de Monaque, París, 1989.

BIRREAUx, A., Le corps adolescent, E.Bayard, 2004.

BRACONNIER, A., «La depresión á l'adolescencia: un avatar de la transformation de l'objet d'amour», Adolescent, Deprimer, tomo IV.

CRUZ RoCHE, R. (2000), «Para una metapsicología de la cura», APM, núm 35, 2001.

FEDIDA, P., «Autoerotismo y autismo», en Crisis y contratransferencia, Buenos Aires, Amorrortu, 1992.

FREUD, S., OC, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996.

(1895) El proyecto, vol. I.

(1905) Tres ensayos para una teoría sexual, vol. I.

(1909) Análisis de un caso de neurosis obsesiva, vol. II.

(1914) Introducción al narcisismo, vol. II.

-(1915, Sección II). «Nota añadida a tres ensayos de 1905».

(1916-1917) «Nuevas conferencias», vol. III.

GUIGNARD, F., En el núcleo vivo de lo infantil, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002.

GUTTON, PH., Lopuberal, Paidós, 1991.

JEAMMET, PH., «Actualité de l'agir», Nouv. Rv. Psychanalyse, 1985.

«Lo que se pone en juego en las identificaciones adolescentes», 1991, Revista de Ps. Con niños y adolescentes, Buenos Aires, 1992.

GREEN, A. (1972), «De locuras privadas», Buenos Aires, Amorrortu, 1994.

-(1983), El lenguaje en el psicoanálisis, Buenos Aires, Amorrortu, 1995.

HERNÁNDEZ, M., «La pubertad, un desafío a la identidad psicoanalítica», La identidad psicoanalítica, APM, núm. extra, 1997.

-«Enamorarse en la adolescencia, una aproximación psicoanalítica», Teoría y clínica del narcisismo, APM, núm. 27, 1998.

-«Figuras y formas de la pasión», Trabajo inédito de acceso a Miembro Titular, 2003.

-«Volviendo a pensar el autoerotismo», Tres ensayos para una teoría sexual, APM, 2005.

-«Suicidio adolescente, escisión del yo y del objeto», El objeto, APM, núm. 48, 2006.

LAUFER M. y E., Adolescencia y crisis del desarrollo, Barcelona, Espaxs, 1989.

LAUFER, E., «Le corps comme objet interne», Adolescence, núm. 52, 2005.

LADAME, F. Y ZILKHA, «Du fantasme masturbatoire central au corps comme objet interne: l'aventure de Moses et Egle Laufer dans la psychanalyse de l'adolescent». Presentación en el Colloque de CILA, París, septiembre de 2007.

MCDougall, J., Teatros de la mente, Madrid, Tecnipublicaciones, 1987.

-Eros aux mille et une visage, París, Gallimard, 1996.

ScHMID-KITSIKIS, E., La passion adolescente, París, In Press Éditions, 2001.

WIDLOCHER, D., «Amour primaire et sexualité infantile» en Sexualité infantile et attachement, París, PUF, 2000.

WINNICOTT, D. (1971), Realidad y juego, Barcelona, Gedisa (7.a ed. 1997).

El pensamiento adolescente

SABIN ADURIZ*

Introducción

La adolescencia es un tiempo de crisis y de proceso. Para acceder a ese tiempo resulta útil la máxima de Montaigne: «yo no pinto el ser, pinto el pasaje». La palabra crisis proviene de la etimología griega krisis, que significa momento de la sentencia.

En efecto, la adolescencia es el momento de juzgar y decidir sobre la orientación futura. En tanto en la adolescencia se pone en crisis la identidad infantil y, en parte, las identificaciones y los referentes simbólicos del sujeto, éste se ve obligado a llevar a cabo un proceso de reestructuración psíquica para asumir una identidad sexual, para inscribirse en la sociedad y para situarse en un lugar dentro de la cadena generacional. Se le plantea, ni más ni menos, que la exigencia de un trabajo elaborativo para dar un nuevo estatuto al cuerpo, a la identidad y al mundo. Hay, por tanto, rupturas pero también nuevas ligazones, ya que la metamorfosis puberal y el proceso adolescente deben preservar lo esencial de la infancia como condición para que el sujeto se reconozca a sí mismo a través de los cambios (Olmos et ál., 2001).

Freud en «La novela familiar del neurótico» (1909) habló de la necesaria y dolorosa tarea para el adolescente de liberarse de la autoridad de los padres. Los padres no solo dejan de ser representantes de la perfección y la verdad sino que se revelan mortales, capturados en un encadenamiento que los trasciende. El adolescente ha de juzgar y elegir inscribirse en la sucesión generacional ocupando el lugar de su padre o de su madre, o bien rehusar a entrar en la diferencia sexual y generacional. No debemos olvidar que, como decía Winnicott, crecer, para el inconsciente, es asesinar. De ahí que el adolescente necesite hacer la prueba de validación de la función paterna.

El adolescente, a causa del empuje pulsional puberal, experimentado como extraño al Yo, va a vivir una pasividad ante lo pulsional, que se refleja tanto en los síntomas sentidos como agresiones que atentan contra el narcisismo, como en las actuaciones que buscan, a través de la descarga, la satisfacción inmediata. En relación con el pensamiento, va a significar una etapa de esplendor, pero junto a ella una etapa de confusión que afecta a las diferencias estructurantes: sujeto-objeto, fantasía-realidad, masculino-femenino. Esta confusión guarda una íntima relación con el riesgo de que se produzca una identidad entre lo deseado y lo encontrado y entre sujeto y objeto, riesgo que produce una descarga en el aparato psíquico y cortocircuita el pensamiento.

En la adolescencia tiene lugar una exacerbación del conflicto edípico, en el aprés-coup del surgimiento de la genitalidad. Acontece una situación paradójica: justo cuando se trata de desinvestir a los objetos edípicos para elegir nuevos objetos exogámicos la realización incestuosa parece más posible, como ocurre con los cometas que justo antes de chocar con el sol y desaparecer, su cola se ilumina

ofreciendo una gama de colores sin igual. Ya Freud en «La metamorfosis de la pubertad» (1905) habló de la importancia de la elección incestuosa de objeto y de la tentación del incesto.

En definitiva, el pensamiento adolescente implica la puesta en juego de una serie de operaciones simbólicas: apropiarse del cuerpo a partir del sentimiento de extrañeza corporal, reestructurar las identificaciones y constituir un Ideal del Yo como proyecto abierto al futuro, adquirir el derecho legítimo de tener pensamientos propios y acceder al disfrute sexual asumiendo la alteridad. Las diferentes vicisitudes en referencia a estas operaciones simbólicas van a signar la psicopatología adolescente con un marchamo propio.

¿Quién soy yo?

Como afirma Teresa Olmos, hay que identificarse para ser Yo y hay que realizar una deconstrucción de identificaciones para constituirse en sujeto descante. El adolescente se ve involucrado en un doble proceso: de reconstrucción de la imagen corporal y de desidentificación.

El empuje puberal va a producir una resexualización de la imagen corporal. Además de la puesta en marcha del reloj biológico (emergencia de lo real corporal) son los otros quienes inician en la sexualidad genital, ésta entra en escena mediante encuentros con los otros en el ámbito de la cultura, en un determinado universo simbólico. El surgimiento del cuerpo genital es primeramente vivido como extraño, como real, como exterior al adolescente. Este estatuto de extrañeza otorga su espesor y su especificidad a las transformaciones psíquicas de la adolescencia.

La excitación sexual pone en juego al cuerpo y a las zonas erógenas, como asientos de intercambio con el otro. Me decía una adolescente que sentía dolores en varias zonas de su cuerpo antes de ir a una fiesta en la que podía bailar con un chico que le gustaba: «me pone nerviosa acercarme: los ojos que miran, los brazos que abrazan, la boca que besa y que habla». Se detectan en el propio cuerpo objetos pulsionales equivalentes a los del objeto. La mirada queda privilegiada para la chica, al darse a ver su cuerpo adquiere valor erógeno por la mirada del otro. Para el chico queda privilegiada la voz. No es casual que en el campo de la imagen y en el de la palabra puedan surgir problemas. Pues el adolescente, para hacer frente a los nuevos retos pulsionales con el otro sexo deberá apropiarse de la mirada y de la voz de la madre, que reconocieron (o no) al niño posibilitando la identificación narcisista.

Se trata de la apropiación corporal, de la asunción del cuerpo como propio; de hacer el duelo por el cuerpo infantil para no tener el sentimiento de que el cuerpo pertenece a otro, por ejemplo a la madre.

Al hacerse patentes partes del cuerpo tomadas en un movimiento pulsional (en relación con el cuerpo del otro) se produce una cierta fragmentación de la imagen corporal, por las líneas de fractura de las pulsiones parciales. Las pulsiones parciales hablan, incitan, llaman, actúan en un territorio en el que no basta el lenguaje. La fragmentación corporal plantea una nueva exigencia al pensamiento: pensar ese cuerpo extraño, tan magistralmente expresado por Kafka en el inicio de *La metamorfosis*: «Al despertarse Gregorio Sarasa una mañana, después de un sueño intranquilo, se encontró en su cama convertido en un monstruoso insecto». Nos referimos, claro está, a ciertos sentimientos de inquietante extrañeza que en ocasiones acechan al adolescente.

El adolescente gracias al proceso de desidentificación, que supone decir «no» a las identificaciones que lo atan a los otros, va a poder rescatar contenidos propios que enriquecen su pensamiento. Pero este cumplimiento del juicio mediante la introducción del símbolo de la negación va a requerir de ciertas condiciones para no desembocar en una identidad negativa o en actuaciones destructivas.

Dice Mannoni que los pájaros que cambian su plumaje son desdichados. Dicen los adolescentes: «El sitio que antes tenía ya no me sirve, tengo que encontrar otro lugar». Las antiguas identificaciones han de caer y han de sustituirse por otras nuevas, pero durante un lapso de tiempo el adolescente funciona con identificaciones prestadas, hasta hacerlas suyas o desecharlas (Mannoni, 1986).

El proceso de desidentificación concierne a las diferentes instancias psíquicas: se trata de la renuncia a ser objeto del deseo de otro y también a los ideales ligados a los objetos incestuosos. Sabemos que la instauración del Ideal a partir de la crítica de los padres va a permitir un desplazamiento del narcisismo primario (reinado de la omnipotencia del deseo) a su heredero, el Ideal. Se trata ahora de satisfacer las exigencias del Ideal cuyo representante es el padre. La mediación de la instancia parental introduce la triangulación edípica al significar la herida narcisista como la distancia irreductible entre el Yo y el Ideal. El Ideal es la condición de la represión, lo cual va a traer nuevas complicaciones, como veremos más adelante. Mas por ahora se puede afirmar que la instancia IdealSuperyó exige una transformación de las investiduras de los objetos libidinales edípicos en identificaciones secundarias, por

las que el Yo se ofrece como sustituto de los objetos perdidos para ser amado por el Ello. Hay que efectuar un duelo por los modelos de pensamiento que hasta ahora han servido para exponer las ideas y los ideales sobre sí mismo.

El trastabilleo de las identificaciones a nivel del Yo va a producir vergüenza. A nivel del Yo ideal es preciso hacer un duelo por la imagen narcisista propia, por la imago del niño/a maravilloso que realiza sin saberlo los sueños de los padres (Leclaire, 1975). Es indudable que tal imago condiciona el pensamiento: un paciente que estudiaba Arte Dramático había ido a ver una obra de teatro con una chica que no le resultaba indiferente. Era su primera cita con ella. Al finalizar la obra decidieron ir a tomar algo. Ya sentados en la terraza de un café el adolescente se sintió compelido a hacer comentarios brillantes sobre la obra que habían visto. Tal exigencia le hizo enmudecer, pasando de lo sublime a hacer el ridículo.

Durante el proceso de desidentificación se produce una defusión pulsional, que por una parte permite al deseo desligarse y estar disponible para nuevas ligaduras, con el corolario de una liberación de agresividad al servicio de Eros. Por otra parte, la pulsión de muerte se hace presente ligada a sentimientos de culpa y remordimientos (por ejemplo el pensar en objetos extrafamiliares con valor libidinal puede vivirse como una transgresión de los mandatos endogámicos), pero también aparece desligada en angustias ominosas, que tienen por objeto al ser propio y pueden ser causa de inhibiciones. El pensamiento pone a prueba la estabilidad de la organización identificatoria, ya que se necesita convivir con estados transitorios de padecimiento ominoso y culposo (Kancyper, 1998). Pero también la regresión puede conducir al adolescente a vivencias de indiferenciación ligadas a experiencias fusionales, con un soporte representacional más o menos lábil, que traducen en realidad la vacilación de la identidad y la búsqueda de un sentido de sí mismo y del mundo. Cuando el sentimiento de continuidad no está amenazado, la regresión es reversible (Cahn, 1991).

El adolescente es sensible a la crisis identificatoria, de ahí que pueda experimentar el temor a perder la identidad, a la despersonalización. Un afecto dominante en la adolescencia es la depresión, en relación con el trabajo del duelo, depresión a menudo encubierta por las defensas.

Piera Aulagnier nos propone una cuestión esencial en relación con el proceso de remodelación de las identificaciones: qué condiciones son necesarias para que el adolescente acceda a un orden temporal e invista un proyecto identificatorio. La

autora responde que para que el *aprés-coup* pueda otorgar una nueva significación ha de existir ya ahí un fondo de memoria y un capital fantasmático de los que el Yo pueda disponer libremente (Aulagnier, 1988). Fiel de la balanza entre la permanencia y el cambio: ya que en el retomar obligado del movimiento identificatorio hay un punto de vacilación insoslayable, una dimensión de incertidumbre que solo puede vivirse si los anclajes son firmes.

Es necesario que en la transformación de las identificaciones, que conlleva la regresión y la defusión pulsional, el sujeto encuentre puntos de certidumbre, de anclaje simbólico, que le permitan al Yo sentir «Yo soy Yo» en los momentos de cambio. En el repliegue narcisista adolescente se produce una desinvestidura de los objetos incestuosos para acceder a las identificaciones secundarias, pero con la mediación de las identificaciones primarias. La reactivación de estas últimas pone en juego su consistencia y sus fallas. Estas identificaciones narcisistas están asentadas sobre experiencias de satisfacción y sobre la réverie, la metaforización materna y las ligazones de la madre, que propician el narcisismo trasvasante, a partir de la disrupción que instaura la sexualidad (Bleichmar, 1993). Al hablar de fallas quiero utilizar una analogía con las fallas geológicas, ya que las fallas afectan a la organización de los estratos psíquicos y repercuten en el funcionamiento del *aprés-coup* adolescente.

El repliegue narcisista adolescente como lugar de anclaje configurado por las identificaciones estructurantes (secundarias y primarias) va a constituir un narcisismo espiritual (Avenburg, 1987). La cohesión estructural de las identificaciones confiere al adolescente la capacidad para un ejercicio activo del pensamiento, la capacidad para estar solo y para hacer de esa soledad una fuente de inspiración imaginativa. No obstante, el repliegue narcisista se acompaña también de una reactivación del autoerotismo ligado a restos de los vínculos objetales incestuosos despertados por la sexualidad genital, una resexualización de las zonas erógenas que va a tramitarse mediante fantasías masturbatorias o en algunos casos a través de meras descargas masturbatorias sin formación de fantasías. Se produce entonces una sexualización del pensamiento. Plantea Freud que el adolescente ha de ir transformando el autoerotismo en nuevos vínculos objetales, ya que el autoerotismo va a ser la vía de preparación y ensayo de la libido objetal, porque la elección objetal tiene lugar primero en el terreno de la fantasía. Tanto la persistencia de las satisfacciones autoeróticas con una significación incestuosa como la inhibición de toda manifestación autoerótica van a incidir sobre la esfera del pensamiento.

En el proceso de transformación de las identificaciones ocupan un lugar especial las identificaciones alienantes: identificaciones inconscientes que eternizan al sujeto en un lugar, en el que es soporte regulador del narcisismo de los padres. El adolescente puede estar identificado con el narcisismo parental desde un régimen narcisista de apropiación-intrusión, por el que el otro se apropiá de las cualidades del sujeto (Kancyper, 1998). Las identificaciones alienantes pueden asimismo guardar relación con situaciones traumáticas, cristalizando en una organización escindida del Yo. Pero no debemos olvidar que el sujeto no solo es víctima de una depositación parasitaria sino que la identificación alienante constituye también una resistencia opuesta por el narcisismo a la herida edípica. Se trata de significar retroactivamente la historia identificatoria para transformarla en ficción narrativa. Al ocupar el sujeto el lugar de agente provocador (en el seno de la conflictiva edípica) asume su culpa y su responsabilidad y se protege del desvalimiento por inundación traumática del inconsciente del otro (Sapisochin, 1999).

Las identificaciones alienantes condicionan los procesos de pensamiento: vivir intrusivamente en la cabeza de otro, pensar como el otro desearía que pensara, controlar el pensamiento del otro para no ser invadido por él. En definitiva, la identificación proyectiva cobra en estos casos un papel sustancial en el pensamiento adolescente.

El enfoque para abordar en la clínica el trabajo sobre las identificaciones ha de tomar en cuenta la historia singular de cada sujeto adolescente. Para realizar construcciones (intervenciones simbolizantes que propongan enlaces faltantes en la historia del sujeto), que hagan que la ausencia y el dolor sean pensables para que las pérdidas no dejen un agujero y puedan ser metabolizadas. Asimismo, se trata de crear las condiciones de un pensamiento discriminatorio para evocar en el paciente representaciones-cosa y afectos concretos. Ante la incertidumbre y la angustia confusional que genera el proceso de desidentificación el analista puede funcionar como soporte identificatorio (Olmos, 2001).

¿Quién piensa?

Como afirma Gutton, el pensamiento puberal está atareado con el cuerpo y marcado por un exceso de goce. Lo real puberal coloca al sujeto en una insuficiencia para comprender su sentido y le obliga a un proceso de elaboración mediante palabras e imágenes. Constatamos vivamente que la llamada a representar se topa con lo

irrepresentable, es decir, con la imposibilidad de expresar la experiencia en su totalidad. No queda otro remedio que tolerar la idea de proceso, en el sentido de que la articulación de la palabra con la cosa sexual siempre deja un resto que es motor de nuevas elaboraciones. Se trata de construir un saber personal relativo a la sexualidad.

Junto a la formidable investidura del pensamiento en la adolescencia se encuentra la sexualización del pensamiento puberal. La violencia de las mociones pulsionales puberales está ligada a la interpretación edípica de la experiencia púber, a la reactivación edípica expresada en las escenas puberales. En ellas hay una tríada: el púber, el objeto parental incestuoso y el rival envuelto en una relación mortífera (Gutton, 1991).

Considero, junto a otros autores, que se puede hablar de un pensamiento específico del adolescente. Su acceso a la lógica formal le permite abstraer, manipular ideas y teorías, utilizar un pensamiento deductivo. En las ciencias puras los jóvenes han realizado descubrimientos importantes (Gódel). El pasaje del microcosmos familiar a un vínculo social más amplio le abre la puerta a ideologías que trascienden el presente. El repliegue narcisista, al que ya nos hemos referido, permite un recogimiento espiritual del pensamiento, capaz de una aprehensión de intuiciones, de estados de ánimo evanescentes; las creaciones literarias y artísticas dan testimonio de ello. Sin embargo, en contraposición a lo expuesto, la lógica formal no integra todos los procesos precedentes y reaparecen manifestaciones de una lógica sensorio-motora olvidada; las dificultades para expresar la alegría o el sufrimiento tienen que ver con estar demasiado inmerso en ellos y también con inhibiciones que afectan a toda la gama de sentimientos. En definitiva, nunca como en la adolescencia está tan en primer plano la cuestión de pensar lo pulsional y la de lo pulsional que hace pensar.

El problema que se le plantea al adolescente es el de tener un pensamiento propio, siendo capaz de recoger el bagaje de lo pensado por otros. Está presente esta cuestión porque en ella se juega su destino como sujeto capaz de atesorar opiniones propias, sin verse obligado a pensar en función de los demás. En esto radica la importancia de si el adolescente siente si tiene o no tiene elección, al verse arrastrado por mociones pulsionales que lo pasivizan sin remedio (Laufer, 1988). Para apropiarse de un pensamiento singular, el adolescente ha de llevar a cabo la operación simbólica de «decir no» a las significaciones parentales y, en particular, a los significados impuestos por el padre. Pero sobre el fondo de su aceptación implícita: el adolescente necesita de-negar las imposiciones superyoicas del padre para disponer de un capital

libidinal que si no fuera así leería arrebatado por el padre, quedando sometido a un padre fálico. Es por ello que los adolescentes denuncian las incoherencias del pensamiento de los padres, la distancia entre lo que dicen y lo que hacen. Ahora bien, si el adolescente no dispone de un bagaje, como decantación de la introyección de la función paterna, corre el riesgo de ser invadido por el pensamiento de la madre y obligado a estrategias defensivas de dominio y control del objeto para evitar su engullimiento.

Aquí podemos retomar en toda su fuerza las ideas de Piera Aulagnier: el adolescente ha de liberarse de las identificaciones tiránicas que lo atan a la realidad, separarse de los objetos externos que lo subyugan, desalienarse del poder del otro o de su goce. Poder pensar lo que el otro no piensa o no sabe que piensa, porque ha de quedar preservado el derecho al secreto como condición para el placer de pensar (Aulagnier, 1976).

J.J.Rassial introduce una tesis que me parece esencial: en la adolescencia se juega una validación del carácter fundador de la represión primaria. En la adolescencia aparece lo infinito espacial y por el proceso de represión de esta desmesura de lo infinito la inteligencia de las palabras se vuelve a anudar a la inteligencia de las cosas después de una discordancia provisional (Rassial, 1996). Trataré de dar cuenta a mi manera de esta tesis.

Un adolescente que consulta por un sentimiento de despersonalización, experimentado durante una experiencia masturbatoria, poco tiempo después de iniciado el tratamiento sueña lo siguiente: «Voy en un avión que sobrevuela a una serpiente; la serpiente es muy grande; el avión la sobrevuela, parece que no se acabe nunca, se repite, se repite, siempre lo mismo, hasta que de pronto pasa rápidamente. El sueño parecía muy real». No aparece ninguna asociación ante el sueño, ni el avión ni la serpiente le sugieren nada. Le digo que al escuchar el ritmo de su relato (pasa-pasa-pasa-de pronto me voy) me ha hecho pensar en la masturbación. Responde el paciente que tiene mucho miedo de caer en el vicio infinito de la masturbación y no dejar nunca de hacerlo, sobre todo tiene miedo de no pensar en otra cosa. Aquí encontramos el temor a caer en un goce infinito que aspira al pensamiento como un agujero negro.

La sexualización del pensamiento en las compulsiones y obsesiones tendría relación con «no poder pensar en otra cosa» y las inhibiciones son una defensa radical (exceso de ligazón) contra este riesgo de infinitud de la satisfacción pulsional

(sexualidad desligada). El riesgo de desmesura ante lo infinito encuentra su polaridad en el temor al encierro en un espacio cerrado, que evoca el continente materno. Este continente es vivido como peligroso si existe el peligro de ser atrapado en una relación incestuosa, que puede llevar a la pérdida de la identidad y a la locura. El par compulsión-inhibición no es ajeno a esta problemática como veremos después.

Involucrado en la dimensión bifásica de la sexualidad humana, el adolescente se ve obligado a reactualizar la represión primaria en un nuevo acto que va tener consecuencias significativas en el ámbito de la elección objetal, de la temporalidad, en el campo de la realidad y en la construcción de una genealogía de sus orígenes. La re-instauración de la represión primaria va a propiciar que el pensamiento tome en cuenta el polo de lo incógnito como motor, ligándose al inconsciente y al *aprés-coup*. Se favorece así un intercambio fecundo entre lo pensado y lo vivido y una sublimación no solo de lo sexual incestuoso sino también de la violencia como forma de conjurar el desamparo y la muerte (Rosolato, 1989).

La idealización adolescente y, en especial, la idealización del amor como medida de lo infinito, fragiliza al Yo, que queda a merced de un mundo imaginario. Para el adolescente es complejo el pasaje de la libido narcisista a la libido objetal: no es total y requiere de transacciones para efectuar el duelo de la imagen narcisista y del ideal sexual ligado a esa imagen. En la relación sexual se produce un pasaje del ser al tener, que pone en juego la castración, en tanto juicio de imposibilidad de ser el falo, que afecta en especial a la bisexualidad. En la sexualidad hay goce por lo incógnito del otro sexo.

La pubertad, en tanto acontecimiento real, rompe la historicidad infantil. Afirma Freud que los recuerdos de infancia de los hombres no se fijan sino a una edad más avanzada (casi siempre en la época de la pubertad). Padecen una reorganización análoga a la formación de las leyendas de un pueblo sobre sus orígenes (Freud, 1909). El adolescente está sobrepasado por las modificaciones que lo afectan. Se entremezclan para él vivencias de aceleración, urgencia y ansiedad con sensaciones de pasividad y eternidad. El adolescente se ve obligado a crear una nueva temporalidad en la que el porvenir tenga sentido.

En relación con la realidad: la inquietante extranjeridad no solo se refiere al cuerpo sino también a la intemperie del mundo. El adolescente se confronta con algo que no puede dominar. La realidad tiene una parte decepcionante para el adolescente, en el sentido de que no está a la altura de la promesa «cuando seas mayor...» y opone

obstáculos a la satisfacción pulsional. Pero el adolescente, como afirma Winnicott, solo acepta lo que siente como real, ahí radica la importancia de la capacidad para sentir la realidad haciendo la experiencia de ella (Winnicott, 1982). La atracción por los viajes, por lo desconocido, por la ciencia-ficción y por las experiencias alucinógenas se complementa con la búsqueda de refugios psíquicos en la propia habitación o entre las paredes de la casa. Cuando la relación con la realidad ofrece satisfacciones del Ideal del Yo y logros que fortalecen al Yo, al irse tejiendo anclajes con la realidad, el mundo imaginario, erigido bajo el primado del principio de placer, puede irse reduciendo (Hernández, 2004).

El cuestionamiento del propio lugar, expresado por un «estar fuera» en la familia y por una cierta errancia en el mundo, obliga al adolescente a construir una genealogía para llevar a cabo la invención legendaria de un origen, haciendo entrar al sujeto en una historia posible, dirigiéndose a los ancestros o a Dios. En esta búsqueda de los orígenes puede servirse de la escritura. A través de la escritura el Yo es otro. La escritura es utilizada por el adolescente como medio simbólico para construir una fantasía de autoengendramiento: a la vez confrontado a la realidad de ser el producto de dos sujetos deseantes y refutándola para colocarse fantasmáticamente en el origen de su existencia, expulsando a sus padres. El peso real del cuerpo, ese cuerpo sujeto a una mutación incontrolable, pierde gravedad material al hacerse inmaterial con la escritura. Se tratará en el tratamiento de restaurar el decir (cuando hay dificultades para expresar su mundo interior y para asociar, cuando el discurso está muy pegado a la realidad) mediante la ficción, adoptando un sistema centrado en el relato. Se trata de este modo de propiciar situaciones de enunciación, atendiendo no solo al contenido de lo dicho sino al movimiento mismo del decir, para evitar que el adolescente se encierre en un silencio impenetrable (Darrault-Harris, 1999). Aunque, a través del tratamiento, debemos llevar esas situaciones de enunciación al terreno de las representaciones de palabra para significar las cosas que están en juego.

Voy a presentar un texto escrito de un adolescente. Dejo al lector que se deje impregnar y extraiga sus propias conclusiones:

Todas las infancias se parecen. Todas las infancias repiten miedos, imitan sueños, inventan desdichas, se encierran en soledades agónicas. Todas las infancias son una y la misma. Prolongan a lo largo de los milenios la callada angustia del hombre por no alcanzar todavía la autoridad sobre sí mismo.

Lo único que distingue a una infancia entre todas las demás es la capacidad

de transgredirla. Ya sea por la genialidad, ya por la estupidez, el transgresor infantil surge entre sus coetáneos y les domina, erigiéndose en centro absoluto de una creación que solo a él pertenece y que los demás no están en grado de comprender.

Así nace a la opinión ajena el niño RARO. Y así se prepara para el futuro extravagante, el eterno experto en exilios interiores. Uno de los caminos más seguros para acceder a la SOLEDAD.

¿Actuar por no poder pensar?

La cuestión de la cantidad pulsional pone en juego la dimensión de la represión primaria, en el sentido de una exigencia de ligadura, porque la adolescencia tiene algo de neurosis traumática (parafraseando a Freud diría que ocasiona una perturbación análoga a las neurosis traumáticas). Reconstruir de nuevo la represión primaria implica refundar lo inconsciente como ámbito separado, instituyendo por ejemplo el derecho al secreto como condición para el ejercicio del pensamiento propio, pero también religando lo desligado y lo escindido, y por ende fortaleciendo al Yo.

El problema de la cantidad pulsional y la posibilidad de representarla nos conduce a interrogarnos sobre la relación entre el pensamiento y la actuación, esta última tan prototípica de la adolescencia. Voy a presentar una viñeta clínica para profundizar en este asunto: se trata de un paciente de dieciocho años que consulta por tener reacciones agresivas incontroladas, una de ellas es todavía muy reciente: su madre quería que él, su compañera y su hija fueran de vacaciones con ella, al paciente no le apetecía pero no pudo decir que «no», reaccionó golpeando la mesa y huyendo de casa de su madre. El paciente vive con su pareja (a quien llama su novia) y con la hija de ambos. Cuando están los tres solos en casa experimenta muy a menudo el sentimiento de que le falta algo, una sensación de agobio y de vacío, que le obliga a salir huyendo de la casa, entrando en una vorágine en la que no se detiene ante nada, buscando provocar a alguien para ser recriminado y entonces reaccionar mediante una descarga violenta. En las situaciones en las que consumía droga no podía parar, después en la sesión lo expresaba así: «yo quería siempre más, hasta no poder más, hasta estar muerto y hecho polvo». Durante una sesión de análisis comentó que había mirado a una chica que le gustaba, en ese momento sacó el teléfono móvil para comprobar que estaba apagado, temiendo que su novia pudiera escucharle. Me limitaré a decir respecto a su biografía que su padre era alcohólico y que se fue de

casa. El paciente tenía grabado un recuerdo de cuando era pequeño: estaba en un parque de atracciones y sentía miedo al montar solo con su madre en las atracciones, se sentía tranquilo al montar con su padre, pero surgió un malentendido entre sus padres y su padre se marchó, siguiendo su conducta habitual de huir de los problemas.

Podemos constatar desde un punto de vista manifiesto que el paciente reacciona ante la angustia con una actuación al no disponer de representaciones que le permitan pensar. Pero ¿de qué angustia se trata? Y ¿en qué consiste esa falta de representaciones? Pienso que se trata de una angustia claustrofóbica vinculada a la madre, ya que el paciente tramita mediante una acción violenta una llamada de su madre, que lo perturba tanto como el canto de las sirenas a Ulises. Angustia claustrofóbica: el paciente se encuentra ante la paradoja insoluble de «ni contigo ni sin ti, contigo porque me matas y sin ti porque me muero». O se realiza plenamente el deseo del otro o se corre el riesgo de perder su amor y quedar aniquilado. Esta angustia claustrofóbica guarda una estrecha relación con un deseo de posesión del objeto: ser único para ella y ella ser única para mí. Deseo que constituye a la vez una trampa: no puedo decirte que «no» ni mirar a ninguna otra. Es indudable que esta angustia claustrofóbica tiene relación con la angustia de castración (el paciente vive un riesgo incestuoso con su madre y con su novia, no puede sentirse lícitamente su pareja y el padre de la hija de ambos). Ahora bien, desde un punto de vista clínico debemos trabajar las diversas manifestaciones claustrofóbicas, con su corolario de intrusión, aniquilamiento e imposibilidad de separación, entrando en la complejidad del vínculo madre-hijo, sin perder la perspectiva del tercero tan problemático en su historia.

En cuanto a la segunda pregunta: ¿en qué consiste la falta de representaciones? Considero que puede ayudarnos lo expuesto hasta ahora sobre el pensamiento. Puesto que no se trata lisa y llanamente de una carencia representacional sino de que el paciente se ve abocado a un punto ciego que obtura su pensamiento, al faltarle un espacio psíquico propio, al faltarle la representación de la ausencia. El punto ciego guarda una íntima conexión con la actividad desligada de la pulsión de muerte y con la falta de un tercero, que establezca una mediación simbólica con la madre. Se puede establecer la hipótesis de que en esta constelación emergen representaciones cosa no unidas a representaciones-palabra, que producen un efecto de repetición (Olmos, 2004).

Curiosamente, cuando está en casa del paciente un amigo varón no se produce tal agobio. Al faltar la mediación se siente atrapado y pasivizado y reacciona como un hombre activo y sádico que busca un castigo (estereotipo de «macho» al faltarle la identificación con una función paterna), también se identifica con su padre que huía ante el conflicto con su mujer. La actividad desligada de la pulsión de muerte se muestra claramente en lo que el paciente dice sobre su experiencia de drogarse: se trata de buscar una satisfacción total de la pulsión que conduce a la muerte si no encuentra freno. El *Ello*, bajo el imperio de la pulsión de muerte, atrae hacia la cantidad pulsional cualquier pensamiento que trate de dar sentido, que trate de interponerse entre la exigencia pulsional y la descarga. El *Ello* trataría, ciegamente, de arrastrar a una identidad de percepción, buscando en la experiencia con la realidad un objeto idéntico al deseado. El pensamiento resulta vencido por el goce de la satisfacción pulsional.

Abandonada a su propia inercia, la pulsión de muerte busca dominar lo real sobrepasando cualquier límite, volviendo a realizar una satisfacción ligada al ejercicio de una antigua omnipotencia (Freud, 1930). Las manifestaciones pulsionales de los adolescentes se hacen sentir en el espacio de la cura. El encuadre mismo puede convertirse en escenario de un montaje pulsional, en el que el analista ocupa el lugar de objeto-meta de una satisfacción pulsional. Este montaje pulsional incide en la esfera del pensamiento y en las modalidades que tiene el paciente de representarse el espacio y el tiempo, ya que ellas se repiten en el aquí y ahora de la cura. Se trata para el analista de transformar la demanda pulsional en demanda de análisis (Adúriz, 1999).

Desde luego esta transformación está lejos de ser fácil y requiere actuar sobre un doble eje: por una parte el analista ha de ejercer una función de ligadura que permita dar sentido a la cantidad pulsional desligada, posibilitando la apertura del campo de la representación y por otra parte, a partir de la baliza de la angustia de castración, elaborar la conflictiva edípica. Puesto que la intimidad materna se transforma en alteridad por la inclusión del tercero. Hemos de pensar que la actuación sería la realización no simbólica del incesto y del parricidio. A causa de ello es necesario instaurar en la cura una cadena simbólica de pensamientos que permita el desplazamiento de esos deseos primordiales para llevarlos al terreno de la fantasía.

En este camino hemos de trabajar sobre las vicisitudes históricas del sujeto, sus relaciones de objeto significativas y las identificaciones que han decantado sus

objetos internos. No debemos olvidar que en el après-coup adolescente surge, desde la resexualización puberal y la nueva excitación pulsional, un movimiento regresivo que exacerba los fantasmas infantiles edípicos, que hace revivir una proximidad con el cuerpo de la madre y con lo que se haya podido jugar históricamente con ese objeto primordial: en la medida de si ha suscitado (o no) la ilusión primaria y el sentimiento de ser, de si ha metaforizado (o no) la presencia del padre, etc.

En la experiencia clínica, pensar algo para el adolescente puede implicar el peligro de hacerse realidad; la fantasía puede devenir real, confundiéndose en cierta forma la palabra y la cosa, el símbolo y lo simbolizado (por ejemplo hablar de un temor homosexual puede generar el temor de serlo). También la palabra del analista puede ser tomada como una incitación a la acción. La palabra ha perdido su poder metafórico, su remisión a otra cosa. La presión pulsional sobre el analista puede desorganizarle en su funcionamiento psíquico, suscitando en él defensas rígidas contrarias a la disponibilidad y flexibilidad que requiere la puesta en ejercicio de su pensamiento. Por ello es ineludible un compromiso contratransferencial con los adolescentes, que pone al analista en contacto con su propia adolescencia.

¿Qué psicopatología?

Como afirma R.Cahn el movimiento de apropiación del adolescente de su cuerpo sexuado en la sucesión de las generaciones no se puede hacer sin conflictos ni contradicciones, sin pasar por un tiempo preliminar, virtual o experienciado, de interrogación angustiada sobre lo familiar devenido extraño y sobre el desasimiento del cuerpo y del mundo. Aquí hay un riesgo de desposesión, que si se revela demasiado intolerable, exige de parte del sujeto ir hasta su autoexclusión. El mismo autor afirma que existe una proximidad entre la problemática adolescente y la psicosis porque se sitúan en primer plano la cuestión del ser (ser para sí, ser para otros), el problema de la identidad y de la despersonalización, el cuerpo y la apropiación de su imagen, el nombre propio y la inscripción en la realidad social, la lucha por sentirse real (Cahn, 1991).

La resignificación de la imagen corporal, la transformación de las identificaciones y la apropiación de los pensamientos y deseos obligan a un incessante trabajo de desligazón-religazón, existiendo el riesgo de excesos de desligazón: el proceso de desidentificación implica momentos transitorios de desrealidad; por el cambio de estatuto de la imagen del cuerpo la realidad es modificada en la adolescencia, el

cuerpo es tomado en una red de relaciones con el otro y, en especial, con el otro sexo.

Al enfrentarse el adolescente al cambio, a pérdidas y nuevos proyectos, lo pendiente llama a su puerta, buscando una nueva ocasión para afrontarse y para elaborarse psíquicamente.

La «locura pasional» adolescente se va a jugar en la transferencia. El adolescente que ha sufrido una ruptura de desarrollo, un desmoronamiento (breakdown) (Laufer, 1988) va a actuarizar su situación en la relación con el analista, explicándose muchas veces mediante los actos, sin encontrar palabras a las que conferir un sentido.

Algunos autores manifiestan que en la actualidad la adolescencia ha llegado a adquirir el valor de modelo psicopatológico, como en el tiempo de Freud lo fue la histeria. La adolescencia representaría el malestar existencial y relacional de los pacientes actuales de todas las edades.

En referencia a los ejes de una psicopatología adolescente: junto al eje horizontal constituido por los cuadros nosológicos clásicos (neurosis, perversiones y psicosis), hemos de contemplar un eje transversal. En primer lugar porque la identidad adolescente se está armando, es problemática, nada está jugado irreversiblemente y nos encontramos entonces entre la Escila de no patologizar demasiado y la Caribdis de no desconocer los riesgos; en la adolescencia se da la paradoja de que en ella se inauguran las organizaciones psicopatológicas adultas ya que el potencial psicopatológico de la infancia adquiere una forma organizada, pero asimismo el carácter moviente del funcionamiento mental adolescente deja un margen para que las organizaciones psicopatológicas no queden definitivamente fijadas. En segundo lugar, el enfoque psicopatológico ha de tomar en cuenta no solo la estructura sino el estado transicional adolescente, el proceso, el devenir subjetivo. De ahí la importancia de un acercamiento fenomenológico que nos ayude a estar más cerca del adolescente.

Junto al complejo nuclear edipo-castración hemos de tomar en consideración el proceso de desorganización-reorganización psíquica adolescente. Ya me he referido al carácter de las perturbaciones adolescentes como análogas a las de las neurosis traumáticas. Resultando muy significativo el proceso de desligazón-religazón, en el cual las modalidades de religión van a depender del tipo de desligazones de los sistemas de representación anteriores. Sin duda influidos por ello, muchos autores se han referido al parentesco de la psicopatología adolescente con los estados límites o

fronterizos.

Tal como afirma Teresa Olmos, la psicopatología adolescente ha de centrarse en los modos de funcionamiento psíquico y en los destinos pulsionales. Al operar la desubjetivación en los momentos traumáticos se van decantando elementos vivenciados pendientes de resignificar. Insiste la mencionada autora que el método analítico no se puede reducir al análisis de una narrativa sino que es un método que trabaja en los límites de la narrativa. Los fragmentos de simbolización trabajan sobre lo que no ha sido traducido a lo lenguajero, para darle un sentido (Olmos, 2004).

Otra referencia esencial para la psicopatología adolescente es la importancia del objeto externo, y del mecanismo de externalización, por el cual los conflictos se proyectan en el objeto externo y en el mundo exterior. Partiendo de ello Ph. Jeammet ha conceptualizado el espacio psíquico ampliado (Jeammet, 1980). Pontalis ya se había referido a los pacientes que utilizan la realidad para suplir el vacío de su mundo interior y que encuentran un escenario psíquico en el mundo exterior, necesitando de un director de escena para sentirse existir (Pontalis, 1978).

En el corazón de la conflictiva adolescente nos hemos de preguntar acerca del carácter de la angustia. Sabemos que la angustia es el afecto princeps que moviliza el arsenal defensivo: la represión, la inhibición, la desmentida, la escisión del Yo y la desinvestidura constituyen la diversa gama de las reacciones adolescentes a la angustia. Considero que la psicopatología es preciso abordarla desde la resexualización del après-coup adolescente. El afrontamiento del conflicto edípico y de sus heridas narcisistas hace resurgir angustias primarias de aniquilamiento, separación e intrusión, junto a mecanismos arcaicos. Las mencionadas angustias afectan de un modo prevalente a la problemática del pensamiento y están en la base de los mecanismos evacuativos y de las actuaciones.

Es preciso entonces articular estas angustias primarias con la angustia de castración, poniendo en contacto los diferentes estratos psíquicos. La experiencia clínica nos enseña que es necesario trabajar específicamente las angustias de intrusión, separación o aniquilamiento: nos obliga a ello la sugerencia de Freud de trabajar sobre la superficie psíquica del paciente, puesto que la elaboración psíquica de estas angustias posibilitará una discriminación y un anclaje del Yo y preparará el terreno para articularlas con la angustia de castración, al posibilitar la emergencia de nuevos materiales reprimidos. Pero además será preciso no perder la perspectiva de la angustia de castración porque la conflictividad edípica masiva puede tener

manifestaciones muy ruidosas en la adolescencia y porque la entrada en análisis de un adolescente y la realización de un verdadero proceso analítico implican la elaboración del Complejo de Edipo y del Complejo de Castración.

Desde una perspectiva que puede pecar de esquemática, se puede afirmar que a partir del après-coup adolescente pueden aparecer perturbaciones neuróticas, que implican un retorno de lo reprimido; diferenciando dentro de ellas las neurosis de fracaso o inhibición, en las que aparece un hiato entre la voluntad de éxito y conductas inconscientes que lo prohíben (Mále, 1986). Pueden retornar franjas no simbolizadas, a través de actuaciones y manifestaciones corporales, en las que emerge fundamentalmente una pulsionalidad desligada, aún no reprimida y pueden darse manifestaciones psicóticas.

En la adolescencia no es fácil establecer un diagnóstico diferencial entre una bouffée delirante y la crisis aguda de una psicosis ya constituida. Algunos autores diferencian entre estructura y funcionamiento psicótico. La potencialidad psicotizante de la adolescencia puede ponerse en contacto con la potencialidad psicotizante de la infancia de ese sujeto. En los adolescentes psicóticos encontramos confusión de referencias identificatorias, excitación sexual que tratan desesperadamente de ligar y un objeto primario que favoreció una indiferenciación primitiva por un dominio alienante, por una excitación desbordada y, en definitiva, por la falta de referencia de su deseo a un hombre que represente una función paterna operante. El conflicto identitario actual puede estar acentuado por mensajes enigmáticos que conciernen al origen del sujeto y a su lugar en la sucesión generacional. Estos mensajes, que producen distorsiones en el ámbito de la simbolización, pueden comprometer la subjetivación. No obstante, el aspecto todavía fluido de determinados cuadros psicóticos puede hacerlos abordables por el psicoanálisis.

Pasaré ahora a exponer, de un modo condensado, la experiencia clínica con un paciente al que llamaré Jonás, con la esperanza de que nos ayude a profundizar en los problemas planteados en relación con el pensamiento adolescente.

Proceso analítico de un adolescente

Consulta el padre de Jonás, diciéndome que le cuesta comunicarse con su hijo, que tiene diecisiete años y un fracaso escolar importante. Los padres de Jonás se separaron cuando era pequeño, añade que su hijo ha sido muy tímido desde siempre y tiene problemas. En mi primera entrevista con Jo nás me encuentro ante un chico con

aspecto infantil, que da la impresión de una gran timidez, con dificultad para comunicarse conmigo. En sucesivas entrevistas me voy enterando de que ha vivido hasta ahora con su madre y sus hermanos de un modo peculiar: cada uno en su cuarto-territorio, aislados, cada cual tiene su comida y sus cosas y él teme que si coge algo a su madre o a sus hermanos pueden pensar que lo quiere robar. Jonás piensa que le atribuyen una voracidad, aunque dice que es una falsa impresión de todos ellos. En la situación de blindaje en que vivían, Jonás también tenía un gran temor a recibir cosas «buenas» de su madre, por ejemplo rechazaba la comida que preparaba para él.

Durante las primeras entrevistas también me habla de que no sabe qué va a hacer, no ve claro ningún proyecto futuro. Me cuenta que el curso pasado repitió y pasó a un instituto público, sintiéndose ante sus compañeros solo, metido en una burbuja, paralizado ante personas desconocidas y embrutecidas. Desde entonces, aún más si cabe, se siente immobilizado y bloqueado como ante una maldición que le ata y le impide moverse, mientras sus amigos viajan, se mueven. Su fantasía de deseo es ir a un país desconocido, atravesar la frontera y decirle a una persona que encuentre allí cómo se puede ir a tal sitio. Podemos constatar cómo la inhibición está vinculada a la inercia, a la falta de movilidad, a la falta de espacio incógnito y de una temporalidad que permita salir de ese circuito de repetición maldita. En la fantasía deseante está viva la ilusión de atravesar la frontera y avistar un territorio desconocido. El territorio de la ilusión no estaba clausurado.

Jonás me cuenta que durante las comidas su padre se enfada con él porque no habla, le dice que estar callado es una manera de faltarle al respeto y le amenaza. Se anima a expresar que cuando su padre le mira se siente tímido, me dice: «es como si él me viera inseguro, incapaz de lo que tengo que hacer, como si fuese un inspector».

El paciente hace consciente que hay muchas cosas en la relación con el padre que se están haciendo presentes: el rencor por haberse sentido abandonado, a pesar de que su padre ha mantenido un contacto regular con él, y el miedo ante el juicio de su padre; pero también una mayor cercanía, ya que a Jonás no se le escapa el interés mostrado por su padre hacia él a causa de sus problemas.

Nuestro joven, a causa de estar expuesto a la mirada y al juicio del otro, se siente bloqueado, sin poder afirmar: «yo pienso...». Ahora bien, considero que lo que inhibe a Jonás es el sometimiento al padre como Ideal, ante ese Ideal se queda mudo, con un sentimiento de insuficiencia. Pienso que la vergüenza expresa el temor de ser

desenmascarado y descubierto como culpable de algo que desconoce profundamente, pero principalmente el temor de no ser un ideal.

Jonás en casa de su madre vivía blindado para no ser tragado por la ballena; en la relación con su madre existía una fantasía de devoración mutua, muy patente en esa voracidad vivida como robar los contenidos del cuerpo de la madre; fantasía sádica que conducía al paciente a la inhibición. La inmovilidad y la inhibición intelectual eran las expresiones de un temor a una relación incestuosa con la madre, temor a ser el que ocupa el lugar vacante del padre. Su padre le rescata de lo siniestro y Jonás se siente aliviado, empieza a estudiar y a aprobar, pero su conflictiva va a jugarse en un nuevo escenario.

El nacimiento de un hermanastro aviva brasas de viejos rencores: está furioso por vez primera, me dice que su padre le ha traído al tratamiento para que se ponga las pilas, pero que en el fondo es como echarle al fuego y que a lo mejor debería tirarse él primero. Me confiesa que se ha sentido para su padre un fracaso: «yo he sido un error para mi padre, creo que mi padre ha puesto todas las esperanzas en su nuevo hijo». El sentimiento de depresión, la depreciación de la autoestima, tiene que ver con la culpa inconsciente por no haber sabido responder a las exigencias y expectativas del Ideal, presencia silenciosa del Superyó.

Jonás, identificado con su madre y sintiéndose infantil, inocentón, tonto y débil, no disponía de recursos para defenderse ante los varones, quedando fijado en una posición pasiva homosexual. Esta posición está apuntalada por una identificación con la madre sometida al padre y deprimida.

Me parece muy importante trabajar todo esto con el paciente. Me dice Jonás que ha pensado dos cosas; la primera que nunca ha sido feliz y que siempre ha vivido en función de los demás; la segunda que no tiene «intimidad», lo expresa así: «a mí me preocupa mucho lo que piensa el otro, muchas veces yo sé lo que está pensando, contigo no me pasa; a veces me siento como perseguido, yo no tengo intimidad, a veces estoy pensando de la persona con la que estoy hablando que es un cretino y tengo miedo de que se dé cuenta que lo pienso. Esto no me pasa contigo ¡eh!». El paciente cae en la cuenta de que está pendiente de complacer a los demás, de ser el niño bueno de mamá para ser querido, y ello le hace vivir demasiado en función de los demás. También dice que está muy pendiente de lo que piensa el otro, que trata de controlarlo, que vive un poco en la cabeza de los demás.

Pienso que se trata de la intimidación del Ideal. ¿Qué censura el Ideal? Los malos pensamientos: pensar que el otro es un cretino, pensar que su padre es el cerdo que come con gula y habla de mujeres, etc. Encontramos aquí la persecución del Ideal-Superyó ya que las fantasías pueden devenir reales y ello produce un gran sentimiento de culpa. Asimismo quiero señalar que a través de la denegación («eso no me pasa contigo jeh!») Jonás puede decir, bajo el modo de lo que no es, lo que verdaderamente es.

Una pregunta que podría plantearse es si en Jonás existe una falla a nivel del entramado narcisista de base que le impide decir: «Yo pienso...». Esta falla nos conduciría a las identificaciones primarias (que como hemos enunciado actúan como mediadoras en el après-coup adolescente), a las modalidades del vínculo con una madre sometida a su marido e insatisfecha y deprimida. Otra cuestión relacionada con esto sería la del derecho al secreto que ha tenido el paciente para construir sus fantasías y para poder pensar lo que el Otro no sabe que piensa.

Dos sesiones después de que Jonás me hablara de la falta de intimidad, cuando llevaba 6 meses de tratamiento, me dice que ha pensado dejar de venir durante un mes para hacer una prueba, «la prueba de cómo sería sin venir aquí, de cómo me encuentro si lo hago». Su anuncio, hecho al final de la sesión, me perturba. Le digo que es importante que hablemos de ello. La sesión siguiente me dice que se encuentra mejor, que se da cuenta de que prejuzga menos a los demás, en especial a su padre, y que eso le hace sentir más curiosidad por los otros; afirma que se le han quitado las ganas de venir y que le cuesta mucho hablar. Yo siento contratransferencialmente dos cosas: por una parte que el encuadre tiene un significado traumático para él y por otra experimento rechazo. Le pregunto cómo se encuentra aquí conmigo. Responde que lleva muy mal los silencios, que a veces se siente «como si estuviera en un concurso y tuviese que hablar en un tiempo determinado, como el concursante que dispone de un tiempo para dar las respuestas».

Mi intervención apunta en ese momento a construir una escena dramática para acceder a su vivencia de la situación analítica: le digo que parece que vive las sesiones como estar en un platón ante un presentador-inspector que sería yo. Responde que no quiere hablar de sus cosas íntimas y me pregunta si tiene un problema de comunicación. Le comento que a lo mejor hay cosas de las que le cuesta hablar. Contesta con rabia: «siento que molesto a mi madre cuando voy a su casa, me ha dicho que se quiere ir a vivir a otra casa, no me gustaría que no tuviera un cuarto para

mí, aunque algún día tendré que independizarme». Interpreto que tal vez hay en él una mezcla de rabia y de dolor hacia su madre. Se queda un momento en silencio y después me dice: «me viene a la cabeza la imagen de un amigo que se quedó dormido en un bar y le pusimos un gorro, unas gafas y un periódico encima. Si me lo hubieran hecho a mí me habría dado mucha rabia». Le menciono que a lo mejor él se ve de ese modo cuando no quiere enterarse de las cosas, entonces se queda parado y los demás le ponen sus cosas encima. Añado que quizás en lugar de hablarme a mí de las cosas que le producen tanta rabia y dolor prefiere decirme que se va para no enterarse.

El encuadre, en tanto escenario de la palabra y del pensamiento, se llena de sensaciones de inquietante extrañeza, se puebla de fantasmas que es preciso abordar para que pueda continuar el trabajo analítico. Si no se pueden nombrar, ellos devienen reales y persecutorios (por ejemplo el temor del analista colocado en el lugar de conciencia moral cuando el paciente se acerca a algún fantasma que amenaza hacerse realidad), comprometiendo el tratamiento.

Dos meses después me relata, no sin reticencias, un episodio que ha ocurrido en una fiesta con sus amigos, aprovechando que su padre, su mujer e hijos estaban ausentes, de viaje. En la fiesta él y sus amigos idearon asustar a la chica joven que trabajaba en la casa: se pusieron medias en la cabeza y dos tomates en los ojos, entrando así en la habitación de la joven, ella muy asustada huyó despavorida. También se dedicaron a tirar huevos a los transeúntes, etc. Se destaparon ciertos deseos genitales pero con un carácter regresivo pregenital oral y anal (ser voraz, machacar, violentar sádicamente, etc.), que fueron actuados con la joven asistenta. Se destapó la caja de Pandora de una sexualidad desligada, hasta entonces mantenida a raya por la vigilancia del Ideal. El paciente de entrada justifica el acontecimiento manifestando que tiene que ver con «salir de la burbuja y dejar de ser un parado al que ven parada, añadiendo: «a lo mejor quiero machacar a los que me han machacado a mí».

En efecto, Jonás se desinhibe, curiosea en los cajones de la casa de su madre; sale con una chica, sintiéndose agobiado porque ella lo quiere controlar. Hablamos de su temor de verse atrapado y engullido por una mujer y también en la relación transferencial, especialmente si depende de mí. Pero paralelamente se acrecienta el temor hacia su padre, el episodio de la fiesta y las gamberradas y, en particular, la forma de asustar a la chica de servicio han dejado secuelas, su padre está muy enfadado y hasta violento. Ante la actividad pulsional emerge un Superyó paterno

acusador («eres un violador»); la reacción de timidez y vergüenza aparece ahora vinculada al temor ante el padre castrador; se trata de una reacción ya más subjetiva, por estar marcada por la censura del Ideal.

Jonás experimenta una mezcla de sentimientos: a veces se siente perdido, abandonado y fracasado, como un juguete viejo para su padre, en otras ocasiones predominan las vivencias de rabia y de venganza por las cosas de su padre «que se había tragado en silencio». La rebelión ante el mandato del Ideal produce una desintrincación pulsional, con partes ligadas de la pulsión de muerte que se expresan como sentimiento inconsciente de culpa y con partes desligadas que atacan al Yo y le producen sentimientos siniestros (extrañeza y orfandad) y melancólicos (juguete viejo). La violencia de su padre tiene también un componente traumático, relacionado con los malos tratos a la madre, que acrecienta el temor y el desamparo.

En este contexto el paciente sufre un accidente, se cae de cabeza patinando. Llama a su padre y en el hospital tienen que darle varios puntos de sutura. Al contar el accidente en la sesión dice: «estuve apunto de perder el reconocimiento». Se da cuenta del lapsus y reconoce que le ha faltado el reconocimiento de su padre, que por ello se ha visto como un niño tonto, dependiente de su madre y sin personalidad; como un perdedor y un fracasado, el niño que repite tres veces. Pero, a la vez, pedir algo a su padre era humillarse y tenía a su padre en su cabeza juzgándole, lo cual le hacía sentirse bloqueado y paralizado. En todo ello está en juego una validación de la función paterna.

En los exámenes finales del curso se despiertan miedos. Me cuenta: «a veces estoy con mis amigos y no puedo divertirme hasta que apruebe todo; me veo como un asesino que se mira las manos manchadas de sangre, como si aprobar fuera complacer a mi padre y suspender matarle». Podemos constatar la fuerza de las fantasías edípicas, tanto de tinte homosexual como parricida, ya que el paciente vive el no cumplimiento de las expectativas del Ideal como un verdadero asesinato. Jonás por fin aprobó el curso cuya repetición por tres veces había vivido como una pesadilla.

Varios meses después Jonás fue a esquiar. Relata que estaba realizando con sus amigos saltos fuera de pista cuando se acercaron dos señores vestidos de verde que le parecieron unos paletos, unos garrulos vigilantes que no se tenían que meter en eso; ante la recriminación de los señores de verde por es quiar fuera de pista, Jonás replicó que ellos no tenían ninguna autoridad, les respondió así, me comentó, «porque en la nieve me envalentonó». Entonces se dio cuenta de que se trataba de dos guardias

civiles y que el cuartel estaba cerca de allí. Pienso que se trata de la fantasía de rebelión contra la autoridad paterna que prohíbe una actividad transgresora (saltar fuera de las pistas permitidas), cuando por otra parte Jonás disfruta mucho del esquí, dice que le gusta «el punto en que uno siente temor y se lanza hacia delante».

Algún tiempo más tarde Jonás trajo un sueño: «mi padre y su mujer discutían por mí, mi padre le reprochaba que no me hacía caso. Al final parecía que se separaban y mi padre me elegía a mí». Asocia el paciente que nunca había pensado en la mujer de su padre, «¡ella no existía para mí!» A partir de este sueño Jonás pudo comenzar a elaborar su Edipo negativo.

Bibliografía

- ADURIZ, S., «El encuadre como escenario de un montaje pulsional», APM, núm. 31, 1999.
- AULAGNIER, P., «El derecho al secreto: condición para poder pensar», El sentido perdido, Buenos Aires, Trieb, 1976.
- (1988), «Construir(se) un pasado», Apdeba, vol. XIII, 1991.
- AVENBURG, R., El aparato psíquico y la realidad, Buenos Aires, Nueva Visión, 1987.
- Psicoanálisis: perspectivas teóricas y clínicas, Buenos Aires, Publicar, 1998.
- BARANGER, D. et ál., Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.
- BLEICHMAR, S., En los orígenes del sujeto psíquico, Buenos Aires, Amorrortu, 1993.
- BLEICHMAR, S., La fundación del inconsciente, Buenos Aires, Amorrortu, 1993.
- Clínica psicoanalítica y neogénesis, Buenos Aires, Amorrortu, 2000.
- BLOS, P., La transición adolescente, Buenos Aires, Amorrortu, 1981.
- CAHN, R., Adolescentes et folie, París, PUF, 1991.
- CHABERT, C. y ANDRÉ, J., «Los estados fronterizos ¿Nuevo paradigma para el

- psicoanálisis?», Nueva Visión, 2000.
- CHASSEGUET-SMIRGUEL, J., «The archaic matriz of the Oedipus complex», en Sexuality and mind, London, Karnac, 1984, págs. 74-91.
- DARRAULT-HARRIS, I. «L'Enonciation adolescente», Adolescence, núm. 17, 1999.
- FREUD, S., OC, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996.
- (1905) Tres ensayos para una teoría sexual, vol. I.
- (1909) La novela familiar del neurótico, vol. II.
- (1909) Análisis de un caso de neurosis obsesiva, vol. II.
- (1914) Introducción al narcisismo, vol. II.
- (1930) El malestar en la cultura, vol. III.
- CREEN, A., «L'adolescent dans l'adulte», Journal psychanal. Enf, 11, 1992, págs. 213-243.
- GUTTON, A. (1991), Lo puberal, Buenos Aires, Paidós, 1993.
- HERNÁNDEZ, M., «Actualidad del trauma narcisístico en la adolescencia», APM, núm. 37, 2002.
- JEAMMET, Ph., «Réalité externe et réalité interne. Importance et spécificité de leur articulation à l'adolescence», Revue Francaise de Psychanalyse, núms. 3-4, 1980, págs. 481-523.
- KAFKA, F. (1966), La metamorfosis, Alianza Editorial, 1971.
- KANCYPER, L. (comp.), Clínica psicoanalítica de niños y adolescentes, Buenos Aires, Lumen, 1998.
- KLEIN, M. (1930) La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del niño, O. C., vol. 1, Paidós, 1990.
- KLEIN, M. (1930) Una contribución a la teoría de la inhibición intelectual, O. C.,

1990, vol. 1, Paidós.

LAPLANCHE, J. Y PONTALIS, J. B. (1968) Diccionario de psicoanálisis, Barcelona, Labor, 1971.

LAUFER, M., Adolescencia y crisis de desarrollo, Barcelona, Espaxs, 1988.

LECLAIRE, S., Matan a un niño, Buenos Aires, Amorrortu, 1975.

LUZURIAGA, I. (1970) La inteligencia contra sí misma, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

MÁLE, P., La crisis juvenil, Madrid, Tecnicpublicaciones, 1986.

MANNONI, O. et ál. La crisis de la adolescencia, Barcelona, Gedisa, 1986.

OLMOS, T., «Adolescencia: en los límites de lo analizable», APM, núm. 24, 1996.

«La construcción y la interpretación en psicoanálisis con adolescentes», APM, núm. 34, 2001.

OLMOS, T. et ál., «El trabajo de pensamiento desde la perspectiva psicoanalítica», APM, núm. 33, 2000.

RASSIAL, J. J., L'adolescent et le psychanalyste, París, Rivages, 1996.

El pasaje adolescente. De la familia al vínculo social, Barcelona, Del Serbal, 1999.

RosoLATO, G. et ál. (1989), Lo negativo, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.

SAPISOCHIN, G., «My Heart Belongs to Daddy: some reflections on the difference between generations as the organiser of the triangular structure of the mind», InternationalJournal of PsychoAnalysis, 80, 1999, págs. 755-767.

«My Heart Belongs to Daddy: La diferencia de generaciones como organizador de la estructura triangular de la mente», publicado en Libro Anual de Psicoanálisis, vol. XV, 2001.

WINNICOTT, D., Realidad y juego, Barcelona, Gedisa, 1982.

Representación, adolescencia y psicosomática

[MANUEL DE MIGUEL*](#)

Hablar de psicosomática en la adolescencia remite necesariamente al estudio del incremento de excitación que introduce la pubertad. Este factor cuantitativo podría ser por sí mismo responsable de la aparición en el aparato psíquico, de una libido libre que pone en peligro la estabilidad emocional y también la salud física, de exceder ciertos límites. Pueden surgir problemas para representar estas excitaciones, pero también puede suceder, de hecho siempre ocurre en cierta medida, que las representaciones conseguidas sufran una desligadura, derivada de los après-coups que se producen en la adolescencia. Es habitual que estos déficits de representación se sumen a componentes regresivos, casi siempre presentes en estas constelaciones sintomáticas. Comenzaremos por estudiar unas consideraciones generales que nos ayudarán a entrar en el tema.

A partir de las investigaciones de la Escuela de París, se ha convertido en un conocimiento universalmente aceptado en psicosomática, la adscripción de los síntomas somáticos a déficits en la representación de la vida emocional especialmente en sus aspectos más tempranos. A ello conducen diversas motivaciones.

En un estudio que realizamos este pasado año (2008) con Javier Alarcón, en colaboración con médicos generalistas y pediatras de atención primaria, llegamos a la conclusión de que tanto en adultos como en niños y adolescentes se produce una huida masiva de la vida mental hacia el cuerpo. Para muchas personas imposibilitadas por su educación o su estructura mental para vivir sus emociones, el trastorno somático es la única vía de expresión posible.

Dos factores confluyen en esta tendencia a huir de lo mental. El primero de ellos es el mantenimiento de un Yo Ideal en torno al cual se nucleará el funcionamiento operatorio. Para estas personas, los afectos constituyen debilidades inaceptables. En segundo lugar encontramos las tendencias regresivas en su más alta expresión. Esto es, la búsqueda de repetir la primera relación con la madre. Como nos enseña M.Fain, dentro de la comprensión del individuo humano como un ser psicosomático hay un momento en el que podemos decir que todavía esto no es así. En el comienzo de la vida, todavía no se puede decir que tengamos vida mental. El bebé es un soma que siente. La madre es la psique que piensa el sentir del bebé. De esta forma

psicosomático, en el recién nacido, es un término que se reparten dos individuos diferentes. Uno de ellos, el bebé exagerando un poco, podríamos decir que solo tiene vida corporal, el otro, la madre, solo vida mental.

Esa es la situación más regresiva que podemos imaginar. Podríamos decir que es buscada por nosotros en determinados momentos, y también que es una tendencia permanente en muchas personas. Se proyecta el sufrimiento sobre el cuerpo, esperando que alguien lo cuide, dé significado a las vivencias y se haga cargo de lo mental, especialmente en un mundo en el que las relaciones familiares y sociales son progresivamente más escasas, discontinuas y profundamente insatisfactorias. Los adultos querrán volver a estas posiciones. Los niños y adolescentes se resistirán a salir de ellas.

Siempre supimos desde Freud que la enfermedad somática conduce a una regresión en dos sentidos. La regresión temporal, consistente en que nos infantilizamos y esperamos ser cuidados por los demás como cuando éramos niños. Y la regresión narcisista, esto es, retiramos la investidura del mundo externo, para interesarnos solo por nosotros mismos. Con la cita «Mi alma entera cabe en el agujero de una muela cuando me duele» empieza Freud su «Introducción al Narcisismo». Pero considerábamos que tanto una como otra forma de regresión eran solo una consecuencia de la enfermedad. Ahora sabemos que algunas constelaciones narcisistas y regresivas también pueden ser la causa del enfermar somático. Otra cuestión es si el solo deseo, sea consciente o inconsciente, puede conducir a enfermar. La respuesta siempre fue que no. Con M. de M'Uzan y en su expresión, decíamos que el cuerpo no puede ser tan listo. En este momento encontramos hallazgos clínicos y vericuetos en la representación que nos llevan a no estar tan seguros. Trataré más adelante de explicarlos.

La capacidad para representar la vida emocional y para utilizar los recursos mentales en la tramitación de los conflictos, es la mejor garantía de estabilidad psicofísica. La adolescencia supone un punto de inflexión en la organización psicosomática en no menor medida en que, como es bien sabido, lo es en la vida mental. La elaboración de la conflictiva adolescente conduce a la adquisición de una autonomía a veces imposible. En la continuidad de las dependencias maternas, el cuerpo enfermo se convierte en muchos casos en el vínculo que mantiene la unión fusional. En muchos adolescentes de escasa mentalización es el único vínculo posible, en otros aparece matizando otros funcionamientos de corte neurótico. Traté

en una ocasión a una adolescente muy regresiva que padecía gastralgias, que hacían que recibiera una alimentación y cuidados especiales y decía su madre que se ponía tan mala, que a veces le tenía que dar la comida en la boca. A la vez sufría cefaleas, estaba permanentemente acatarrada, tenía fiebres mal filiadas, anemia, astenia, y necesitaba permanentemente atenciones de los médicos y de una madre desbordada y regrediente. Sin una función materna continente y dotadora de sentido para la vida emocional, el cuerpo parece haberse convertido en el depositario y vehículo expresivo de las tensiones, y los médicos en los buscadores de una calma y un diagnóstico imposibles. Padecía además una dermatitis atópica, que se localizaba exclusivamente detrás de las orejas. Esta curiosa localización dio lugar a un análisis que me resultó muy instructivo sobre la cuestión de los difíciles límites entre histeria y psicosomática sobre los que volveré más adelante.

La vida emocional mal contenida y condenada a no tener suficientes vías de expresión y elaboración mentales, tomará dos direcciones. La primera ya fue descrita por Alexander en la personalidad del ulceroso. Decía que estos pacientes desarrollaban una enorme actividad como forma de contrarrestar su tendencia a una excesiva dependencia y pasividad que les resultaban inaceptables. La herida narcisista que les produce la percepción de sus tendencias pasivas y dependientes, sería la razón que les conduce a combatirlas mediante la actividad.

La sobreinvestidura de la acción que Alexander describió en los ulcerosos no es sino el caso particular de una característica general de los pacientes operatorios, en los que toda la vida mental está afectada por un déficit de representaciones y de trabajo psíquico, desde las formas más leves de expresión que serían la neurosis de carácter, hasta las modalidades más graves, la neurosis de comportamiento y la vida operatoria descritas por P.Marty. Todos los comportamientos adquieren en estos pacientes la modalidad de una forma de descarga y de huida de la emoción, siendo el paradigma la hiperactividad autocalmante descrita por C.Smadja, o los galeotes voluntarios de G.Sweek, personas que se entregan a extenuantes y peligrosas travesías por mares, desiertos, montañas, etc. El fracaso de estos procedimientos defensivos conduce a la segunda vía de expresión: la somatización. Las descompensaciones somáticas son en ellos sumamente frecuentes. Estas personas viven en un permanente estado de tensión, ya que la descarga comportamental es un recurso endeble frente a la constante excitación procedente de las pulsiones. Ya Freud había hecho mención a este hecho, ligando una neurosis actual, la neurastenia, al exceso de masturbación y de actividad en general, adelantándose así a la definición y

acción de los autocalmantes.

Como sabemos, tendencias regresivas, narcisismo y recurso a la acción son el centro de la conflictiva en los adolescentes. A ello se añade el ya comentado incremento de excitación propio de la pubertad, y el desequilibrio entre excitación y representación al que da lugar este hecho. Aparecen fuertes incrementos de libido desligada y de inestabilidad psicosomática.

Estas circunstancias ponen en juego hasta el extremo todas las condiciones que propician las descompensaciones somáticas. Afortunadamente, en los adolescentes la pulsión de vida suele ser lo suficientemente vigorosa para soportarlo. Sin duda que podríamos situar en su contrario la acción desligadora y desobjetalizante de la pulsión de muerte. Pueden aparecer fenómenos de regresión somática como he señalado en el caso anterior, como las gastritis, o cefaleas, cuadros infecciosos de repetición y un largo etcétera, ligados habitualmente a caracteropatías regresivas. Pero son también muy frecuentes fallos más o menos generalizados del sistema inmunológico, con manifestaciones sistémicas osteoarticulares, neurológicas, dermatológicas, tumorales, etc., y no es raro ver aparecer diabetes, asma, colitis ulcerosa, alergias, etc. Esto es, los grandes síndromes de la medicina psicosomática.

Además de las tendencias regresivas señalábamos la importancia del narcisismo, aspecto de suma importancia en el adolescente. La forma en que se resuelve la conflictiva narcisista en la adolescencia, define en buena medida el porvenir de nuestra salud mental y podríamos decir también que la física. Comentaba en un trabajo reciente que el adolescente se debate en el juego de dos soledades. La de quedarse o sentirse solo, construyendo un proyecto de vida, gozosamente independiente; pero dolorosamente solitario. Y por otra parte la soledad de ser solo, del solo adverbio, que remite a la idea de ser limitado, de ser solamente lo que somos, debiendo renunciar a las expectativas grandiosas que surgen de la conciencia de identidad separada. Lo que llamamos la castración simbólica. La penosa aceptación de nuestra condición de seres llenos de limitaciones de todo tipo.

Incapaces de una elaboración depresiva que hiere su narcisismo, los adolescentes recurren a los más diversos sistemas defensivos. La negación de la realidad con ayuda de las drogas, la puesta en cuestión de los límites tanto personales como sociales, la huida de lo mental a través de los trastornos de comportamiento, la proyección en los adultos y la sociedad de un Superyó insuficientemente constituido o la negación de los afectos para mantener un Yo Ideal grandioso, son expresiones bien típicas de lo

que estoy diciendo.

Pero siendo las más conocidas, no son las únicas vías a través de las que se derivan las tensiones del adolescente, especialmente las narcisistas. En algunos casos, el cuerpo se convierte en el núcleo central de todo el interés, objeto casi único de atención y depositario de la dura conflictiva a la que me acabo de referir. Son muy frecuentes lo que conocemos como dismorfofobias, alteraciones en la percepción del cuerpo y rechazo avergonzado del mismo. Aunque un caso muy frecuente de esto son las anorexias, muy de actualidad, siempre han existido formas no tan graves.

He podido analizar un adolescente con un acné juvenil en el que se entremezclaban aspectos intensamente persecutorios, derivados de celos edípicos, con problemas de representación del cuerpo. Su acné, por otra parte no excesivamente notorio, le impedía salir a la calle. Cuando conseguía salir se percibía casi delirantemente centro de atención de todos los que lo rodeaban y reaccionaba a veces violentamente frente a las supuestas miradas de los demás.

Era una actitud fuertemente violenta y paranoide, que pudimos poner en relación con varias cuestiones. Su narcisismo proyectado en una imagen distorsionada de su cara y una intensa excitación con la madre, de la que era parcialmente consciente y de una escena primaria de la que no era consciente en absoluto. Nadie puede imaginar, decía, los ruidos que puede llegar a tener mi casa por la noche. Me tomarían por loco si dijera que me tiene en vilo cómo crujen las paredes. Cada vez que hablaba de su sexualidad enrojecía vivamente. El descubrimiento de la relación entre los ruidos y su excitación sexual casi consciente con la madre dio lugar a un rubor no menos intenso que el de un semáforo. En el límite con la psicosis, su cuerpo y su cara con acné se habían convertido en el centro de su actividad mental. No quería hablar de otra cosa, ni quería saber nada que no fuera que le quitasen ese problema de la cara. La culpa persecutoria y la proyección sobre su cara de la herida narcisista edípica le impiden taxativamente sacarla por la calle.

La construcción de la identidad, en la que tan comprometido está el narcisismo, es la tarea fundamental de la adolescencia. Pero no empieza entonces, sino desde los primeros momentos de la vida. Las dificultades para la adquisición de la vivencia de separación-individuación, pueden afectar a los dos miembros de la pareja primordial madre-hijo, desde el comienzo, aunque de diferente manera. Como he comentado, ni dichos sentimientos de autonomía, ni casi ningún otro, son posibles en el bebé, que no tiene mente suficiente para darles representación; pero sí se producen

determinadas actividades en ese sentido que son captadas por la madre que a veces no las tolera. Algunas madres bloquean las actividades autoeróticas del bebé, por ejemplo el uso del chupete, o la relación con objetos transicionales, en la medida que suponen la primera actividad autónoma. A veces se adhieren a teorías educativas, que se avienen bien a sus necesidades defensivas, como soporte ideológico de estos comportamientos. De esta manera queda dañada no solo la capacidad del bebé de calmarse autónomamente, sino, y sobre todo, la posibilidad de reproducir alucinatoriamente la satisfacción del deseo, germen de la vida mental que de alguna manera queda limitada desde su raíz. Las posibilidades de una construcción alucinatoria naufragan en la sobreexcitación de un bebé que no encuentra la calma y de una madre que no se la puede dar porque no tolera la posibilidad de una vida separada y de un pensamiento o vivencia, todavía en el nivel sensorio-motriz, separada de la suya.

Otro hito en la construcción de la identidad lo constituye la primera y principal regresión narcisista, el sueño, que supone igualmente una separación imposible de tolerar para algunas madres e hijos, también en la medida que empieza a fraguar otra separación más definitiva. Vemos a la madre que visita sin necesidad y mueve al bebé, lo agita en sus brazos en lugar de calmarlo, aunque sea este el propósito consciente, expresando así la dificultad para separarse de él. Impide que se entregue en el sueño, como lo hemos visto en la vigilia, a la satisfacción alucinatoria, función estructurante primaria de una identidad separada. Pensar es antifusional. Es el germen para la consecución de una identidad autónoma. Conducir al paciente a pensar autónomamente es nuestra propuesta como psicoanalistas y hacia esa meta se dirigen nuestros esfuerzos, en la convicción de que es el logro máximo en la consecución y preservación de nuestra salud mental y física. Joyce McDougall postula y demuestra esta afirmación en lo psicosomático en su libro *Teatros del Cuerpo*.

En estos casos ocurre una sobreexcitación. Pero también la falta de excitación puede ser traumática. Veamos de qué forma puede ocurrir. Otro buen ejemplo del bloqueo de las representaciones en la función materna es la atención excesiva de la madre al bebé, estudiada por R.Spitz con el nombre de solicitud ansiosa primaria, consistente en la satisfacción inmediata de cualquier necesidad que percibe en el niño. Esta actividad no permite que se desarrolle, a partir de la frustración, la representación de deseo en la mente del niño en medida suficiente. El niño no alcanza a pensar, a representar suficientemente, y la excitación quedará siempre excesivamente ligada al soma. Al no conocerla y fantasearla, tampoco podrá

desarrollar recursos propios frente a su emergencia posterior. La dependencia de la madre será mayor y, en consecuencia, de los objetos amorosos en un futuro.

Como ya señalaba con anterioridad, la perturbación más grave procede de que estas modalidades de relación precoz, inhibirán los procesos de satisfacción alucinatoria del deseo tan necesarios, ya que son el germen de la vida mental; de nuestro pensar y fantasear habituales. Como consecuencia, cualquier excitación será traumática por falta de representaciones y de un aparato mental suficiente para contenerlas. Una de las posibles consecuencias específicas de esta modalidad de relación, quizá la mejor estudiada, será la falta de representación de la ausencia, esencial en la aparición de la vivencia de angustia ante el extraño en el octavo mes de la vida señalada por R.Spitz como segundo organizador de la vida mental. La ausencia de esta reacción está ligada, como apuntó Pierre Marty, al desarrollo posterior de la relación de objeto alérgica; relación indiferenciada que recibió este nombre debido a la observación de que está ligada a fallos de funcionamiento del sistema inmunitario.

Evidentemente el bebé no es un elemento pasivo en la relación. A veces el niño con su insomnio responde a la angustia de separación de la madre; pero quizás ha aprendido a provocarla para tenerla pendiente de él. El bebé provocaría angustia en la madre, angustia que provoca insomnio en el bebé, insomnio que provoca una angustia en la madre. Me parece interesante la noción de Therese Benedek de espiral transaccional, con la que esta autora designa una constelación relacional en la que dos miembros, en este caso de la pareja primordial, conjuntamente contribuyen a construir una determinada modalidad de relación, uno de cuyos ejemplos acabo de exponer. No sabemos con claridad cuándo pueden empezar a funcionar los mecanismos de identificación proyectiva; pero sin duda son mucho más precoces de lo que suponemos.

Sea como sea, en este momento se generan las primeras intrincaciones de la vida mental y somática, y las perturbaciones en su devenir y representación además de influir decisivamente en la constitución del psiquismo futuro, dejan perturbaciones especialmente en lo concerniente al sistema inmunitario. Describiré algunas de estas perturbaciones en la adolescencia, período en el que las ansiedades de separación, estimuladas por una genitalidad que busca abrirse paso, provocan serios conflictos, especialmente en estructuras simbióticas como las descritas. El caso más extremo que he podido atender fue el de una adolescente que padecía una alopecia universal.

Dormía hasta los quince años entre sus padres, enlazada a veces a ellos, con brazos y piernas. La madre la seguía al colegio no fuera que la molestase algún chico en los recreos. Parecía evidente que en estas condiciones se tenían que producir dificultades para la adecuada representación de una existencia separada, y de los movimientos pulsionales, especialmente en la esfera sexual. La alopecia parecía destinada a mantener la imagen de eterna infancia, sin aparecer el bello expresivo de los caracteres sexuales secundarios. El atractivo sexual y la capacidad de seducción parecían anulados por esa relación tan perturbada.

En la consulta antes y después de la sesión fue tomando contacto con su cuerpo frente al espejo del cuarto de baño y comenzó a pintarse en ese espacio del entorno analítico. Sufría, además de la somatización, numerosos trastornos fóbicos e histéricos. Angustias de bajar las escaleras, agorafobia, y múltiples alteraciones de la sensibilidad corporal, molestias vagas, picores, etc., propias de una sexualidad sujeta a desplazamientos y expresiones simbólicas de todo tipo, salvo del natural. Una u otra patologías, la histérica y la psicosomática, se producían según lo entendemos, en función de aspectos mejor o peor representados en el aparato mental de sus excitaciones pulsionales y de la imposible solución de la simbiosis.

Para entender cómo se produce la emergencia de una u otra sintomatología no disponemos sino de la observación de la clínica, la intuición y el amparo de nuestros desarrollos teóricos. Pobre bagaje en unos tiempos en los que lo que no se puede medir no existe. Eso no nos exime de nuestra responsabilidad de intentarlo recurriendo a nuestros postulados teóricos y a la observación clínica.

Deberemos, para empezar, responder a esta pregunta: ¿Qué es lo psíquico que se expresa por vía somática? Freud situó la pulsión en el límite entre lo mental y lo somático. A día de hoy nadie ha podido contradecir este concepto que sigue manteniendo toda su vigencia y su misterio. Algo que es mental y por tanto inaprensible y que a la vez está enraizado en la materialidad física de lo somático.

Freud definió dos polos de la pulsión. Uno más del lado de lo mental, otro más del lado de lo somático. Respectivamente la representación y el afecto. Toda pulsión está constituida por afecto y representación. La representación es la parte ideativa, consistente en una fantasía que aglutina las huellas mnémicas de las primeras experiencias de satisfacción, conducidas por las protofantasías originarias. Están en permanente proceso de remodelación por la experiencia actual, si bien las experiencias son tanto más definitorias cuanto más tempranas. La huella mnémica del

escenario de la experiencia de satisfacción, que calma específicamente una excitación, constituye lo que llamamos el representante representativo de la pulsión. Se trata, pues, de una representación mental.

La otra parte es vivencial, ligada a la noción de carga y es lo que entendemos por afecto. Es la parte más ligada al soma de la pulsión. Los afectos, según nos aclaró Freud, constituyen la parte energética de la pulsión. La representación, si no es aceptable, puede tener los más diversos destinos. Puede ser reprimida, forcluida, desplazada, negada, y un largo etcétera. Disponemos de recursos para manejar con relativa facilidad el destino de las representaciones. Los afectos son otra cosa. Aunque sabemos que también participan de una cierta representación, también tienen un componente ideativo, cognitivo (podemos nombrar a los afectos), son vivencias y se manifestarán necesariamente por vía somática.

Por tanto el afecto no es tan maleable como la representación y deben manifestarse necesariamente. No hay forma de hacerlo desaparecer como a la representación. El afecto afecta. No puede ser de otro modo. Y lo hará por la vía que la filogénesis ha dispuesto o lo hará de una forma anómala, como describiré más adelante en lo que he llamado trastornos por memoria humorál, desde una ligadura aberrante adquirida en el desarrollo personal o dispuesta como alternativa por la filogénesis.

De hecho, el afecto siempre está ligado a una descarga somática. La tristeza se acompaña de lágrimas, el hambre de secreción de saliva y jugos gástricos o la excitación sexual de expresiones somáticas bien evidentes en distintos órganos. La angustia aparece siempre rodeada de un numeroso cortejo de manifestaciones somáticas cuya sola enumeración excedería los límites de esta exposición. No hay parte del cuerpo ni función somática que no pueda estar afectada o ser cauce de expresión de la angustia. Brevemente nombraré algunas como hipertoniás musculares, disnea respiratoria, miosis o midriasis de las pupilas, polaquiuria, cólicos, taquicardia, sudoración, acúfenos, vértigos, etc.

El afecto angustia, constituye el paradigma del síntoma psicosomático y su estudio nos proporciona el modelo ideal para la comprensión de los procesos del enfermar, tanto en lo cuantitativo como en lo cualitativo. Las angustias difusas, así definidas por P.Marty, son consecuencia de la acción de los aspectos peor representados de la pulsión, y también de desfallecimientos del aparato mental en su misión primordial de ligar la excitación somática a una representación. O, dicho de

otro modo, de entender la naturaleza de nuestras tensiones, de mentalizarlas. Los excedentes de excitación que emergen como angustia dejan bien a las claras las dificultades del aparato mental para tramitar la desproporción de las fuerzas con las que nos debemos enfrentar.

La percepción de que está ocurriendo un hecho psíquico amenazante, que acompaña a la angustia, es consecuencia del fracaso del aparato mental en su misión de ligar y dotar de representación a la excitación somática en estas ocasiones. No podemos sino estar de acuerdo con la pertinencia de este estado de alarma, si tenemos en cuenta las consecuencias psíquicas y somáticas que se pueden derivar de la acción disruptiva de la energía desligada, sobre nuestra salud mental y física. La constatación de la importancia y gravedad de lo que aquí se juega pudo ser lo que llevó a un Freud ya cargado de experiencia clínica, a aglutinar las pulsiones en las de Vida y de Muerte, y definir la pulsión de muerte como la tendencia a la desligadura.

Hay tres momentos decisivos para el futuro del psiquismo en los que aparece la angustia. El primero es la ya citada angustia ante el extraño del octavo mes, también llamada fobia primaria, descrita por R. Spitz, cuya ausencia está ligada a la aparición de eccema y asma precoz y posteriormente al desarrollo de la relación de objeto alérgica y a fallos del sistema inmunitario. Parece estar en relación con el déficit de representación de la separación, de la soledad y de la aparición del tercero. Obviamente de un tercero preedípico, cuya aparición sería causa y consecuencia del logro en la construcción de la idea de una existencia separada.

El segundo momento es la angustia del comienzo de la latencia, consecuencia de la intensa acción de la represión de la sexualidad infantil, tan importante como elemento fundante de las sublimaciones, el aprendizaje y la socialización, que se desarrollan a costa de la libido reprimida e invertida en dichos procesos. De los fallos en la represión nos dan cuenta las fobias tan típicas de esta etapa de la vida. Tanto que las consideramos casi normales.

El tercer momento típico de emergencia de angustia es la adolescencia. Los factores en juego son el exceso de carga, la sorpresa, el intenso clivaje propiciado por la represión y la acción disruptiva de los aprés-coups, factores esenciales para entender la angustia y las somatizaciones de la adolescencia. Su estudio está vinculado al descubrimiento del psicoanálisis. Desde los comienzos de la teoría psicoanalítica, la adolescencia y más concretamente los problemas de representación que se dan en ella, han ocupado un papel central. Tan tempranamente como en el

Proyecto de Psicología para Neurólogos (1895). Recapitulemos brevemente sobre el caso de Emma, desarrollado en uno de los apéndices de este trabajo de Freud, por tantas razones sorprendente. A la edad de ocho años, Emma había ido a una pastelería, en la que el dueño había tocado sus genitales. Volvió una segunda vez, en la que se repitió la experiencia, y no habría vuelto más durante años. La aproximación durante la adolescencia a la pastelería le produce una intensa angustia, cuya naturaleza desconoce, pero que vincula con su vestido del que cree se burlarán los empleados de la tienda.

En este caso quedan definidas las ideas que constituyen el núcleo de la actividad inconsciente. Llama la atención que Freud tiene ya en ese momento una idea muy clara de cómo funciona la vida mental, aunque evidentemente es mucho lo que le queda por averiguar. Lo que sí hace en este trabajo es descubrir el profundo clivaje existente entre la latencia y la adolescencia, aunque no ha descubierto todavía que ello se debe al trabajo de la represión. Cree en este momento que se trata de una falta de conocimientos por parte de la adolescente Emma en materia de sexualidad, lo que la lleva a no entender la naturaleza de las excitaciones que la invaden.

Esto no impide a Freud definir que las representaciones hiperintensas de la histeria, a diferencia de las que se producen en la vida corriente por hechos que nos impactan profundamente, son incomprensibles, insolubles mediante el trabajo de pensar e incongruentes con las circunstancias a las que están asociadas, como en el caso de Emma con los vestidos. Tienen en cambio una poderosa capacidad para producir profundas alteraciones en nuestra mente. Ahora añadiremos que también en nuestro cuerpo. Algo más que el desconocimiento, la falta de información, debe ocurrir para desencadenar tales consecuencias.

En este momento, para Freud, el trauma, la experiencia de seducción sufrida pasivamente durante la infancia, lo era todo. A partir de ella se desarrollaba el trastorno histérico. Progresivamente, en el discernimiento de Freud, la pulsión irá ocupando un lugar prioritario sobre la experiencia traumática de seducción durante la infancia, aunque nunca la descartará completa mente. Entenderá que no hace falta que haya existido realmente un trauma infantil. El solo hecho de haber tenido la fantasía de deseo (edípica), originada desde la pulsión, y que esta haya sido reprimida, será suficiente para actuar como fuente inconsciente de angustia. La historia individual de la constitución de la pulsión se convierte en el factor predisponente. Más adelante Laplanche nos hará comprender que la seducción es universal y que como tal

seducción originaria, será la fuente experiencial de la pulsión, completando sus raíces biológicas. Las modalidades individuales de su desarrollo, sus diversos avatares o intensidad, darán lugar a las soluciones neuróticas que conforman las estructuras de base de nuestra vida psíquica.

Recapitulando: ¿Qué es lo que desencadena la angustia en la adolescencia? Dos factores aparecen en escena. El primero, ya citado, es la intensificación de la excitación sexual en la pubertad. El aparato mental solo funciona adecuadamente, entre dos determinados niveles de excitación, un máximo y un mínimo. Fuera de ellos podemos considerar que nos encontramos frente a estados traumáticos. Freud, en 1892, en las notas al pie de página que agrega en la traducción de la obra de Charcot, define trauma de la siguiente manera: «Un trauma se puede definir como aumento de la excitación dentro del sistema nervioso, que este último no es capaz de tramitar suficientemente mediante la acción motriz.» Ulteriormente, en lugar de sistema nervioso, hablará de aparato psíquico, pero el concepto es básicamente el mismo a lo largo de toda su obra. Posteriormente Marty y otros autores, como hemos comentado, han hablado de traumatismo por excitación insuficiente. El exceso de paraexcitación en estos casos conducirá a un déficit de representación, que volverá traumático el contacto con cualquier experiencia de esta naturaleza sea cual sea su intensidad.

El segundo factor es el conocimiento que se adquiere sobre la naturaleza de la excitación. A diferencia de la infancia y latencia, ahora, a partir de la experiencia vivida y del desarrollo corporal, ya es posible darle una representación real y una satisfacción. Como hemos apuntado, la resignificación de las huellas mnémicas ligadas a la sexualidad infantil da lugar a intensas tensiones procedentes de una excitación finalmente edípica, porque en medio del Complejo de Edipo infantil ha nacido. Aparece lo que denominaremos *aprés-coup* traumático tan propio de esta edad, y que está en el trasfondo de las múltiples y a veces gravísimas descompensaciones mentales y somáticas. Se entenderá no solo la naturaleza de la excitación, sino también de las escenas primarias observadas en los padres, cuya naturaleza se podrá reconstruir desde lo que era una huella mnémica sin un especial afecto.

Aprés-coup sería traducido literalmente del francés, «después golpe» y menos literalmente trauma a posteriori. Personalmente es la forma de expresión que más me gusta, justamente porque incluye el factor traumático. Ha ocurrido con otros términos, como *insight* o *acting out*, que se han incorporado a la terminología

psicoanalítica, y aun fuera de ella, como designaciones universales en cualquier idioma. Así pues podemos usar indistintamente, y cuando las oigamos entenderemos que estamos hablando de lo mismo, las expresiones *aprés coup*, *aposteriori*, efecto retroactivo o *nachtrtiglich*. El *aprés-coup* surge de la resignificación no solo de la excitación, sino de múltiples experiencias vividas que ahora cobran una nueva dimensión, a veces intolerable, sobre todo en el entorno edípico. Dimensión más angustiosa en una actualidad en la que el deseo es más intenso que nunca, igual de edípico que siempre (en los dos sentidos, de hijos a padres y de padres a hijos); pero ahora realizable. Esta es una de las fuentes principales de la tensión padres-hijos de esta etapa de la vida: la intensa erotización inconsciente de la relación.

Tanto un factor como el otro, y sobre todo ambos unidos, crearán un estado traumático, que mantendrá un núcleo de representaciones fuera de la tramitación normal por parte del aparato psíquico. Esto es: excitación somática, representación de cosa (fantasía escenificada) y representación de palabra, o lo que es lo mismo: sensación corporal, ligadura a una escena y finalmente reconocimiento verbal, intelectual, que están destinadas a ocupar respectivamente de preferencia los niveles somático, inconsciente y preconsciente. El trauma cortará la cadena de representaciones, cuya primera manifestación será la angustia.

Desde el comienzo del desarrollo de la teoría psicoanalítica, aparecen conjuntamente los aspectos cuantitativo y cualitativo como explicación, de aquellos montos de tensión que permanecen en el aparato psíquico sin ligar, amenazando su estabilidad y produciendo placer. La primera clasificación de Freud de las neurosis, en actuales y neurosis de transferencia, tiene este sentido. Las neurosis actuales están ligadas a lo cuantitativo, las de transferencia al trabajo defensivo frente a representaciones inaceptables.

Siempre estuvo en la mente de Freud esta doble atención hacia la energía libre y ligada, lo cuantitativo y lo cualitativo, las neurosis actuales y las de transferencia. No es posible asegurar, y Freud lo sabe bien, que una neurosis sea totalmente actual, es decir totalmente ajena a procesos defensivos, sin ninguna elaboración mental. (Como poco actuaría la represión primaria.) Por otra parte Freud llega a afirmar que en el origen de toda neurosis hay un núcleo de neurosis actual. Es bien evidente. Hay una excitación que debe ser elaborada, y la sintomatología neurótica o la angustia dan cuenta de las vicisitudes de esta elaboración; pero sin esa fuente energética no habría proceso mental.

Sabemos que en especial la sexualidad infantil es reprimida en lo inconsciente, dominio como hemos dicho de la representación de cosa, de donde retornará, como en el caso de Emma, en forma de simbolismos cargados de angustia, sin posibilidad de comprensión racional. Ello se deberá en buena medida a que la sexualidad infantil tiene algunas características diferentes de la adulta. Sin pretender abarcar todas sus peculiaridades, podemos decir que es más inconsciente, está más ligada a representaciones de cosa, es más polimorfa, remite a objetos parciales y está más vinculada a la experiencia sensorio-motriz y al órgano, que a la representación mental. Ello influye no poco en los clivajes que separan la sexualidad infantil de la adolescente.

Lo entenderemos mejor a través de un ejemplo. El olfato es más importante en la infancia que después en la vida adulta. Entre otras razones porque la nariz está en la infancia a una altura diferente que cuando somos adultos, lo que da lugar a dos hechos: el primero que el olfato es fuente de numerosas informaciones sobre la sexualidad adulta y de numerosas excitaciones. El segundo, que no serán fácilmente reconocidas porque, como hemos dicho, la sexualidad infantil es más polimorfa y sensorial que mental. Esto es, se producirán más procesos sensoriales y de descarga, que mentales de comprensión intelectual propios de edades más avanzadas.

El clivaje aparece en la medida que en la adolescencia no es reconocida a veces la naturaleza sexual de una excitación de esta procedencia. De aquí que muchas veces aparecen manías obsesivas de limpieza para evitar olores, que proceden de la sexualidad infantil reprimida mas que de la realidad. En ocasiones son verdaderos delirios de emitir olores o de percibirlos. Se trata de representaciones parciales, angustiosas e incoercibles, de una sexualidad difícil de reconocer por el adulto y sumamente desorganizadora, como veremos en muchos pacientes.

He comentado antes el caso de un chico con acné en el que la escena primaria en torno a lo acústico era tan importante. Lo auditivo suele constituirse en huella mnémica de la escena primaria con muchísima más frecuencia de lo que somos capaces de detectar habitualmente. También acabo de destacar la importancia de lo olfatorio. Sobre lo visual, puedo decir que tuve la oportunidad de analizar a un adolescente que había desarrollado una ceguera histérica durante la latencia. Visitó a los mejores especialistas del mundo en oftalmología, hasta que le diagnosticaron la naturaleza emocional del padecimiento. Yo le traté siendo adolescente. Sufría entonces una intensa rivalidad con el padre y entre sus síntomas aparecían

pseudopercepciones que a veces se podían calificar de verdaderas alucinaciones referidas a la habitación de los padres, de donde percibía alucinatoriamente un ruido insopportable y en ocasiones también veía destellos o escenas fugaces imposibles de definir, que hacían pensar en lo que Bien llamaba alucinaciones evanescentes, que le resultaban muy angustiosas y que pude enlazar con la difícil e inquietante representación de los sucesos fantaseados o vistos u oídos en la habitación de los padres durante la infancia y latencia.

Desde ese fondo de excitación mal reconocida, peor representada o en el mejor de los casos sencillamente reprimida, la vida del adolescente se convertirá en una fuente constante de après-coups, que reactivarán esos núcleos de sexualidad infantil inconsciente, que persisten a lo largo del tiempo, por no decir de por vida, sumidos en un profundo clivaje. Estos mecanismos son especialmente activos en la adolescencia, pero toda nuestra vida está siendo permanentemente reorganizada y resignificada, en un permanente après-coup.

Esto nos remite a la cuestión de la historicidad. Es importante investigarla en todo síntoma somático. Debemos situar el síntoma en el momento vital de su emergencia, ya que encontraremos datos muy interesantes sobre su causalidad. Podríamos decir, no sin una cierta inexactitud, que a diferencia del neurótico que reprime la representación, el paciente somático reprime la historia. En realidad, al no dar importancia a las emociones, pasará por alto las circunstancias de aparición del síntoma como hechos irrelevantes, cuando después de sabidos, los encontramos a veces completamente explicativos. Los síntomas han aparecido en el lugar donde se hubiera debido producir una descarga emocional que ha sido sofocada totalmente. El recuerdo y la emoción ligada al mismo han desaparecido por el mismo camino.

Aquí nos viene a la memoria el concepto de Sami Ali de represión lograda, o represión sin retorno de lo reprimido. Se trata de que nuestra memoria es selectiva y solo registra aquello que ha sido investido afectivamente. Si por cualquier causa, el afecto no se ha ligado a la experiencia, difícilmente se guardará recuerdo de ella. No se puede recordar aquello que no se ha vivido, aunque haya ocurrido, tanto en el mundo externo como en el interno. La historia nunca es solo de los hechos, sino de las emociones que se ligaron a ellos.

Decíamos que se somatiza lo no representado. El problema de la falta de mentalización se ha radicalizado en exceso. Ya en P.Marty encontramos la idea de que existen diferentes grados de mentalización, y que la mentalización está sujeta a

variaciones temporales dependiendo de traumatismos, procedentes de dentro o fuera del aparato psíquico. Es imposible que no haya al menos alguna representación de la pulsión. Para empezar, porque según dice muy acertadamente Freud, el objeto está investido antes de ser conocido. Hay una protorrepresentación innata tanto del objeto como de la modalidad natural de satisfacción de la pulsión, que tiende a manifestarse en el mundo de las relaciones. Otra cosa son las trabas que puede encontrar dicha expresión, tanto en su vertiente mental como en la somática, como hemos visto a veces prácticamente insalvables. Pero tanto en un aspecto como en el otro, el bloqueo de la expresión natural de la pulsión no será gratuito. Habrá consecuencias. La capacidad de adaptación de la pulsión tiene un límite, más allá del cual aparecerán necesariamente efectos de todo tipo.

En el lado opuesto de la patología ligada al déficit de representación encontramos las manifestaciones propias de la histeria, producto contrariamente de un intenso trabajo psíquico, como es el de la represión. Eso no impide que coexistan en la misma persona una y otra patología, como en el caso de la alopecia que he descrito anteriormente, que además de la alopecia sufría numerosos síntomas histéricos. Hemos ido entendiendo con el paso del tiempo, que no hay nunca una separación tan nítida entre unos y otros trastornos, ni entre las estructuras mentales que los propician, sino que lo que encontramos es el predominio de una de ellas.

Para llegar a esta conclusión hemos tenido que desmontar lo que podríamos calificar de un cierto fundamentalismo, que es propio de toda idea nueva. Todo nuevo aporte tiende a volverse radical. Pretende explicarlo todo, y busca con una legítima ambición encontrar su sitio en la comunidad científica. Creo que los aportes de la Escuela de París han conseguido ese reconocimiento. Pero llevados de esta tendencia, se han descrito modalidades de personalidad alexitímica, que pertenecen más al estereotipo, que a la realidad clínica, que resulta ser más variada, más rica y más compleja.

En la teoría, como sabemos bien, las diferencias entre histeria y psicosomática no pueden ser más claras. Los trastornos histéricos se caracterizan porque no van acompañados de lesiones anatómicas, dependen de la inervación de la vida de relación y constituyen la expresión simbólica de un conflicto, habitualmente inconsciente. En los psicosomáticos, por el contrario, encontramos una lesión anatómica, dependen de la inervación que rige la vida vegetativa y no parecen expresión simbólica de un conflicto inconsciente como los histéricos.

La realidad clínica plantea a veces situaciones en las que no nos resulta fácil hacer esta diferencia, ni en las manifestaciones clínicas, ni en los mecanismos de adquisición de las mismas. Múltiples experiencias clínicas nos ponen sobre la pista de numerosos trastornos somáticos con lesiones anatómicas probadas, en los que influye en alguna medida la representación de lo que allí se está jugando y en los que la elección de órgano o la manifestación clínica aparecen en la medida que se avienen a un sentido simbólico similar a la histeria.

Especialmente en la patología de la piel, encontramos enfermedades que se comportan como histerias en su expresividad. Por ejemplo, en el caso de la muchacha que he citado con dermatitis detrás de las orejas, las tenía de sopillo, grandes, despegadas y muy llamativas. Lo sorprendente del caso fue que se curaron inmediatamente después de la operación de cirugía estética que devolvió las orejas al anonimato. Esto sorprendió a los médicos, ya que la curación de la dermatitis se produjo tras varios años de permanecer el síntoma, que había sido tratado con corticoides y todo tipo de recursos, especialmente en una muchacha tan frecuentadora de los servicios de salud, como he descrito. La conclusión fue que esa zona había sido intensamente investida, al recibir casi en exclusiva la mirada de los demás por lo llamativas que eran. Sabemos que la adolescente sufre una intensa angustia ligada a la pulsión exhibicionista, al observar que recibe sobre su cuerpo miradas inequívocamente cargadas de deseo.

En nuestra paciente, después de la operación, su actitud demostraba que era su cuerpo lo que mostraba con el orgullo seductor de la adolescente, y las orejas habían desaparecido como punto de atención, y por tanto centrando la pulsión exhibicionista tan propia de esta época de la vida. Parecería un desplazamiento histérico de cuerpo y genitales hacia las orejas; pero había lesión anatómica.

Con muchas manifestaciones asmáticas ocurre lo mismo. A veces el ataque de asma nos parece la expresión del jadeo erótico, por el contexto en que se produce. He tenido ocasión de ver a una madre separada, que había formado una nueva pareja, y que mantenía con su hijo adolescente, procedente de una pareja anterior, una relación intensamente edípica. Me describía crisis asmáticas simultáneas de ambos en mitad de la noche. Resultaba difícil no atribuir un sentido, en ese contexto tan edípico, al jadeo de ambos en mitad de la noche, que los reunía a ambos excluyendo a la nueva pareja. No obstante se trataba de un asma con todas sus manifestaciones clínicas y que reaccionaba positivamente a los corticoides.

Con numerosas enfermedades autoinmunes que evolucionan por brotes ocurre lo mismo. A veces infecciones de repetición aparecen en circunstancias especiales. Por ejemplo en un caso de otitis con múltiples recidivas en otra muchacha adolescente, cuesta por ejemplo trabajo creer que no tenga nada que ver la repetición del síntoma, con las curas que le practicaba diariamente su padre con un bastoncito de algodón, que le introducía por el conducto auditivo externo. Llegó a producirse una sordera para la que los otorrinos no encontraban explicación. Esta circunstancia sumada a la naturaleza histérica de la muchacha, les condujo a recomendar una investigación del polo psíquico.

Vistos todos estos casos y otros muchos, parece difícil negar que trastornos que cursan con lesión anatómica funcionan como en la conversión histérica, con el típico desplazamiento, en el que el órgano de que se trate deja de tener su función, para recibir la investidura de un genital. El cuerpo se ha convertido en un escenario en el que se representa una fantasía erótica muchas veces incestuosa. Sin embargo constatamos la existencia de un proceso infeccioso, funcional, o trastornos autoinmunes y no solo una representación mental, mejor o peor escenificada.

En la búsqueda de solución teórica a estos hallazgos clínicos, recurrió a la noción de histerificación secundaria del síntoma somático, término que desarrollé a partir de su utilización por M.Fain en *El niño y su cuerpo* para designar algunos comportamientos del niño enfermo. También denominé a este mecanismo resignificación secundaria del síntoma somático. Con estos términos señalaba la posibilidad de que adquiriera sentido, un síntoma que ha nacido sin él. Como he destacado, una de las funciones prioritarias del aparato mental es la de encontrar un sentido a nuestras experiencias, siendo por tanto una tendencia universal, y casi la razón de ser de su existencia. Obviamente esta significación puede ser consciente o inconsciente o por mejor decir, casi siempre predomina lo inconsciente, que busca encontrar un sitio que le es negado por la represión.

De aquí se deriva que a la histerificación secundaria contribuya la coexcitación, que es un mecanismo descrito por Freud, según el cual la sexualidad, añadiríamos ahora, especialmente la mal representada o reprimida, se liga a cualquier estímulo suficientemente intenso que le servirá como cauce expresivo. Hay además un concepto del Freud de la primera época, al que llama complacencia somática de órgano. Según lo entiendo, el órgano se complace en recibir sobre él la investidura desplazada de otro origen. O por decirlo de otro modo, el síntoma se ve reforzado por

el placer de órgano, a veces mezclado con dolor, en la medida que obtendrá un goce, a veces, al tiempo que su correspondiente castigo, procedente de un desplazamiento inconsciente. Repetiré aquí que la sexualidad infantil está más ligada a la excitación sensorial, de órgano, que a una representación mental, a diferencia de la adulta. Freud, que apenas se ocupó de la psicosomática, descubre muy tempranamente el mecanismo de complacencia somática de órgano y aunque no lo cita con este nombre, lo describe en un artículo sobre las perturbaciones psicógenas de la visión.

Por estos procedimientos podríamos explicar cómo adquiere representación y sentido, un síntoma que nació sin él. Un síntoma somático ha sido tomado por la parte inconsciente de la pulsión, o el afecto, como vehículo expresivo de la representación de una satisfacción de deseo, quizás incluso de su castigo. Pero de cualquier manera estamos en el terreno de la histeria. El síntoma apareció por cualquier razón. La histerificación es secundaria y todo queda en el terreno de lo mental. El síntoma, que preexiste, se convierte en expresión de un proceso inconsciente que también preexistente. El cuerpo parece prestarse gustosamente a este enredo.

Lo que no hemos explicado hasta ahora es la posibilidad de que aparezca un síntoma ligado a un sentido, y que sea justamente ese sentido el que lo haga aparecer, como vemos en la clínica. Una representación mental se expresa en el cuerpo a través de una enfermedad, y no al revés. Esta posibilidad es lo que siempre habíamos negado. Como decía M. de M'Uzan y hemos sostenido siempre, el cuerpo no puede ser tan listo; la clínica como en los casos que he comentado, me ha demostrado que sí lo es; aunque el sentido común conduciría a pensar lo contrario. Me pareció necesario investigar los mecanismos por los que esto podía suceder y encontré una explicación que me pareció convincente. Para explicar estos procesos de somatización, sugerí la noción de trastornos por memoria humoral, ligados a los problemas tempranos de la representación.

Este mecanismo parte de otra constatación empírica, consistente en que, aparecido un síntoma, nuestro cuerpo sabrá cómo repetirlo. El ejemplo más simple es a través de la hipnosis. Se sugestiona al individuo hipnotizado con la idea de que tiene frío y su cuerpo «sabe» cómo producir una vasoconstricción. Este mecanismo se ha utilizado en la anestesia por hipnosis, para disminuir el sangrado de la herida quirúrgica. Ya no es solo que se provoque la representación mental por sugerión de una emoción o una sensación, el frío, sino que es posible provocar una manifestación

somática concomitante, la vasoconstricción, por sugestión. También se han podido producir reacciones cutáneas por sugestión. Por ejemplo, se puede reproducir una reacción urticariante con una planta inofensiva, siempre y cuando no sea reconocida la diferencia entre las plantas por el sujeto sometido a la prueba.

Freud nos dice que el neurótico sufre de reminiscencias; pero ocurre que estas reminiscencias, recuerdos investidos afectivamente, pueden ser no solo estados mentales, cosa a la que ya estamos acostumbrados con la histeria, sino estados somáticos. Lo sorprendente es la posibilidad de reproducir un trastorno biológico desde el recuerdo, en el que podríamos decir que la carga de investidura es la somatización. A estos fenómenos los llamé trastornos por memoria humoral por dos razones. Primero porque tienen que ver con la historia personal. Los acontecimientos a los que están ligados deben ser buscados en el recuerdo como en la histeria o reconstruidos mediante el trabajo de construcciones que hacemos en análisis. Y humoral, por el doble sentido del término, en su referencia a lo emocional, en la idea de que estos fenómenos no son sino un sustituto de la expresión somática del afecto, y por la ligadura a los humores corporales, esto es, por la fijación de la memoria al cuerpo.

El cuerpo sabe cómo hacer algo y lo hace; pero lo mismo que puede hacerlo por una sugestión inducida experimentalmente, puede hacerlo espontáneamente desde organizaciones inconscientes. Según lo entiendo, lo hará ligado a determinadas experiencias, a las que se ha vinculado en el desarrollo individual. De la misma manera que los afectos y pulsiones tienen una expresión mental y una somática, los síntomas tomarán el relevo de la expresión somática, cuando las representaciones mentales o la expresión somática a la que están llamados sean inviables, insuficientes o mal construidas, especialmente durante las etapas más tempranas de la vida. En otras palabras, podemos utilizar un repertorio de somatizaciones que nuestro psicosoma ha adquirido en su historia, para expresar aquello que es inexpresable de otra forma, bien porque esté mal construido en lo que hemos denominado función materna, o porque posteriormente traumatismos psíquicos han desligado y se han vuelto a ligar equivocadamente. He insistido a lo largo de esta exposición sobre las diferencias entre el funcionamiento infantil y el adolescente y adulto. El primero más cercano a lo somático, el segundo a lo mental, y en la dificultad extrema con la que el adolescente enfrenta a veces la tarea de ligar mentalmente la excitación.

Pero no solo podemos encontrar el origen de estos trastornos en la historia

individual. De la misma manera que Freud decía que la histeria se adquiere en la historia individual y los afectos son expresiones adquiridas a través del desarrollo de la especie, de la filogénesis, algunos síntomas somáticos podrían ser adquisiciones logradas a través de la evolución de la especie, igualmente de la filogénesis. La constancia en la aparición de algunos cuadros somáticos ligados a trastornos de la representación, como la relación de objeto alérgica y los trastornos de la inmunidad, me hicieron pensar en respuestas marcadas por la filogénesis, a partir del fracaso de la representación o del desarrollo de la pulsión y más concretamente en lo que hemos definido como la expresión somática ligada a cada afecto.

En este sentido, el acné juvenil tan frecuente en estas etapas de la vida sería una forma más grave, y peor representada, del rubor tan normal del adolescente poco acostumbrado a vivir y disimular el erotismo, como lo estará más adelante. Son respuestas aberrantes casi universales ante un déficit específico o una desligazón, temporal o no, de la representación; pero que por la constancia de su aparición clínica nos hacen pensar en un fallo marcado por la filogénesis, que aparecería como alternativa siempre que la construcción normal del afecto o la pulsión fracasen. La expresión somática ocupa en mayor o menor medida, pero siempre parcialmente, el espacio faltante del afecto. Llamé a este mecanismo, construcción aberrante primaria de trastorno por memoria humoral. Primaria porque surge de una construcción preexistente. Podríamos decir de una disposición genética latente, que se expresaría frente al fracaso de la construcción normal de la parte afectiva de la moción pulsional.

Otro mecanismo de trastorno por memoria humoral es la neoformación de respuesta, a través de una construcción que tiene lugar a lo largo de la vida del individuo y situada en su desarrollo personal. Esto es, se produce una ligadura de la representación a un trastorno somático ocurrido en la historia del individuo. Tal ligadura entre un trastorno somático y una representación se puede haber producido por su afinidad como expresión simbólica, desplazamiento o por otra vía asociativa, con la excitación de la que se trate; o simplemente por coincidencia temporal. Posteriormente cada vez que surja la representación inaceptable, el afecto ligado a la misma quedará sustituido por la somatización que el cuerpo sabe repetir. La representación será reprimida o desalojada por cualquier mecanismo defensivo, y el afecto correspondiente será sustituido por la expresión somática inadecuada. Sería este un mecanismo más cercano a la histeria; pero con lesión somática.

En definitiva se trataría de que un representante de la pulsión, reprimido o

rechazado, se ligaría a un proceso somático circunstancial, o ligado por mecanismos similares a los que encontramos en la histeria, como expresión de la parte afectiva. Ya siempre que aparezca una determinada constelación emocional, la enfermedad aparecerá en sustitución de los afectos que se hubieran debido desarrollar y no lo hicieron. Estas respuestas tienen una gran especificidad. Podríamos hablar de un lenguaje personal escrito en el cuerpo de cada individuo. Propongo para este mecanismo la expresión de construcción aberrante secundaria del trastorno por memoria humoral.

En el primer mecanismo del trastorno por memoria humoral, la construcción aberrante primaria, nos encontramos en el lugar que debería ocupar un afecto o una pulsión, con una expresión somática equivocada, desviada, que se ha creado a lo largo de la filogénesis, en paralelo y como alternativa anómala al afecto normal, si este fracasa en su construcción o se desliga por un trauma posterior. El segundo mecanismo, la construcción aberrante secundaria, corresponde preponderantemente al desarrollo individual, como sucede en la histeria, y en ella podemos encontrar todo tipo de simbolismos, ya que la ligadura de un síntoma somático a la representación de un afecto será facilitada por afinidades de todo tipo y no podemos descartar los mecanismos histéricos de condensación desplazamiento y simbolismo, pero con el añadido de la lesión somática o el trastorno funcional.

Los problemas de representación mental son muy amplios. Tanto como las dificultades de la función materna para dotar de sentido a las distintas emociones del bebé, y no solo a la sexual; el cuerpo toma el relevo de la mente en la respuesta. Pero los ejemplos podrían ser tantos como los diferentes afectos y pulsiones y las diferentes constelaciones de la genética, la función materna y el azar. O sea, infinitos.

Algunas enfermedades podrían constituir la expresión del relativo fracaso de la represión como sistema, que por otra parte ha sido tan exitoso en el desarrollo humano, ya que de él ha surgido la enorme riqueza de la cultura y de la vida social humana.

Bibliografía

ALEXANDER E Ross, H. et ál., Psiquiatría Dinámica, Paidós, 1979.

BroN, W. R., Aprendiendo de la Experiencia, México, Paidós, 1991.

BLOS, P., Los comienzos de la adolescencia, Buenos Aires, Amorrortu, 1993.

FAIN, BRAUNSCHWERG, La noche, el día. Ensayo psicoanalítico sobre el funcionamiento mental, Buenos Aires, Amorrtortu, 1977.

FAIN M., SOULI` M. y KREISLER L., El niño y su cuerpo. Un estudio sobre la clínica. Psicosomática de la infancia, Amorrtortu, 1977.

FREUD, S., OC, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996.

(1885) Proyecto de psicología para neurólogos, vol. I.

(1895) Estudios sobre la histeria, vol. II.

(1905) Tres ensayos. Metamorfosis de la pubertad, vol II.

(1907) La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis, vol. II.

LAPLANCHE, J., Problématiques L• Langoisse, París, PUF, 1980, (Quadrige, 1998).

Problématiques VI.- Laprés-coup / La «Nachtrizglicheit» daos l'aprés-coup (1990-1991), París, PUF, 2006.

McDOUGALL J., Teatros del cuerpo, Julián Yébenes, 1991.

M'UZAN, M. de, MARTY, P., FAIN, M. y DAVID, CH., «El caso Dora desde el punto de vista Psicosomático», Revista de Psicoterapia y Psicosomática, 2000.

MARTY, P., Movimientos individuales de vida y de muerte, Toray, 1984.

El orden psicosomático, Promolibro, 1995.

SAMI ALI, El cuerpo, el espacio y el tiempo, Buenos Aires, Amorrtortu.

SMADJA, C., La Vida Operatoria: Estudios Psicoanalíticos, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005.

SPITZ, R., El primer año de vida del niño, Fondo de Cultura Económica, 1969.

SZWEC, G., «Subversión erótica y subversión autocalmante: Doble potencialidad de las funciones somáticas», Revista de Psicoterapia y Psicosomática, núm. 38, 1998.

Generación @rroba: Los adolescentes y las nuevas formas de comunicación*

MAGDALENA CALVO SÁNCHEZ-SIERRA**

En el siglo vi (a.C.) Heráclito y Parménides sostenían posturas divergentes sobre el logos. Dos mil quinientos años después, aquellos postulados siguen siendo el fundamento de rivalidades filosóficas sostenidas a lo largo de la historia. Al sabio de Éfeso se le atribuye la sentencia: «todo fluye...». Desde determinadas posiciones, se ha pretendido contradecir el dinamismo que sugiere dicha frase, como si ciencia y pensamiento hubieran encontrado los límites, las coordenadas epistemológicas de la realidad. El mundo virtual (realidad virtual, RV) rompe toda pretensión de cerrar el círculo de lo real y nos devuelve a Heráclito: nada permanece, todo fluye. El asombro todavía es posible, la realidad puede aún depararnos muchas sorpresas. Para entender el tiempo que nos ha tocado vivir, tendremos que abrirnos a nuevos mundos que no habíamos imaginado, y en los que la generación @rroba se ha sumergido, habitantes de un nuevo océano, en un continente por explorar.

Mi interés por indagar en este continente virtual parte de mi observación en la clínica, y del estudio de algunos autores que han profundizado en el tema de los vínculos afectivos.

Las nuevas comunicaciones mediatizan otras formas singulares de relación que nos impulsan al análisis de los vínculos con la red, con los videojuegos, y con la búsqueda de los afectos por otras vías que hasta ahora no habíamos conocido.

El ritual de los preliminares amistosos ha cambiado. Los afectos se organizan frecuentemente en soledad, frente al ordenador. Son las denominadas «generaciones @rroba», generación de red, generación de la pantalla, generación bunker, nativos digitales, instant message generation. Son también las llamadas «familias hotel» en la que cada integrante tiene su ordenador o el televisor en su cuarto y se van diluyendo los espacios físicos de encuentro familiar.

El símbolo «@», de origen árabe, solo representaba una unidad de peso, hasta que a Raymond S.Tomlinson (1971) se le ocurrió usarlo en un mensaje de correo electrónico.

Los exponentes y códigos de expresión, por medio de los cuales se promueven los ideales que afectan a las nuevas generaciones, se han modificado. Los niños y adolescentes, debido a su vulnerabilidad, se conforman sin grandes cuestionamientos a estos ideales propuestos desde la realidad externa.

Las redes sociales, de manera vertiginosa, han dejado de ser una oportunidad para convertirse en el presente y futuro obligado de un gran número de jóvenes. Dado su éxito y demanda ¿cuál es la necesidad que han cubierto esas redes?

Mostrar la intimidad y revelar detalles de la propia vida en un perfil es una práctica habitual en la socialización on line, donde lo público y lo privado se superponen. Esa necesidad de existir para otros, ser mirado, comentado y quizás amado por muchos, expresa una transacción segura y única que no genera problemas, evitando exponerse a lo desconocido. ¿Es éste uno de los éxitos de las relaciones en la red?

Es necesario reflexionar sobre cómo puede articularse e influir la revolución tecnológica en las emociones, en la construcción de la subjetividad y en la psicopatología asociada a estas nuevas formas de comunicación. Uno de los interrogantes es si estos medios actuales de expresión son un camino para depositar aspectos negados de sí mismo desplegados en los videojuegos y en el ciberespacio. Aspectos no interiorizados pero evacuados en los escenarios virtuales. ¿Puede ser este tipo de comunicación un vehículo favorable para albergar ciertas patologías?

Tampoco debemos olvidar que este mundo virtual es también una senda para la investigación, el conocimiento y el aprendizaje.

Introducción

Al intentar comprender cómo se construye la subjetividad en las nuevas generaciones en un tiempo primordialmente basado en la importancia de la imagen y lo efímero, nos preguntamos. ¿Cómo asimilar las propuestas de las nuevas tecnologías para poder organizar nuestro mundo interno propio y singular? Actualmente se habla de zap ping atencional, propio de una atención basada en estímulos visuales, cortocircuitados y vertiginosos. Se favorece la ejecución y la respuesta inmediata y la narración de la vida por medio de imágenes, frente a un conocimiento sustentado en los conceptos abstractos no visuales, un aprendizaje basado en la palabra y en la capacidad de permanencia y focalización sostenida de la

atención.

Dentro del conocimiento que privilegia la imagen frente a la palabra y la narración, el psicoanalista Víctor Guerra define

la narración sensorial como una forma de comunicación que se establece por fuentes sensoriales con escasa articulación con la palabra, en la que la experiencia mono o polisensorial cobra primacía sobre la búsqueda de un sentido (la sensación reemplazaría al sentido). La experiencia cobra significación por la intensidad y por el impacto excitatorio en sí mismo, en ausencia de interlocución con otro (2007, pág. 3).

Se pregunta el autor si podríamos hablar de un «falso self sensorial».

La red en la que los jóvenes se relacionan representa una matriz por medio de la cual los usuarios se conectan y desconectan fácilmente y a voluntad. La falta de presencia que conlleva el desconocimiento físico del interlocutor, el anonimato, el seudónimo y el sujeto virtual del que hablaremos al referirnos a Second Life y a páginas de contacto como Myspace, You Tube, Facebook conducen al corte sin contemplaciones. Este gesto se realiza cuando se intuye cualquier indicio de conflicto, para así hacer la sustitución inmediata. No obstante, todas estas formas son compartidas con otras modalidades de comunicación.

Ivan Sutherland (1965) está considerado como uno de los pioneros en el campo de la realidad virtual. El ordenador como ventana a este mundo ficticio de la virtualidad, según sus objetivos, debía conducirnos a que todo lo observado nos pareciese real.

El término realidad virtual (RV) fue definido por Jarom Lanier (1989) para explicar una realidad tecnológica fabricada por imágenes impalpables, incorpóreas, que no necesitan del mundo exterior, ya que las simulaciones son producidas por el circuito eléctrico de la máquina. Se crea así una nueva realidad simulada, manipulable y artificial.

Para abordar psicoanalíticamente nuestra investigación deberíamos pensar en la incidencia sobre el psiquismo de la falta de límites espaciales, de anulación de los diques del tiempo, de opacidad de lo real y de construcción de otra vida paralela. Porque en esta nueva era la ciencia ha conseguido que lo virtual (RV) genere realidades sin materialidad, en las que el objeto observado es puro artefacto (Glanville 1999).

¿Qué cualidades albergarán los jóvenes que han nacido y se han criado entre ordenadores y que manejan con fluidez estas otras realidades? ¿Favorecen estas proposiciones en algunos adolescentes una confusión sobre sus sentimientos y sobre dónde termina el juego y empieza la vida real?

Para ilustrar estas preguntas observemos algunos acontecimientos interesantes que nacieron en el mundo de las nuevas comunicaciones por internet en los 90 y que son dignos de revisión. Por ejemplo, el fenómeno Second Life (SL), creado por el físico e informático Philip Rosedale. SL fue desarrollado por la empresa Linden Lab como un espacio de interacción social en internet. La inspiración para este mundo mágico proviene de la novela Snow Crash de Neal Stephenson (1993). En este relato, su protagonista, Hiro, se inicia en un «Metaverso», un mundo virtual generado por ordenador a medida de los deseos, donde los usuarios conectados crean sus propios cuerpos tridimensionales, viven, aman y hacen negocios. Actualmente es una evidencia y no un relato ficticio. SL se presentó en la red bajo la apariencia de un juego, una experiencia creativa en la que se intenta vivir otra vida paralela a la real, una segunda vida desplazándose a través de la red. Sus residentes se denominan a sí mismos avatares. Estos dobles virtuales o alter ego del sujeto que desea jugar en internet pueden elegir su edad, características corporales, nombre y sexo y representarse diseñando su propia identidad. ¿No es esta proposición una paradoja para un adolescente cuando se ha de enfrentar a sus duelos de la infancia y aceptar su propio ser?

Sabemos que en la pubertad se da un segundo tiempo en el que las experiencias del pasado se resignifican. Con los cambios corporales ya no es posible seguir sosteniendo el ideal de la sexualidad polimorfa ni de la bisexualidad. Hay que sobreinvestir el propio sexo renunciando al otro que pertenece al de la fantasía y al de los deseos imposibles. El nuevo cuerpo reclama protagonismo y exige un compromiso. Los antiguos sueños sobre el ideal de la imagen ahora son atravesados por la realidad corporal que no siempre satisface. Los cambios exigen un nuevo orden en el registro psíquico y una reformulación de lo edípico. Ph. Gutton (1993) nos recuerda el estatuto que Freud otorgó a lo nuevo de la pubertad. Un estatuto cuya función es remodelar y sostener el psiquismo y no solo un mero recordatorio de presencias ya editadas o reeditadas de las experiencias infantiles. Esta dinámica, con sus turbulencias, irrumpen también en la sexualidad de los padres, que quedan expuestos a su drama puberal muy frecuentemente olvidado y reprimido por los progenitores.

Frente a estos dilemas, Second Life promete una vida feliz y sin conflictos.

La cultura no está fuera de los objetivos de estas empresas. Son impresionantes las posibilidades que se despliegan para poder aprender en otros puntos del planeta. Se abren universidades virtuales donde se puede asistir a clase, teatros donde presenciar un concierto, salas de exposiciones en la red donde disfrutar de cualquier expresión plástica.

En los países de habla hispana y en España, concretamente, el paralelo de esta empresa se denomina «Otra vida». El 11 de junio de 2007 el foro español de la empresa SecondLife inauguró una universidad en Navarra!. En este templo virtual del saber, con capacidad para 100 avatares, se planteó impartir clases en aulas virtuales, acceder a la biblioteca, consultar los libros, disfrutar de una conferencia y asistir al bar de la universidad para charlar con los compañeros virtuales y ver lo que ofrecía la sección de anuncios.

Son impresionantes y admirables las innumerables posibilidades de las nuevas tecnologías, pero estas experiencias quedan obsoletas de un día para otro, dada la velocidad de las innovaciones en el ciberespacio. La inmersión en las experiencias virtuales mencionadas nos impulsa a preguntarnos ¿dónde se sitúa la frontera entre lo real y lo imaginario?

Los adolescentes y algunos conflictos asociados a las nuevas tecnologías

Una de las diferencias que podrían caracterizar a estos medios de comunicación, comparados con otro tipo de vínculos es el impacto que tienen las imágenes visuales para penetrar y ser metabolizadas en la mente. Las imágenes, por su imponente fuerza plástica, pueden ser absorbidas intrapsíquicamente de forma instantánea, sin un preámbulo, sin mediación de un proceso secundario. Sabemos que los procesos de elaboración de las vivencias emocionales no van en consonancia con la rapidez vertiginosa que nos sugieren los nuevos ideales de vida.

En segundo lugar, los medios de comunicación visuales y auditivos, a diferencia de otros objetos, son propuestos y potenciados por nuestra cultura. La proliferación y omnipresencia de este tipo de experiencias son alentadas por la realidad económica dado que son un vehículo de comunicación actualmente necesario y absolutamente imprescindible.

Cada vez más jóvenes de esta generación @rroba pasan su tiempo de ocio en internet y son conscientes de que es una herramienta que se ha hecho imprescindible en sus vidas. Muchas tardes, y muchas horas chateando en el Messenger, cambiando el perfil en Myspace o Facebook, subiendo imágenes a Fotolog o viendo vídeos en YouTube, insertando sus datos en Twenti, el Blog para adolescentes mas común en estos momentos. El número de jóvenes apasionados con los juegos de rol entine aumenta. Uno de los juegos más famosos sobre fantasías heroicas fue War of Warcraft, con millones de suscriptores de pago en todo el mundo, consiguió que los usuarios de medio planeta se dieran cita a la misma hora.

Desde nuestra perspectiva psicoanalítica parece necesario investigar en las propuestas sobre la otra vida online, sobre los ilimitados universos virtuales y en las repercusiones que estos medios tendrán en los niños, adolescentes y en ciertas patologías. Observamos que, frente a la dificultad en las relaciones, algunos sujetos llegan a aislar y a desvincularse de la realidad.

En este apartado el motivo de la investigación es la psicopatología que se manifiesta en la zona de los fenómenos transicionales. Para algunas patologías la vinculación con la máquina puede ser hipotéticamente interpretada como una forma de continuar preservándose ante la angustia que les despierta inconscientemente la pérdida de las primeras relaciones y su manera de asumir los procesos de duelo. También abordaré las fantasías implícitas en las relaciones con la máquina y la frontera imprecisa entre lo real y lo imaginario, favorecida por los juegos virtuales.

El concepto de prueba de realidad fue abordado por Sigmund Freud (1911) en su trabajo: Formulaciones sobre los dos principios del acaecerpsíquico. Este texto nos pone en contacto con el sentido de realidad y nos deslinda la actividad del sueño, las alucinaciones, el juego y las fantasías.

Las observaciones de Freud le llevaron a comentar que toda neurosis tenía como consecuencia la tendencia a expulsar y a enajenar al sujeto de la vida real, porque la realidad efectiva es parcialmente dolorosa e insopportable. La orientación es inclinarse hacia el principio del placer y a que la actividad psíquica se retire de aquellos actos que puedan suscitar displacer.

Sostiene Freud que con la introducción del principio de realidad una clase de actividad del pensamiento se escindió y se mantuvo apartada del examen de realidad y permaneció subordinada únicamente al principio de placer. Esta actividad de

fantaseo, que comienza ya con el juego infantil, y más tarde continúa con el ensueño diurno, abandona la dependencia de los objetos reales.

Para proseguir con este tema, considero interesante revisar la teoría sobre el complejo mundo de la realidad objetiva, las fantasías y el juego, apoyándome en Donald Winnicott (1951/1953). Sus escritos fueron el testimonio de su experiencia teórica y clínica con niños, jóvenes y adultos. Sabemos, gracias a sus investigaciones, que los niños utilizan y practican ciertos usos de ciertos objetos y de ciertas actividades llamadas transicionales (muñecos de peluche, acariciarse con la sábana, y otras costumbres sistemáticas a la hora de dormir). Estos rituales infantiles y juegos con los objetos son un modo de defensa contra las ansiedades, en especial las depresivas, que se manifiestan ante las primeras experiencias infantiles de soledad. Para el autor no es tan importante el objeto como el uso que hacemos de él. Subrayo la expresión Winicottiana el uso del objeto, porque nos situaremos en este vértice a la hora de comprender los conflictos en el vínculo con las máquinas.

Basándose en estas premisas iniciales, Winnicott definió en los primeros tiempos de la infancia una realidad externa (la función materna), una realidad interna o precursora de la misma y una tercera parte intermedia entre lo subjetivo y lo que se percibe en forma objetiva. Todo este proceso conlleva la posibilidad de un cambio interno en la evolución psíquica del bebé, pues en el futuro el objeto materno será internalizado. Este tercer espacio, que se organiza gracias a las dos anteriores, es considerado la sustancia de la ilusión y Winnicott le ha denominado transicional. El niño, gracias a él, realiza un acto creativo: su objeto transicional, al que dotará de significado. En el futuro, este objeto no será reprimido, olvidado, ni llorado, el tiempo facilitará que sea elaborado en este tercer espacio, y en ese momento infantil, y que vaya perdiendo simplemente significado. Ese es su destino, un viaje hacia un proceso de crecimiento en el que el objeto o la actividad transicional evolucionarán para ser sustituidas por la posibilidad de otras actividades adultas tales como las relacionadas con lo cultural, la capacidad de jugar y la creatividad. Un área, para Winnicott, fuera de conflicto.

Es interesante y evocador, apoyándose en los postulados de Winnicott, reflexionar sobre los problemas que pueden derivarse del incremento y el exceso en el uso de los ordenadores y analizarlo como si se tratase para algunos sujetos de una actividad transicional que no ha evolucionado.

La diferencia que Winnicott planteó entre un objeto tranquilizador y un objeto

consolador es muy importante para discernir sobre las funciones que para algunos sujetos tienen los medios tecnológicos. Un objeto transicional patológico llega a ser un consolador y tiene una validez momentánea mientras está presente, pero después desaparece e impele a la búsqueda interminable de otro que vuelva a realizar esa función, debido a que no hay una representación interna de ese objeto. Desaparece su huella cuando el objeto no está presente. Estos objetos que estamos mencionando no son el objeto interno que define y describe M.Klein, porque este último ya es un concepto mental. Los objetos transicionales winniciotianos son precursores de objetos internos, pero han de hacer un viaje para instaurarse.

La búsqueda de la huella perdida y las representaciones

En los primeros tiempos de la vida, una función materna aceptablemente buena permite la posibilidad de que se instaure en el bebé, un espacio, una matriz fundamental destinada a implantarse, y a constituir en la mente una Estructura encuadrante (André Green, 1984) donde se puedan fijar las representaciones del objeto. La dialéctica entre el amor y las ausencias de la madre (siempre que sean tolerables y no excesivas) van organizando, dentro del psiquismo y en esa matriz, una huella, un recuerdo, una imagen mental de ese objeto en ausencia del mismo.

En el psiquismo no se inscriben todas las cualidades y componentes del objeto. Percibimos de este, un conjunto de series y sistemas que se consideran significativos. Sistemas abstractos que corresponden a los denominadores comunes (M.Utrilla Robles, 1987) del objeto y no a su forma y características reales.

Las huellas mnémicas constituyen las vías, los surcos, los caminos que facilitan que transiten los investimentos perceptivos afectivos correspondientes a nuestros deseos, es decir, aquello del objeto que para nosotros es significativo (fundamentalmente las vivencias de satisfacción)2.

Para que se origine el pensamiento tiene que darse un juego entre la satisfacción y la frustración, por medio del cual el bebé con sus estrategias mentales o acciones irá organizando el vacío que le invade cuando no está la madre.

Las grandes ausencias, las rupturas, las pérdidas del encuadre materno dan como resultado que esa función de representación se instaure deficientemente o que las huellas de las experiencias vividas se evaporen como el humo.

Ciertas fallas en la organización psíquica, desde la perspectiva del espacio transicional, transformarán una actividad en un juego que no tendrá un sentido lúdico, un sentido de experimentación y maduración sino que se convertirá para el bebé, en descargas, evacuaciones y posteriormente en el uso exagerado y obsesivo del objeto.

La escisión es el mecanismo que caracteriza las patologías fronterizas más graves. La pulsión se relaciona con objetos parciales que alimentan de esta forma la desmembración del Yo. La distancia con respecto al objeto es importante y un seguro frente al pánico que provocan las fantasías invasivas. Los dilemas entre la angustia de separación y la angustia de invasión se manifiestan como dos polos de un continuum sin matices intermedios. En estos pacientes es frecuente la ausencia de las formaciones intermediarias que, para André Green, constituyen los escalones entre la actividad psíquica denominada pulsional, arcaica o primitiva y la comunicación consciente.

Las limitaciones de la capacidad de representación, en algunos sujetos, dan como resultado la necesidad de que el objeto esté constantemente presente, porque, ante su ausencia, se instaura un desamparo psíquico que puede adoptar angustias de intensidad muy dramática. La pobreza en la actividad fantasmática impulsa a la necesidad reiterada de suministros perceptivos.

Observemos la dificultad para discernir entre la capacidad de vincularse con un objeto y el aferramiento. Ambos conceptos son antagónicos. El aferramiento obliga a permanecer fijado con desesperación al mismo objeto, al contrario que el vínculo que permite la posibilidad de desplazamiento, facilitando la simbolización y el viaje para llegar a convertirse en vínculo de otro vínculo y en relación de otra relación. Como plantea André Green (1990) ¿No es este el camino que da lugar al pensamiento?

Los nuevos medios facilitan la comunicación y la integración. Las propuestas de existencias virtuales pueden simbolizar un universo de significados para cada sujeto y expresar la forma creativa en que cada ser se relaciona con el mundo, pero, como todo en la vida, pueden utilizarse con otros fines. La dependencia exagerada es una forma maníaca y eufórica de negar las dificultades de relación y el rechazo de la pérdida del objeto. En ese caso estamos abordando los beneficios secundarios conflictivos del uso del objeto.

¿Se podrían considerar estas actividades dentro de la psicopatología manifestada en la zona de los fenómenos transicionales?

Conflictos derivados del uso del ordenador: la defensa frente al dolor y la dificultad para elaborar los procesos de duelo

Valeria y los vampiros

¿Por qué los adolescentes de medio mundo están interesados en las novelas de vampiros?

Los visitantes de los foros en internet se dan cita para comentar las sagas del momento. De noche y de día se sumergen en las novelas Crepúsculo, Luna nueva, EclipseyAmanecer, y vuelven al ordenador y del ordenador saltan de nuevo al texto para «chatear» sobre los acontecimientos de esta historia vampiresca. Su autora, Stephenie Meyer, ha comentado que la idea de Crepúsculo llegó a ella por medio de un sueño el 2 de junio de 2003. Esta publicación saldría al público el 31 de octubre de 2007, convirtiéndose en best seller y ganando honores y reconocimiento como el libro del año y de la década para los adolescentes.

Valeria es una adolescente de dieciséis años que está en tratamiento. Su actitud ausente me produce la impresión de que está ajena y el proceso estancado. ¿Quedará internamente en esta paciente una huella de nuestro encuentro y de las cuestiones que se han abordado en su terapia? Después confesará que cuando terminaba su sesión se enganchaba de forma automática a su ordenador para «chatear» o buscar contactos durante horas.

En mi observación, algunos adolescentes tienen una necesidad imperiosa de controlar y manipular las situaciones y a las personas. La imposibilidad de poseer al otro les provoca una gran desesperación e impotencia. Han encontrado un recurso mágico para sortear las frustraciones, tener novios y amigos por internet, incluso lejos, muy lejos de su ciudad y de su país. Esta actividad les compensa momentáneamente de su desesperación, de las separaciones y de los duelos que no pudieron resolver en su infancia reactivados en la actualidad.

La razón primordial de consulta para la familia de Valeria fue el fracaso escolar reiterado. Un tiempo después, se abordó secundariamente su enganche al ordenador y su falta de interés por relacionarse con los amigos reales.

La preocupación de los adultos privilegia los fracasos escolares de los niños y adolescentes, pero los conflictos trascienden lo escolar, tienen dificultades para relacionarse y pocos amigos. Otros jóvenes de su edad sienten que el mundo de la

fantasía les está succionando.

Valeria, como muchos adolescentes, encuentra un alivio a su soledad en el foro donde hablan de su novela preferida y de los sentimientos que le inspira. Desde que leyó Crepúsculo, el primer tomo de la saga, no ha podido parar, después siguió con Luna nueva. Las siguientes entregas se convirtieron en un proyecto de lectura algo obsesivo. Éste ha sido un tema recurrente en su tratamiento.

Los foros para adolescentes son inabarcables y toda una fuente de compañía, investigación y aprendizaje. Pero en otros casos, el uso como defensa se incrementa exageradamente. Valeria ha encontrado un filón de jóvenes obsesionados con el mundo de la sangre, los planos divergentes de la realidad, la estética romántica del amor imposible y el trascendente tema de la muerte. Se siente muy acompañada con miles de amigos ficticios que aparecen y desaparecen con nombres ficticios. Ella se conecta y desconecta continuamente cambiando de amigo.

Valeria se siente identificada con la heroína de la novela, Bella, una jovencita que encuentra el complementario eterno.

VALERIA: Bella Swan se enamora locamente de su compañero de pupitre Edward. Ella no sabe que él pertenece a una familia de vampiros. Elige ese amor, un amor para siempre. Yo quiero un amor así, que sienta igual que yo, que no tengamos que hablar, que nos miremos y ya está... como los gemelos.

Valeria sueña con la casa del bosque, una mansión toda transparente como la de la familia vampiro. Quisiera ese amor y lo busca hora tras hora. En el foro se intercambia fragmentos del texto y eso la satisface. Pero, cuando un amigo del foro desaparece, ese que ella sentía su alma gemela pero del cual no conocía su nombre real, Valeria cae en un inconsuelo insostenible y se desmorona. Mientras, su vida del mundo externo, mediatizada por este conflicto, se resiente: fracaso en los estudios, temor a los compañeros de clase y tendencia al aislamiento.

A esta adolescente la vida de la novela le fascina, los vampiros no mueren, son eternos, y eso le interesa mucho. Pero si Bella, la protagonista, no se transforma y adopta otra personalidad, como la de Edward Cullen, ambos tendrán irremediablemente que decirse adiós. Este tema de las transformaciones y las despedidas mantienen muy pensativa a Valeria.

La incertidumbre por las separaciones, el amor eterno mediatizado por la oralidad insaciable de la pasión absorbe a muchos adolescentes. Partiendo de los deseos de devorar y ser devorado ¿no estamos abordando también las pulsiones sin freno de la adolescencia? Un deseo regresivo de volver a lo más arcaico de nuestra existencia. El seductor Edward sublima sus pulsiones arrebatadoras por amor a Bella. Este es también un modelo de renuncia para los adolescentes.

Observamos a Valeria como paradigma de las dificultades para vivir los amores reales atravesados por el dolor, la aceptación del final de las cosas y de la alteridad. Se fue su primer amor al cambiar de colegio y ya no supo más, «lo de la novela me gusta más», comentó ingenuamente en una ocasión. Cada vez que se despide de su terapia la paciente siente una ansiedad ante el vacío que la obliga a conectarse. Continuamente consulta su página en Facebook, y así controla las entradas y salidas de amigos.

Cuando los afectos son muy intensos y no se pueden mentalmente metabolizar se neutralizan por medio de defensas tales como su expulsión a través de un acto o somatizaciones. Ciertas conductas repetitivas tienen como fin un intento de proteger un psiquismo muy vulnerable. Una organización narcisista autoerótica reposa en la ilusión de que el sujeto puede proveerse de todos los suministros haciendo una negación del entorno del que depende en parte.

El adolescente se ve obligado a enfrentarse, al mismo tiempo, con dos coordenadas fundamentales que acotan y definen nuestra existencia: «sexuación» y mortalidad. Ambas suponen sendas heridas narcisistas pues atentan contra la autorrepresentación inconsciente fundada en el anhelo de plenitud e infinitud (S.Tuber, 2000).

La adolescencia ha de abandonar un espacio intemporal en el que la muerte es un concepto imaginario, para aceptar la mortalidad como un acontecimiento real por el que todos somos atravesados.

La concepción de la familia idealizada, eternamente viva, (familia de la infancia) atrae a muchos jóvenes apasionados por esta saga de los vampiros de la familia Culler. Es el amor más allá de este universo, más allá de la muerte. Es la libidinización de la representación atemporal de la imagen de la infancia. El Yo eterno y la idea inmortal sobre la vida se aúnan para compensar las pérdidas. La idealización de la eterna juventud y el modelo de la perfección y la belleza son

caminos para burlar a la muerte. En la saga de S.Meyer también aparecen otros personajes imaginarios que representan el universo de los valores extremos: malos y buenos en pugna por salvaguardar el amor ideal. Este tema también se repite en la novela Los juegos del hambre, de Suzanne Collins (2008).

Valeria nos recuerda el deseo de encontrar un objeto incondicional, la búsqueda del doble, un ser objeto reflejo de ella misma, su gemelo. Además, una conexión no mediatizada por la espera y que pueda ser manejada por nuestros deseos y sustituido vertiginosamente. Esta necesidad de un soporte externo es el contrapunto ante la precariedad psíquica, fundamente de las patologías narcisistas. El Otro es investido con las cualidades del propio deseo.

El tipo narcisista de elección de objeto es frecuente en personas con dificultad de amar activamente. Buscan ser amadas continuamente y se caracterizan por su excesiva dependencia. Nos recuerda a los padecimientos conceptualizados por Enriqueta Moreno (1994) como, Síndrome de adicción afectiva, un tipo de elección narcisista que tiende a identificaciones próximas a mecanismos de incorporación que siempre van a estar destinados al fracaso, pues son como prótesis que nunca satisfacen totalmente.

La exploración de las realidades virtuales que efectúan algunos jóvenes tiene como fin la búsqueda de una prolongación de sí mismos a través del doble. Las elecciones narcisistas son una aspiración de unidad, un doble espejular como Narciso fascinado ante el reflejo de su propia imagen. Dado que ese ideal de unidad está abocado al fracaso, el adolescente repetirá compulsivamente una indagación interminable a través de la red. El doble narcisista posee las cualidades del pensamiento mágico de la infancia, la idealización de los deseos y la recreación de un objeto incondicional y omnipotente (Freud, 1911).

La observación sobre el uso y la función de los medios tecnológicos nos permite deducir que estos pueden llegar a convertirse en un «fetiche», entendido en el sentido de que ese medio pierde su capacidad de representación y de simbolización. Esta acción se transforma en una defensa frente a la soledad y el dolor. La máquina empleada con este frenesí ha vampirizado al ser y extrae del sujeto su savia afectiva.

Sin pretender explicar la complejidad del psiquismo de muchos jóvenes como Valeria sí deseó mostrar cómo, para paliar sus sufrimientos, probablemente siguen igual que hacían en su infancia, a la búsqueda y a la espera del Otro. Es el uso del

objeto, como diría D.Winnicott, el que nos permite reflexionar sobre los conflictos de algunos adolescentes.

Esta búsqueda del Otro en el adolescente es expresada por Winnicott como una exploración del bebé para verse reflejado en el rostro y el brillo de la mirada materna.

Ahora podríamos reescribirlo en el contexto virtual como:

La búsqueda del «objeto arcaico», de la huella de los primeros tiempos se encuentra, en algunos adolescentes y patologías, en el brillo-reflejo de la pantalla del ordenador (Magdalena Calvo, 2010).

Joyce MacDougal (1978), apoyándose en las teorías de D.Winnicott, denominó a estos vínculos que se establecen con los otros objetos transitorios (1978). Dado el carácter patológico de este tipo de vínculo objetal, MacDougal considera que, en las relaciones intersubjetivas, el otro es usado como contenedor y consolador, como un objeto sustituto materno de la infancia, al no haber podido habilitar una imagen interna en ausencia de la madre.

Al analizar las patologías narcisistas, hemos observado que estas necesitan de un soporte externo que otorgue fundamento a su precariedad psíquica. El otro se convierte en un objeto condicionado e investido por el propio deseo. Derivado de estos planteamientos, la búsqueda del doble es un viaje al encuentro inconsciente consigo mismo. Así lo hemos deducido en el caso de Valeria y su anhelo de un reflejo narcisista representado en otro gemelar.

Para algunos jóvenes los nuevos medios de comunicación son «refugios psíquicos». Son espacios defensivos de retroceso que, al modo de santuarios, tienen como función el aislamiento y la protección ante el dolor, la ansiedad y el contacto con lo real (J.Steiner, 1995).

«La representación imaginaria de la máquina»: Los dramas internos de Iván

Intentaré abordar la articulación entre la servidumbre a la máquina y la dialéctica entre el deseo de crecer y la inclinación a la regresión en el período de la vida adolescente.

La regresión adolescente cumple una función adaptativa y mediadora, pero cuando el impulso regresivo a la fusión con el objeto se intensifica y el Yo-realidad

no puede contrarrestarlo aparece la tendencia a refugiarse en la fantasía. ¿No es esta una evocación en torno al tema de las realidades virtuales propuestas a los adolescentes?

Acceder al mundo de los adultos implica elaborar el duelo por la infancia, y elaborar la ambivalencia hacia los padres, (amor y odio que suele estar sobrealmimentado por el adolescente en esta etapa, con grandes batallas, retos, provocaciones y peleas familiares) renunciar a las fantasías de un vínculo con un objeto incondicional, aceptar la realidad externa y asumir el dolor por el devenir del tiempo.

Cuando los adolescentes no pueden tomar conciencia de sus deseos regresivos se inclinan hacia conductas estereotipadas, en una huida hacia la seudomadurez. En estos casos, la evolución se da en la realidad externa, pero no se ha procesado internamente la angustia ante el cambio. Las modificaciones en lo externo se evidencian en los adolescentes en los gestos de imitación, los patrones ante la moda y las conductas graves (Peter Blos, 2005).

Las contradicciones de los adolescentes y los movimientos de regresión y progresión se manifiestan en el perfil del caso de Iván. Es ilustrativo el papel que juega el mundo digital cuando es usado para enmascarar los conflictos internos y se organiza una seudoidentidad. En la clínica psicoanalítica observamos como cada sujeto traduce, modula y elabora de forma singular la realidad externa.

Iván constata que pasa de un medio tecnológico a otro. Va por las calles con su ipod oyendo música, no le interesa lo que ocurre alrededor ni la gente que le rodea, «voy a lo mío», proclama sintiéndose orgulloso y maduro. Inmerso en su mundo, sustituye o alterna con el móvil y, al llegar a casa, sobre todo, se engancha horas al ordenador. También disfruta de la videoconsola y después ve la televisión. No se concentra en los estudios y los padres encuentran una juerga colectiva subida de tono grabada en su móvil. El recuerdo grabado de la fiesta circula entre toda la pandilla, su inconsciente le traiciona y deja su teléfono con la grabación al alcance de los padres. Iván está un poco asustado con lo que le está sucediendo y no entiende: «Me había comprometido con mis padres y me habían dado más libertad, ¡si tanta necesidad de independencia tengo! ¿cómo es que me lo montó tan mal?» Le cuesta aceptar el desorden y la contradicción entre lo que dice y lo que hace.

Los dramas internos de Iván escenificados en su Teatro transicional (McDougal,

1978) han sido depositados en la realidad externa. Ha conseguido manipular a los miembros de su entorno para que representen los papeles que él necesita. Su grupo familiar está ahora más volcado y preocupado que nunca. ¿Qué ha sucedido en esta familia cuando todos parecían desear que Iván fuese más autónomo? La evidencia ante las contradicciones es tan grande que Iván se rinde, acepta que algo se le escapa de control y asume colaborar y pensar en sus conflictos.

La importancia de la sociedad del espectáculo a la que todos pertenecemos está plasmada en la película española de Elena Trapé (2010) Blog. En esta proyección observamos los códigos íntimos entre los adolescentes por medio de la red. Esta comedia en clave hiperrealista aborda la curiosidad y la exploración de la sexualidad en un grupo de chicas adolescentes que graban sus fantasías, sus dudas y tedios cotidianos en su Blog. El interés por la intimidad de las vidas ajenas es compensado con el pacto de mostrar la propia a todas horas y en todo momento. La dificultad para encarar la experiencia subjetiva de dolor y de introspección les hace inclinarse por las actuaciones (O.Kernberg, 1999).

Estableciendo comparaciones con las anteriores experiencias, quiero recordar que estas actuaciones juveniles nos evocan a otras más alarmantes, que no son hechos aislados. Me refiero a las grabaciones con el móvil de experiencias de agresión o malos tratos en el colegio para después difundirlas en internet. Este acto está bautizado como happy slappy en Inglaterra. También en Europa las agresiones o acosos difundidos por medio del móvil están hoy tipificadas como cyberbullying, o «ciberacoso» en España. Llama la atención el incremento de la frialdad debido a la distancia que crea el medio que se utiliza: grabar, colgar en internet y recibir la imagen para seguir difundiéndola. También en los Blog un adolescente puede ser segregado si sus compañeros de red le bloquean y borran su perfil. Este boicot de grupo es un gesto que conlleva la supresión como sujeto social dentro de la red. Para un adolescente este rechazo tiene importantes consecuencias. No incluirse en el sistema, para las generaciones más jóvenes, actualmente, implica exclusión y muerte social.

La influencia de una generación sobre las posteriores se puede interpretar en relación con que las ilusiones propuestas desde el mundo externo se introducen como una impostura en los niños. La responsabilidad por las fantasías ofrecidas en el mercado de los videojuegos no parece facilitar la responsabilidad moral por el guión que se está escenificando. Quiero destacar una experiencia que me hizo reflexionar

sobre este tema a partir de una sesión con un paciente adulto en la que hablaba de las horas que su hijo de catorce años pasaba jugando con su consola. El padre, que había acompañado al hijo a comprar innumerable material de ocio, se acercó un día intrigado al ver el entusiasmo del chico mientras jugaba y se encontró con una batalla en la que las bombas caían sobre una población. Ante la alarma, el padre le cuestionó por primera vez al hijo este tipo de espectáculo. La respuesta es interesante: «¡No te preocupes papá, qué tontería, si solo es un juego!»

Este comentario no aislado, sino frecuente con respecto a las actividades bélicas en los videojuegos, nos recuerda nuestra responsabilidad en torno a las fantasías inconscientes, fantasías diurnas, ensueños, sueños y por supuesto a nuestro pensamiento consciente. Es el compromiso sobre la ética y la formación de la conciencia moral de la que habló Freud (1900) en su obra *La interpretación de los sueños* analizando el mundo onírico y el de la fantasía.

Algunos juegos han propiciado la idea de una muerte aséptica siguiendo una lógica belicista perfecta. Lo que nos interesa no es solamente la realidad de la pulsión mortífera implícita en los seres humanos de la que ya tenemos sobrado conocimiento por los textos freudianos. Es la estética light de la violencia en los juegos y la banalidad del mal lo que nos alarma. Es la sencillez con la que las imágenes, por su imponente fuerza plástica, hubieran podido ser absorbidas intrapsíquicamente de forma instantánea, sin un preámbulo, sin mediación de un proceso secundario.

En este tipo de juegos la descarga de la excitación y de la violencia se define por medio de un acto de evacuación desligado de un proceso secundario. Estas actuaciones son modos defensivos proyectivos relacionados con la negación y la escisión de la propia violencia y sexualidad, volcada en cualquier medio externo al sujeto. Estas actividades constantes que estamos investigando en algunos casos pasan a ser como los compromisos adictivos con cualquier objeto: sustancias tóxicas, trabajo, sexualidad. Todas satisfacen necesidades narcisistas y en ellas están incluidas las nuevas formas de vínculo cuando se transforman en actividades dependientes de los medios tecnológicos. Nuestra hipótesis sería seguir buscando el objeto original ante la dificultad de representación interna de este y la pobreza de huellas en el psiquismo. La cuestión que se nos plantea es si los niños y jóvenes tienen mecanismos psíquicos para metabolizar estos impactos.

Algunos adolescentes con ciertas patologías no pueden procesar ni elaborar el significado de las proposiciones ideales del mercado virtual. Pensemos que los niños

y jóvenes son seducidos por las imágenes e identidades propuestas y actúan con cierta sumisión al mundo de los adultos.

Salir de ese mundo empático y fusional, que supone la inmersión en la red, implica renunciar al pensamiento omnipotente, y a otras representaciones en torno a la imagen de sí mismo. Un duelo que han de elaborar los niños y adolescentes al regresar de la RV a otra realidad, limitada en los parámetros velocidad/espacio/tiempo.

¿Hacia otros modelos de conocimiento y aprendizaje?

Los detractores de las realidades virtuales sostienen que la ciencia ha sido convertida en tecnociencia, alejándose de los fundamentos filosóficos que entrañaban la búsqueda paciente de la realidad y nos previenen sobre los efectos perversos de la técnica. Para ellos, los juegos interactivos virtuales de vídeos y la navegación en la red, al cuestionar los parámetros espacio/ tiempo, implican un triunfo de la omnipotencia narcisista, siempre a la búsqueda más allá del placer y de la transgresión de las leyes.

Las investigaciones desde el campo de la sociología no son muy optimistas con respecto a los nuevos tipos de vínculos que imperan desde hace una década. Paul Virilo (1999) expresa que en el mundo tecnológico nada acontece, todo ocurre. Lo primero implica una vivencia, lo segundo una sucesión de hechos que se suceden sin dejar huellas. Unos se superponen a otros. El deseo es situar bajo la luz un mundo sin ángulos muertos, sin zonas de sombra. «Un telescopio doméstico» para observar y prever lo que acontece hoy y anticipar el futuro.

Los nuevos modos de vinculación se caracterizan por la rapidez y la sustitución. Zygmunt Bauman (2005) denomina sociedad líquida de amores líquidos, a una comunidad en la cual las conexiones deben fluir y estar dispuestas para ser canceladas vertiginosamente.

Los afectos lábiles son para Z.Bauman una línea de investigación muy importante. Las relaciones de las que nos habla el autor (2007) son denominadas Comunidades de guardarropa, una analogía con un espectáculo que hemos ido a presenciar, dejando aparcado nuestro abrigo, que recogeremos a la salida. Comunidades fantasma que duran mientras permanece el espectáculo y en las que el sujeto tiene la fantasía ilusoria de pertenencia temporal. Lo que cuenta es la experiencia momentánea de

grupo con salidas y entradas a voluntad.

Hoy día, como sostiene A.Ehrenberg (1998), el dolor humano está más próximo a la ansiedad que produce el exceso de posibilidades y no tanto relacionado con las prohibiciones como en el pasado. El autor se cuestiona si la neurosis derivada de los sentimientos de culpa por la transgresión de reglas será reemplazada por el terror a ser inadecuado en una sociedad en la que «ganar tiempo», «perder tiempo» e «invertir tiempo» se ha convertido en la angustia propia de las sociedades consumistas. Se pregunta el autor: ¿Las leyes del mercado han colonizado el territorio de los vínculos afectivos?

Pero también hay investigaciones apasionadas sobre estos medios que abren el cauce para otro modelo de pensamiento y nos enfrentan a problemas de corte epistemológico, donde se exploran los límites y la forma de conocimiento que hasta ahora teníamos.

Algunos estudiosos interesados en estas investigaciones exponen las ventajas de una tecnología que permite médica y psíquicamente explorar, reconstruir y habitar otros espacios en nuestra mente. Estos medios son un vehículo de comunicación actualmente necesario y absolutamente imprescindible y una vía de experimentación e interpretación para construir nuevos modelos. Crear un modelo es crear un modo de conocimiento diferente.

A partir de la etimología de la palabra virtual que proviene del latín virtus nos preguntamos, además, si esta realidad virtual se dirige al núcleo de la percepción consciente o al inconsciente. ¿Qué relación tiene lo virtual con las actividades oníricas que también escapan a las leyes del espacio-tiempo y admiten las contradicciones? (G. y S.Praguier, 1995).

Analicemos algunas cualidades de la nueva tecnología. Dentro de esta revolución, la velocidad y el tiempo son proposiciones que suponen un reto frente a los parámetros de hace cien años.

Además de interactuar con otros, los juegos virtuales de nuestra revolución tecnológica nos permiten viajar, caminar o volar por paisajes impensables que abarcan kilómetros cuadrados distribuidos entre islas, continentes y entornos tridimensionales. El sujeto puede viajar virtualmente de un lugar a otro, definido por un término en la red que se denomina «teleportear».

La memoria y los procesos de información se han ampliado gracias a las nuevas tecnologías. Estos artefactos, ipods, mp3, memory cards, etc., están a nuestro alcance, pero solo externamente. No está tan lejos la implantación de chips de almacenamiento de información en nuestro propio cuerpo. Sería el cumplimiento de un sueño que el cine ha plasmado hace ya veinte años en Desafío total (Paul Verhoeven, EE. UU., 1990) adaptación de la novela de Philip K.Dick. El relato cinematográfico aborda la memoria/recuerdo por implantes industriales y la consiguiente realidad sintética del futuro.

Entre los adultos y las nuevas generaciones hay una fisura conceptual que se va agrandando. El vacío de formación en estas tecnologías afecta a los adultos, tanto a padres como a educadores. El mito de que los niños nacen sabiendo de ordenadores hace que los padres deleguen el aprendizaje de estas actividades en manos de otros y en otros ámbitos. Los adultos acceden interesados, impresionados y fascinados a esta era digital, pero también confusos frente a la nueva tecnología y temerosos ante la idea de que, si no se incorporan a la revolución tecnológica, perderán el tren al alejarse de los hijos y del caudal que impone la nueva forma de vida. Por otro lado, es extraordinaria la contradicción que se viene arrastrando en el sistema de enseñanza en ciertos países, todavía basado en tareas escolares condicionadas por la memoria, frente a la actividad que niños y jóvenes invierten después del colegio en soledad y con sus amigos y foros en la red.

Aunque sobre el ocio electrónico recaen muchos prejuicios, se impone como un camino orientado al conocimiento. Ya no se habla de videojuego educativo, sino del videojuego en el sistema educativo. ¿Por qué esta matización? Porque esta vía de aprendizaje permite experimentar con la realidad que nos circunda, interpretando y construyendo modelos dinámicos derivados del mundo real. Por mencionar algún ejemplo, las nuevas tecnologías nos permiten navegar por la diversidad de grupos, culturas y estratos sociales, adquiriendo conocimiento sobre las diferencias y singularidades del universo y a la vez respetando las perspectivas múltiples.

También nos facilita reunir información e interactuar, compararla y compartirla con otros con el objetivo de trabajar en tareas en común. Evaluar la información, resolver problemas simulados y desarrollar un espíritu crítico sobre la información obtenida.

Las posibilidades cognitivas desbordan lo que nuestra realidad material nos ofrecía. Ahora podemos introducirnos y explorar superficies impensables como viajar

virtualmente al interior del cuerpo humano o de un órgano. Todas estas investigaciones tienen importantes aplicaciones para la ciencia, por ejemplo para la medicina.

En la vida virtual también se pueden habitar espacios imaginarios donde los internautas virtuales (representaciones del self elegido como en el caso de los avatares) se reunirán con sus amigos virtuales de la red. Las nuevas tecnologías alimentan los procesos creativos, la fantasía y la pasión por la exploración, la curiosidad y la investigación sobre la vida.

[Algunos programas como A hole in the wall \(Un agujero en la pared\) desarrollado en la Universidad de Newcastle por el doctor Sugata Mitra3,](#) implica una enseñanza sin profesorado instalando un ordenador fuera de la escuela en lugares deprimidos y remotos del planeta. En uno de estos experimentos se instaló un ordenador en Dras (India) donde los niños con la nieve hasta las rodillas se agrupaban ansiosos ante un ordenador alimentado por paneles. El interés de los niños por aprender, organizarse y ayudarse entre ellos impulsa a invertir en estas investigaciones en las que los pequeños en tres meses aprenden a manejarlo por sí solos. El doctor Mitra sostiene que un sistema autoorganizado es aquel que funciona sin intervención exterior. Si un niño tiene interés, entonces ocurre la educación.

Desde otro plano más relacionado con los afectos, los adolescentes utilizan este mundo virtual para engrandecer su imagen hablando continuamente de sí mismos y de sus preocupaciones. Así incluyen su perfil en los Blog, en donde comentan sus aficiones y aspiraciones e insertando su foto, muestran su mundo en los facebook a sus amigos o potenciales amigos. Es una forma de neutralizar las heridas narcisistas al alejarse de los objetos originarios y verse arrollados por la soledad propia de esta edad.

El mundo virtual en sus distintas versiones facilita a los adolescentes el encuentro con otros. Esta sería su nueva modalidad de socialización sin salir de casa, ya sea a través de la red, mail, o por medio del móvil y los sms. Una forma de satisfacer el sentimiento de estar incluido en un grupo de pertenencia y organizar psíquicamente su mentalidad grupal. También es un intento de alejarse de la tutela de los padres y ganar autonomía. Es el ensayo en una frontera donde se ejercita la propia libertad.

Reconozcamos y aceptemos que estamos inmersos en una cultura que ha modificado su forma de relación y que para todas las generaciones tendrá su

resonancia y trascendencia, especialmente para la generación @rroba. Solo nos queda disfrutar de esta sociedad tecnológica vertiginosa en la que las innovaciones que hoy se ofrecen ya se están convirtiendo en caducas nada más mencionarlas. Nuestro papel quizá sea explorar con sentido crítico sus consecuencias en torno a las singulares formas de aprendizaje y de establecer los vínculos y de discernir los límites entre estas dos vidas que hemos propuesto.

Adquirir, acumular, eliminar y reemplazar amigos y amores, conectarse ahora y a todas horas, alejar la soledad, la frustración e ir en busca de la felicidad perdida, si es que existió, no es una anécdota temporal, sino que puede convertirse, poco a poco, en la elección de un estilo de vida que como psicoanalistas tenemos que analizar.

Volvemos a la tesis principal de nuestras reflexiones para recordar que es necesario investigar la repercusión de los medios digitales y la necesidad de un control en el uso, tanto en los niños como en los adolescentes. Estos medios no son cuestionados como tales, sino que nos interrogamos sobre su influencia y las transformaciones que producen en la vida y en el psiquismo de los sujetos. Son los usos del objeto como defensa y proyección y la transmisión de valores y pautas de vinculación los que deben ser motivo de análisis y estudio psicoanalítico.

El mundo en perpetuo movimiento es uno de los golpes al narcisismo que nos asalta esta nueva era de las comunicaciones. Las realidades vertiginosas de las tecnologías nos hace evocar que nada permanece, que el control que creímos poseer sobre el mundo y sobre el objeto no es tal. Las nuevas situaciones inciden sobre las identificaciones y en nuestra realidad interna porque el estatuto del objeto externo es paradójico, es un objeto reexternalizado después de ser internalizado.

A punto de concluir, me parece interesante abordar las consideraciones del psicoanalista Julio Moreno (2002). La tesis de este autor se centra en que la capacidad esencial del ser humano es generar cambios, sentirse afectado y tomar contacto con lo que se encuentra mas allá de la racionalidad que sustentan sus representaciones. Sin embargo, cabe preguntarse: ¿Cómo puede un sujeto ser afectado por algo que no comprende ni se ha representado? Este elemento indeterminado que afecta a un sujeto se podría denominar rasgo. Un rasgo es una diferencia pura sin representación que deviene marca cuando un hecho posterior le da sentido.

Lo incompleto, lo paradojal y lo enigmático son propios de lo humano, como

humana es también esa cualidad que le permite a un sujeto tomar contacto con la inconsistencia de su sistema de comprensión del mundo. Las inconsistencias de los sistemas obligan a una búsqueda de otros sistemas y metasistemas que expliquen por qué el anterior era incompleto. Así, inevitablemente, se irán reemplazando los sistemas cada vez más elaborados y observaremos que las inconsistencias serán la condición de los cambios y la tendencia hacia el progreso.

Paralelamente a las reflexiones del autor, hay que recordar que nuestro inconsciente no es estático, es un elemento en expansión siempre cambiante, alterado por nuestros mecanismos de defensa, donde se superponen las experiencias que van modulando nuestro psiquismo. El ser humano se ha movido en una eterna paradoja, la resistencia al cambio por temor a las nuevas proposiciones de vida, y su deseo de explorar e investigar.

Las nuevas tecnologías, tanto para los adultos como para los niños y jóvenes, deberían ser una escuela para preparar a los sujetos ante la incertidumbre de la vida real, frente a los conflictos que nos encontramos al salir a la calle y ante el encuentro con el amor cara a cara. Porque, evocando nuevamente a D.Winnicott, la vida real, a pesar de sus limitaciones, es hermosa y significativa y merece la pena de ser vivida.

Bibliografía

AHUMADA, J. L., La ruta hacia el desconocimiento: la identidad en la era postmoderna, conferencia del 17/05/2008 en la Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM).

ALARCÓN, J. Y DE MIGUEL, M., Consideraciones teórico-clínicas sobre el abordaje de los pacientes límite, XI Congreso Ibérico de Psicoanálisis, Sevilla, octubre de 2006.

BALAGUER, R., jornadas «Cultura actual de la Imagen y Subjetividad» (AUDEPP), Montevideo, octubre de 2007.

BLOS, P. (2003), La transición adolescente, Buenos Aires, Amorrortu.

En las fauces del león, La experiencia afectiva del analista de niños y el concepto de contratransferencia, congreso internacional siglo XXI para niños y adolescentes (octubre de 2007), Madrid.

CALVO SÁNCHEZ-SIERRA, M., «Los ritos de paso de la infancia a la adolescencia: significado, fantasías inconscientes y manifestaciones psicológicas», Revista de Instituto de Estudios psicosomáticos y psicoterapia Médica, IEPPM, núm. 64, 2007.

CALVO SÁNCHEZ-SIERRA, M., Adolescentes más allá de la Red: Una reflexión psicoanalítica sobre las emociones en la nueva sociedad virtual, Colección Psicoanálisis, Editorial APM, 2010.

CASARES, J., Diccionario ideológico de la lengua española, Barcelona, Gustavo Gil, 1973.

EHRENBERG, A., La fatiga de ser uno mismo: Depresión y sociedad. Buenos Aires, Nueva visión, 2000.

FREUD, S., OC, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996.

(1900) La interpretación de los sueños. La literatura científica sobre los problemas oníricos, vol. I.

-(1905) Tres ensayos para una teoría sexual, vol. I.

(1911) Los dos principios del acaecer psíquico, vol. II.

-(1912) Tótem y Tabú, vol. II.

FREUD, S., Introducción al narcisismo, vol. II.

(1920) Más allá del principio del placer, vol. III.

-(1929) El malestar en la cultura, vol. III.

GREEN, A., La nueva clínica psicoanalítica y la teoría de Freud: Aspectos fundamentales de la locura privada, Buenos Aires, Amorrortu, 1990.

Metapsicología revisitada, capítulo 9, Buenos Aires, Eudeba, 1995.

-Jugar con Winnicott, Buenos Aires, Amorrortu, 2007.

GUERRA, V., Jornadas sobre Cultura actual de la Imagen y Subjetividad (AUDEPP), Montevideo, octubre de 2007.

- GUTTON PH., Lo puberal, Barcelona, Paidós, 1993.
- HERNÁNDEZ GARCÍA, M., Figuras y formas de la pasión. Trabajo para Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM), 2003.
- KERNBERG, O. K., Trastornos graves de la personalidad, México, El Manual Moderno, 1999, caps. 11, 12, 13 y 14.
- LAPLANCHE, J. Y PONTALIS, J., Diccionario de Psicoanálisis, Barcelona, Paidós, 1996.
- LECLAIRE, M., «"Los científicos locos": Psicoanálisis, sueño y realidad virtual». Libro Anual de Psicoanálisis (2005), Brasil, Escuta, XIX, 113-127.
- MCDougall, J., Teatros de la mente, Madrid, Tecnipublicaciones, 1987.
- MONSERRAT, A. y MUÑOZ GUILLÉN, M. T., «Violencia y familia», Revista de Estudios de la juventud, núm. 62, Injuve, Septiembre de 2003.
- MORENO, J., Ser humano. La inconsistencia, los vínculos, la crianza, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2002.
- MORENO ORUE, E., Identificación y desidentificación en el proceso psicoanalítico. II Simposio de la Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM), 1994.
- Mosca, A., Jornadas «Cultura actual de la Imagen y Subjetividad» (AUDEPP). Montevideo, octubre de 2007.
- MUÑOZ MARTÍN, F., Su majestad el niño, influencia de los cambios tecnológicos y culturales en el funcionamiento psíquico y la economía pulsional infantiles, XV Simposium de la Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM), Revista núm. 49.06 de 2006.
- PRAGIER/FAURE, Georges y Sylvie, «Au-delá du principe de réalité: le virtuel», Revista francesa de psicoanálisis RPE• La réalité psichique (1/95).
- WINNICOTT, D., Realidad y juego, Barcelona, Gedisa, 1971.
- SOPENA, C., «Amar: entre lo mismo y lo otro», Revista de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, núm. 48, 2006.

STEINER, J., Refugios psíquicos, Madrid, APM/Biblioteca Nueva, 1995.

TUBERT, S., La muerte y lo imaginario en la adolescencia, Madrid, Saltés, 1982.

Un extraño en el espejo. La crisis adolescente, A Coruña, Ludus, 2000.

TURKLE, Sherry, Alone Together, Basic Books, 2011.

UTRILLA ROBLES, M., «Las huellas», Revista de la Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM), núm. 5, 1987.

VIRILO, Paul, La bomba informática, Madrid, Cátedra, Colección Teorema, 1999.

ZYGMUNT, Bauman, Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos, Fondo de Cultura Económica, 2005.

Vida de consumo, Fondo de Cultura Económica, 2007.

* María Hernández, miembro titular de la Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM).

1 Egle Laufer propone pensar que la imagen corporal interna estaría más ligada al encuentro sensorial madre-hijo y el cuerpo como objeto erótico a la interiorización del vínculo afectivo entre ambos.

* Sabin Aduriz, miembro titular de la Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM).

* Manuel de Miguel, miembro titular de la Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM).

* Este trabajo es el desarrollo de mi conferencia: "Adolescentes más allá de la Red", que se impartió en el ciclo sobre "Adolescencia y Modernidad" (2007) organizado por el Centro de Atención Clínica e Investigación (CACI) de la Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM). Mi interés tiene como fundamento los efectos en las últimas generaciones de un tipo de vida asociado a las nuevas comunicaciones, tanto de las virtuales como de las tecnológicas.

** Magdalena Calvo Sánchez-Sierra, miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM).

'Diario El País, 14-VI-2007. Una joven ingeniera de Telecomunicaciones presentó su proyecto de fin de carrera inaugurando un portal en la red de la Universidad de Navarra en Second Life.

2 Dada la complejidad de estos temas, remito al lector interesado a los conceptos freudianos de representación de palabra y representación de cosa, huellas anémicas, recuerdo y represión.

3 El País, 20 de noviembre de 2008 (Un agujero en la pared) www.hole-in-the-wall.com

Índice

PRÓLOGO, Alicia Monserrat	6
EL CUERPO ADOLESCENTE, María Hernández	9
EL PENSAMIENTO ADOLESCENTE, Sabin Aduriz	24
REPRESENTACIÓN, ADOLESCENCIA Y PSICOSOMÁTICA, Manuel de Miguel	49
GENERACIÓN @RROBA: LOS ADOLESCENTES Y LAS NUEVAS FORMAS DE COMUNICACIÓN, Magdalena Calvo Sánchez-Sie	72
MARÍA HERNÁNDEZ*	98
erótico (Laufer, 2005)1.	98
SABIN ADURIZ*	98
MANUEL DE MIGUEL*	98
MAGDALENA CALVO SÁNCHEZ-SIERRA**	98
En los países de habla hispana y en España, concretamente, el paralelo de esta empresa se denomina «	98
Las huellas mnémicas constituyen las vías, los surcos, los caminos que facilitan que transiten los i	99
Algunos programas como A hole in the wall (Un agujero en la pared) desarrollado en la Universidad de	99